



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación

FORUM.COM

*Fermento
en la masa*

– papeles de formación continua –

Abrimos
CAMINOS

Nº 197 - 24 de noviembre de 2022

ÍNDICE

<u>Este número</u>	3
Fermento en la masa	
<u>Retiro</u>	4
Da mihi animas, cetera tolle	
<u>Formación</u>	12
A la escucha del ser humano	
<u>Comunicación</u>	28
El Vaticano es el reino del ‘off the record’	
<u>Carisma</u>	33
Aguinaldo 2023	
<u>Pastoral</u>	42
Una Iglesia en salida	
<u>La Solana</u>	68
La longevidad: símbolo y oportunidad	
<u>Educación</u>	71
La cuestión de la credibilidad	
<u>Por tu Palabra</u>	80
Curación de un paralítico	
<u>El Anaquel</u>	85
Espiritualidad de la ruta jacobea	
<u>Historias de probada juventud</u>	95
Señas de identidad	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Fermento en la masa

Fl aguinaldo del Rector Mayor para 2023 quiere subrayar la dimensión laical de la Familia de Don Bosco. Para ello, Ángel Fernández Artime recurre a la imagen evangélica de la levadura que actúa “como fermento en la familia humana de hoy”. En su primera presentación –que recogemos en este número de forum.com–, el Rector Mayor señala que “como Familia Salesiana, queremos seguir caminando con nuestros jóvenes en todas las partes del mundo, sin olvidar que la levadura es el Evangelio de Cristo Vivo”, a quien, siguiendo al papa Francisco presenta como “esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. Entonces, las primeras palabras que quiero dirigir a cada uno de los jóvenes cristianos son: ¡Él vive y te quiere vivo!”

El trabajo misionero por la extensión del reino de Dios implica todas nuestras dimensiones. Como la levadura –único ingrediente de los que componen la receta del pan que está vivo–, los cristianos estamos llamados a testimoniar la vivencia de la propia fraternidad como signo elocuente de ese reino. La formación entra de lleno en este proceso interior y alimenta sin duda nuestro corazón oratorio. Un sentir que se extiende más allá de la comunidad religiosa o la vocación de los consagrados. Por ello el aguinaldo pone de manifiesto la vocación laical de la propuesta de Don Bosco que desde el primer momento apostó por la creación de una familia implicada de la salvación de la juventud. Este subsidio puede ser una pequeña ayuda en este proceso continuo.

¡Buena lectura!

* *Mateo González Alonso*



“Da mihi animas, cetera tolle”

Koldo Gutiérrez, SDB

1. Oración inicial

- D.:** En el nombre del Padre...
- D.:** Señor Jesús, Camino, Verdad y Vida,
tú nos has enviado para ser testigos de tu Resurrección
en medio de los jóvenes con nuestra vida resucitada.
- T.:** Aquí estamos, conscientes de la gracia de ser tus apóstoles,
sin saber, a ciencia cierta, a dónde nos llevará el compromiso
que asumimos al aceptar seguir tus caminos.
Pero sabiendo que eres Tú quien nos conduces.
Tu vida nos apasiona, tu entrega nos convence:
Tú eres nuestro Camino, nuestra Verdad, nuestra Vida.
Sabemos que te estás revelando siempre;
en cada sonrisa, en cada lágrima, nuestras y de los nuestros.
Haz que tengamos el coraje de mirarte en cada rostro humano.
Haz que te busquemos no sólo en lo bueno,
sino también en lo que hiere o desgasta.
Que no deje de herirnos la realidad de nuestros jóvenes.
Que no nos acostumbremos a tu ausencia en el mundo que habitan.
Que no nos quedemos quietos, de brazos cruzados y corazón frío.
Abrenos los ojos, para tener la osadía de ver más allá de las
apariencias,
y reconocerte crucificado en aquellos que sufren el azote de la
pobreza, el paro, el desamparo, el olvido, el rechazo...
Abrenos los oídos para escuchar tu latido, tu gemido,
tu grito clamando hermandad a nuestro alrededor.
A ti el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén

2. Breve presentación en vídeo del tema

Enlace: <https://youtu.be/XSkgN8hjPOg>

Duración: 7 min. 40 seg.

*“Es necesario y urgente que nuestra Congregación viva, respire y camine buscando hacer del ‘Da mihi animas, cetera tolle’ una realidad en el anuncio del Evangelio, en favor de nuestros jóvenes y por el bien de nosotros mismos”
(Don Ángel Fernández Artime)*

En las líneas programáticas que el Consejo General aprobó después del CG 28, Don Ángel Fernández Artime afirma que es necesario y urgente volver al “*da mihi anima cetera tolle*”. En este retiro nos vamos a dejar inspirar por esta máxima salesiana.

Una oración

“La expresión ‘*da mihi animas cetera tolle*’ es la oración dirigida a Dios por quien en el trabajo, el compromiso y en el desafío apostólico realizados en su nombre, renuncia a todo y quiere hacerse cargo de todo” (Don Pascual Chávez ACG 394, 7).

Ante todo la conocida fórmula salesiana es una oración. Podemos entender la oración como ***ser ante Dios***. En su sentido más radical la oración no es otra cosa que la expresión de mi identidad abierta Dios, de manera que sea el don de su Presencia lo que me permita ser, vivir y actuar. La oración consiste sobre todo en acoger una Presencia, disponernos a un Encuentro, abrir la mente y el corazón, dejarse hacer por el misterio de Dios.

Por todo ello, nuestra mejor actitud consiste en dejarse hacer y dejarse querer por Dios. Hay que reconocer que dejarse querer no es tarea fácil. ***Déjate querer por Dios***. Pase lo que pase nunca olvides que eres infinitamente amado por Dios. Él te tiene sujeto con cuerdas de amor (Os 11, 4); te ha tatuado en la palma de su mano (Is 49, 16); te ha prometido amor y fidelidad eternas (Jr 31, 3). Su mirada te embellece (Is. 43, 4). Di desde lo profundo de tu corazón: “¡Qué bueno es el Señor!” (Sal 34, 9).

Orar es acoger una Presencia. Acoger una Presencia es lo que propone San Ignacio a los ejercitantes en la meditación para alcanzar amor cuando invita a rezar “*dame tu amor y tu gracia... tomad, Señor, y recibid...*”. Dame...toma. Acoger una Presencia es lo que propone Don Bosco cuando dice “*da mihi animas, cetera tolle*”. Dame...llévate. Con esta expresión Don Bosco pide al Señor poder acoger a los jóvenes porque a través de ellos podemos tocar el misterio de Dios. De esta manera dicen nuestras constituciones: “Sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral, el salesiano aprende a encontrar a Dios en aquellos a los que es enviado” (CC 95).

La Escritura cuenta cómo Moisés al contemplar una ***zarza ardiente***, consiguió silenciar su corazón, se descalzó y fue capaz de escuchar a Dios quien le enviaba a liberar al pueblo de la esclavitud en Egipto. Nosotros, salesianos de Don Bosco, vemos en los jóvenes una zarza ardiente donde Dios nos habla. Y, al igual que Moisés, para contemplar a Dios en la vida de los muchachos, necesitamos silenciar el corazón, descalzarnos, y escuchar. Contemplar porque muchas veces nuestra mirada se dispersa, silenciarnos porque hay mucho ruido dentro y fuera de nosotros, descalzarnos porque tenemos muchas defensas y seguridades, y escuchar, si, tan solo necesitamos escuchar. Ya podemos decir: “habla Señor que tu siervo escucha” (1 Sm 3,9).

Para poder contemplar, silenciarnos, descalzarnos y escuchar ***necesitamos momentos de soledad***. Sin soledad uno no puede captar el sentido de la vida en su densidad. Necesitamos momentos de soledad para asimilar la vida, integrar las experiencias, dar calidad a las relaciones, profundizar la propuesta pastoral. La oración en soledad permite

que pasemos del ruido al silencio. El ruido no está solo fuera sino que también está dentro de nosotros. En nosotros hay un ruido permanente que distorsiona nuestro escuchar, y nuestro ver, hasta que consigue deformar nuestro percibir. Sin el silencio se nos escapa lo esencial. Estamos muy necesitados de momentos de silencio. Necesitamos momentos de silencio para poder rezar “da mihi animas” y sentir la libertad que acompaña al “cetera tolle”.

El testimonio de Don Bosco

Nos preguntamos *cómo vivó Don Bosco* el ‘*da mihi animas, cetera tolle*’. “El término ‘*animas*’ indica las personas y en concreto los muchachos con los que tiene que trabajar, vistos en la perspectiva de su salvación definitiva. El ‘*cetera tolle*’ significa el desapego de todo” (Don Pascual Chávez, ACG 394, 13). En este doble dinamismo encuadramos esta meditación.

La historia cuenta que cuando, en los últimos años de la vida de Don Bosco, el Consejo general estudió el boceto del escudo de la Congregación, preguntado por su opinión el santo de los jóvenes dijo: “ya fue escogido un lema desde el principio del Oratorio, en los tiempos de la Residencia eclesiástica, cuando yo iba a las cárceles: *Da mihi animas cetera tolle*”.

Don Bosco recordaba el *Convicto eclesiástico*. En esta institución se formaba a los sacerdotes recién ordenados para que se convirtieran en buenos pastores. Se les formaba en el celo pastoral para la salvación de las almas como orientación totalizadora de la vida. En esta institución las enseñanzas de San Francisco de Sales ocupaban un lugar destacado. El obispo ginebrino había hablado del ‘*da mihi animas*’. Una expresión que ya aparece en el libro del Génesis (Gen 14, 21), pronunciada por el rey de Sodoma, después de una guerra victoriosa, a Abraham: “*Dame al pueblo, toma los bienes para tí*”. La conocida fórmula pasa a indicar el desapego de todo bien terrenal para poder desarrollar una total dedicación apostólica. ¿No está aquí el rostro de la mejor vocación salesiana?

Hablar del Convicto eclesiástico lleva a hablar de *San José Cafasso* quien supo comunicar pasión apostólica a los jóvenes sacerdotes. Para San José Cafasso las almas tenían un valor inestimable. En sus charlas decía: “*Si quieres saber cuánto vale un clérigo y qué corona se está ganando, no busques solo lo que hace, sino con qué corazón, con qué amor trabaja. [...] Además, el amor no sólo da mérito a nuestras acciones y hace grandes las pequeñas cosas, sino que es la realidad de la que depende el fruto de nuestro trabajo hacia el prójimo [...]. Señores, si nos preocupamos por dar fruto en nuestro ministerio, por ganar algunas almas, hagamos que nuestro corazón sea como un horno de amor, entonces nos será fácil con palabras, con suspiros, con oraciones ardientes, animar también a los demás*”.

Con esos antecedentes no es extraño que Don Bosco, al llegar a Valdocco, pusiera en un lugar destacado un cartel con la expresión ‘*da mihi animas cetera tolle*’. Este cartel llamó la atención del joven *Domingo Savio* quien dijo: “*He entendido; aquí no hay negocio de dinero, sino negocio de almas, he entendido; espero que mi alma forme también parte de este comercio*”.

No podemos olvidar el determinante momento de la enfermedad de Don Bosco en los inicios del Oratorio. Curado milagrosamente volvió a Valdocco entre sus muchachos les prometió: “*¡Os debo mi vida; de ahora en adelante la gastaré toda y sólo por vosotros!*”. *Dios y los jóvenes mueven a este joven sacerdote*. Don Bosco mantuvo esta promesa hasta el final de sus días. Tenía una obsesión educar cristianamente a la juventud. Quiso satisfacer las necesidades materiales fundamentales de los jóvenes más pobres; les ayudó a crecer y madurar con paciencia; intentó educar a la manera cristiana.

Nuestro programa de vida

Dicen las constituciones salesianas: “*Don Bosco, inspirándose en la bondad y el celo de san Francisco de Sales, nos dio el nombre de salesianos y nos señaló un programa de vida en la máxima: ‘Da mihi animas, cetera tolle’*” (CC 4).

El ‘*da mihi animas caetera tolle*’ es el **programa de vida de los salesianos** y está presente en toda la historia de nuestra Congregación. Evidentemente tiene mucho sentido volver hasta los principios que sustentan el “*da mihi animas caetera*” porque cuando lo hacemos estamos tocando el suelo seguro donde se asienta nuestra espiritualidad y nuestra pastoral.

El papa Francisco en su mensaje a los capitulares del CG 28 proponía la opción Valdocco que, en esencia, consiste en volver al ‘*da mihi animas, cetera tolle*’. No es extraño que el Rector Mayor diga que “la fórmula que mejor expresa el celo y la caridad pastoral de los Salesianos de Don Bosco es el ‘*da mihi animas, caetera tolle*’”. Y propone que la congregación “viva, respire y camine buscando hacer del ‘*da mihi animas, caetera tolle*’ una realidad en el anuncio del Evangelio, en favor de nuestros jóvenes y por el bien de nosotros mismos” (Don Ángel Fernández Artime en la presentación del RM al documento CG 28).

Podemos vivir, respirar y caminar gracias al Espíritu. El ‘*da mihi animas, caetera tolle*’ es expresión de nuestra espiritualidad. La espiritualidad lleva a ahondar en la conciencia, en el conocimiento, en el sentido de lo que somos por gracia. La espiritualidad permite acercar cada vez más lo que hacemos como misioneros de los jóvenes a lo que somos como discípulos consagrados.

En la fórmula encontramos dos partes: ‘*da mihi animas*’ y ‘*cetera tolle*’. La primera parte habla de la misión que solo brota de la gracia. La segunda propone liberarnos de aquello que impide responder a la misión. El corazón pastoral late con estos dos movimientos: gracia y disposición, mística y ascética.

Hace unos años Don Pascual Chávez afirmaba que los salesianos ***somos hombres de síntesis y no de extremos***. En este sentido podemos decir que no somos de mística o de ascética sino de mística y de ascética; no somos de evangelización o de educación sino de evangelización y de educación; no somos de oración o de trabajo sino de oración y de trabajo; no somos de ‘*da mihi animas*’ o ‘*cetera tolle*’ sino de ‘*da mihi animas*’ y ‘*cetera tolle*’. No nos van la antítesis sino la síntesis. Esta manera de expresarse quizás sea una nueva forma de hablar sobre la ***gracia de unidad***. “*Un salesiano que reza mucho y trabaja poco, no tiene la interioridad apostólica del ‘da mihi animas’.* Pero un salesiano que se deshace en el trabajo y reza poco, descuida la unión con Dios, no tiene interioridad apostólica, y debilita su alianza con Dios. No se trata de poner antítesis, sino asegurar la gracia de unidad” (Don Viganó).

Un obstáculo para por vivir en esta actitud de síntesis lo encontramos al instalarnos en la mediocridad. Esta se puede presentar como amnesia y de esta manera olvidamos del amor primero (Ap. 2, 4); no tenemos en cuenta los cuidados y el amor que el Señor ha tenido con nosotros. Otras veces la mediocridad se presenta como tibieza. “Conozco tus obras; sé que no eres ni frío ni caliente [...], como eres tibio, ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Ap. 3:15-16). Muchas veces la tibieza lleva a decir cosas como “ya veremos”, “no es el momento”, “eso no me corresponde”... La tibieza instala al hombre en una especie de atrofia existencial. La mediocridad también se puede presentar como superficialidad. Los comportamientos superficiales nos hacen quejosos, emocionalmente dependientes, conflictivos, hipersensibles. Y la mediocridad se puede presentar como materialismo. Quizá nunca diremos “comed, bebed, disfrutad de la vida” (Lc. 12,19), pero podemos hacer elecciones que busquen un pequeño espacio de dulzura material. En las

tormentas de la vida, ante la tentación de replegarse sobre sí mismo, el Evangelio nos recuerda: “Tu Padre sabe que necesitas” (Lc. 12,30).

El latido de la mística: “da mihi animas”

Cuando nos situamos en el latido de la mística hablamos sobre todo de la gracia, el don, el amor desbordante de Dios. *“El proyecto de vida que testimoniamos no es una iniciativa primeramente nuestra, sino un don y una llamada que son iniciativa de Dios, de su amor de gratuita predilección” (Don Viganó).*

Nuestra mística es apostólica no es una mística clausurada en el mundo interno. El papa Francisco lo explica muy bien: “Cuando un encuentro con Dios se llama ‘éxtasis’, es porque nos saca de nosotros mismos y nos eleva, cautivados por el amor y la belleza de Dios. Pero también podemos ser sacados de nosotros mismos para reconocer la belleza oculta en cada ser humano, su dignidad, su grandeza como imagen de Dios e hijo del Padre. El Espíritu Santo quiere impulsarnos para que salgamos de nosotros mismos, abracemos a los demás con el amor y busquemos su bien” (ChV 164). Nuestra oración es éxtasis porque nos hace salir de nosotros mismos trascendiéndonos hacia arriba en encuentro con el Padre y extendiéndonos hacia los hermanos por medio de la misión.

La mística apostólica nos lleva hasta los jóvenes. ***Para Don Bosco era fundamental dar respuesta a los jóvenes.*** *“El oratorio salesiano, y todo lo que surgió a partir de él,..., nació como respuesta a la vida de jóvenes con un rostro y una historia, que movilizaron a aquel joven sacerdote, que no podía permanecer neutral o inmóvil ante lo que acontecía”* (Mensaje del papa Francisco al CG 28). Fue Don Bosco un apóstol muy práctico que quiso dar respuestas concretas a las necesidades de los muchachos. Estas necesidades tocaban todos los aspectos de la vida de los jóvenes: los aspectos materiales y los espirituales, el trabajo y la vocación, la orientación y el consejo.

El celo pastoral hizo que Don Bosco buscara a los jóvenes. Fue capaz de salir a la calle en búsqueda de los muchachos más pobres y consiguió alargar su mirada hasta las necesidades de las nuevas generaciones. Gracias a su mirada de fe, tuvo claro que ningún joven está totalmente perdido, sino que tiene un gran potencial por ser hijo querido de Dios, y se propuso encontrar esa rendija que todo joven tiene por donde deja acercarte a él.

Este celo pastoral hizo que Don Bosco consiguiera ***reformar la obra de los oratorios,*** conocidos ya en el norte de Italia, dándoles una gran flexibilidad para que se adaptaran a la nueva condición juvenil. Y con esta misma finalidad definió mejor los instrumentos educativos caracterizados por la vida espiritual, el juego en el patio, la formación en la escuela, el taller para aprender un oficio, la creatividad expresiva a través del teatro y la música. Pero no solo se preocupaba de estas reformas, sino que atendía a cada uno de sus jóvenes con palabras de aliento y cercanía, y con diálogo.

El latido de la ascética: “cetera tolle”

Cuando nos situamos en el latido de la ascética destacan los aspectos de la libertad, el desapego de lo que nos puede alejar de los jóvenes, y la entrega de todo.

El evangelio cuenta que en cierta ocasión Jesús alaba la generosidad de una pobre viuda que aun no teniendo nada entrega todo (Mc.12, 44), incluso lo poco que tenía para vivir. Esta pobre viuda es el mejor modelo para hablar sobre lo que significa entregar todo. La espiritualidad que mana del ‘cetera tolle’ pide ***entregar todo al Señor.***

Estas son palabras mayores y nos acercamos a ellas con respeto. Siempre es bueno preguntarse si ya hemos entregado todo al Señor. Hay que reconocer que pasamos muchos años de la vida reservándonos cosas. Pero el Señor pide todo. Además en la expresión ‘todo’ se subraya la totalidad y la integralidad. Jesús en el evangelio propone que amemos a Dios con todo el corazón, toda el alma y todo el ser. En esta fórmula se va repitiendo la expresión ‘todo’, haciendo ver que la experiencia creyente es totalizadora. En este sentido, no es extraño que digamos que el Señor pide todo. Dios pide todo, por Él hay que abandonar todo. No olvidemos que quien pide todo, al mismo tiempo, regala todo. Nada se escapa del amor y del servicio. Una de las primeras enseñanzas de la vida de los primeros cristianos se formula como “más vale dar que recibir” (Hechos 20, 35). El Señor entregó su vida por amor.

La entrega de todo sin reservas es una característica de los santos. También es una característica de Don Bosco, quien se entrega generosamente al trabajo, a las obras pastorales, a los jóvenes, a la búsqueda de recursos. Don Bosco no se reservó nada y acabó sus días desgastado por tanta entrega. Y, como había prometido a Dios en la enfermedad que tuvo a los 32 años, entregó toda subida por los muchachos.

El ‘cetera tolle’ nos hace libres para la misión. “*‘El cetera tolle’ nos hace disponibles para dejar todo lo que nos impide ir al encuentro de quienes más lo necesitan. Es la ascesis que emana de la opción preferente, renunciando a mucho (gustos personales, preferencias, e incluso acciones y servicios legítimos), a lo no nos permite dedicar todas las energías del corazón pastoral, lo que hemos dado prioridad*” (Presentación del Rector Mayor al documento del CG 28).

Algunas conclusiones

Vamos a ir concluyendo los puntos de esta meditación. Con esta finalidad dejo algunas conclusiones que puedan servirnos de examen de conciencia y también de estímulo espiritual y pastoral.

Tener a los jóvenes como interlocutores

La primera conclusión lleva a hablar sobre volver a los jóvenes para poder volver a Dios. Ya hemos dicho que los jóvenes pueden ser para nosotros como la zarza ardiente a través de la cual Dios nos habla. En esta vuelta a los jóvenes quisiera destacar la importancia de la escucha. La escucha como actitud pastoral es uno de los mensajes más repetidos del papa Francisco para la pastoral de este tiempo.

Y si estamos dispuestos a escuchar a los jóvenes también estamos dispuestos a darles la palabra. Cada vez está más claro que los jóvenes no son solo nuestros destinatarios sino que son también nuestros interlocutores. “No se trata de hacer una opción preferencial por los jóvenes- sería demasiado poco-, sino elegir el camino de la sinodalidad, donde los jóvenes junto a los demás bautizados, son protagonistas. Nadie en la Iglesia es solo destinatario, sino que todos tenemos algo que dar y algo que recibir, partiendo de los jóvenes” (DF 66).

El Sínodo sobre los jóvenes ha hablado de los jóvenes como un lugar teológico. “El Sínodo ha tratado de mirar a los jóvenes con la actitud de Jesús, para discernir en su vida los signos de la acción del Espíritu. En efecto, creemos que también hoy Dios habla a la Iglesia y al mundo mediante los jóvenes, su creatividad y su compromiso, así como sus sufrimientos y sus solicitudes de ayuda. Con ellos podemos leer más proféticamente nuestra época y reconocer los signos de los tiempos; por esto los jóvenes son uno de los

“lugares teológicos” en los que el Señor nos da a conocer algunas de sus expectativas y desafíos para construir el mañana” (DF 64).

En *Christus Vivit* el papa Francisco reescribió este número fijando su mirada en los pastores que buscan contacto con las ovejas. “Es la capacidad de encontrar caminos donde otros ven sólo murallas, es la habilidad de reconocer posibilidades donde otros ven solamente peligros. Así es la mirada de Dios Padre, capaz de valorar y alimentar las semillas de bien sembradas en los corazones de los jóvenes. El corazón de cada joven debe por tanto ser considerado tierra sagrada, portador de semillas de vida divina, ante quien debemos descalzarnos para poder acercarnos y profundizar en el Misterio” (ChV 67).

La caridad pastoral

“*El centro motor de toda consagración de vida activa es la caridad pastoral*” (Don Viganó). La caridad pastoral es el centro y la síntesis del espíritu salesiano que tiene su fuente en el corazón de Cristo. “*El don más precioso que debemos ofrecer a los jóvenes brota de esa fuente que tiene su origen en el corazón de Cristo*” (Don Viganó).

El dinamismo del ‘*da mihi animas cetera tolle*’ brota de un corazón inundado de amor, que late al ritmo del amor: la caridad pastoral. Esta caridad es un don del Espíritu. La mansión del Espíritu es el corazón. El Espíritu Santo es la fuente viva de la caridad pastoral. Esta es un don de amor divino que quiere amar. Es síntesis vital que hace mirar a Dios y al hombre.

Para entender el significado de la caridad pastoral debemos dejarnos iluminar por el misterio de Dios. Un Dios que es amor, amistad y relación. Podríamos decir que hay un dinamismo de amor que brota del Padre, llega a nosotros a través de Jesucristo, y se convierte en nosotros en frutos de amor. Esa es la caridad que hace palpitar nuestro corazón. Una caridad que es tanto regalo recibido y como misión encomendada. “Si se sirviera al prójimo prescindiendo del amor de Dios, esa no sería caridad pastoral. Y si se amara a Dios prescindiendo del prójimo, esa no sería, tampoco, caridad pastoral” (Don Viganó).

Comprometerse con la evangelización de los jóvenes

El Rector Mayor, cuando habla de la necesidad y la urgencia del ‘*da mihi animas, cetera tolle*’, propone poner nuestras mejores energías a servicio de evangelización de los jóvenes. Don Ángel Fernández Artime anima a los salesianos a hacer una clara propuesta de fe, comprometernos con la urgencia del primer anuncio, y atender la actualidad del acompañamiento. Sin duda que esta invitación no cae en saco roto. Sin duda que nuestra pastoral juvenil salesiana quiere situarse en esta senda.

Y lo hacemos a la luz del Sistema Preventivo. “Querido y siempre amado Don Costamagna (escribía Don Bosco al final de su vida)... querría dar a todos una plática, o mejor una conferencia sobre el espíritu salesiano que debe animar y guiar nuestras acciones y cada palabra nuestra. Que el sistema preventivo sea nuestro distintivo”. Espíritu salesiano, caridad pastoral y sistema preventivo están interrelacionados. La caridad pastoral es el corazón del Sistema Preventivo. Por lo tanto, en el centro del espíritu salesiano hay un amor que viene del Padre, se manifiesta en Jesucristo y del que nosotros participamos. Es un amor dinámico, que nos llena de pasión y celo pastoral.

En este retiro he querido proponer algunos puntos para nuestra oración a la luz del ‘*da mihi animas, cetera tolle*’, expresión clara de una identidad apostólica salesiana. La mejor

actitud es la fidelidad a quien llama porque el centro de la misión no está en las cosas que hacemos sino en Aquel que envía. Por eso podemos decir que nosotros no tenemos una tarea sino una misión y que solo somos colaboradores de Dios en su misión.

A la escucha del ser humano, a la escucha del tiempo Muerte y vida¹

José Carlos Bermejo, MI

Que somos relación, que nos hacemos en relación, es algo que evidenciamos en nuestra experiencia cotidiana. Y que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2, 18) se nos dice en la primera página de la sabiduría judía.

Quizás uno de los elementos fundamentales de nuestra relacionalidad, sea precisamente la escucha. Es algo serio, que nos pone en un tiempo conjugado en un nosotros del corazón, porque escuchar es mucho más que oír.

Así nos lo ha recordado el Papa Francisco, que escribía: “En las páginas bíblicas aprendemos que la escucha no solo posee el significado de una percepción acústica, sino que está esencialmente ligada a la relación dialógica entre Dios y la humanidad. «Shema’ Israel - Escucha, Israel» (Dt 6,4), el *incipit* del primer mandamiento de la Torah se propone continuamente en la Biblia, hasta tal punto, que San Pablo afirma que «la fe proviene de la escucha» (Rm 10,17)”².

La vida religiosa se encuentra en tiempo especial, en el que nuestro ser en relación nos reclama, particularmente una escucha en el sufrimiento, en el envejecimiento, en el morir. Y, por el camino, en las etapas de convivencia con la enfermedad, hay también deterioro cognitivo, impacto emocional de envergadura, de las situaciones de dependencia y fragilidad.

Recogemos en estas páginas algunas pasiones por la belleza de la escucha, contextualizadas también en lo que va sucediendo en nuestros tiempos en que se profesionaliza incluso el *counselling* o forma de cualificar las relaciones que quieren ser de ayuda para quien vive estaciones oscuras y busca luz.

¹ Ponencia durante la semana de Vida Religiosa 2022.

² Francisco, Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de febrero 2022.

1. Tiempos de profesionalización de la escucha

En 1997 nace en Madrid el primer Centro de Escucha San Camilo. En la actualidad son más de 30 repartidos por España. Son servicios nacidos para realizar procesos de acompañamiento en el sufrimiento, de escucha empática y para practicar esa comprensión que alivia y sana en el corazón.

Paralelamente, se va profundizando en la envergadura de la escucha. Surgen acciones formativas de diferente rango, incluso máster, cuyo objetivo fundamental es ayudar a las personas que se quieren preparar para escuchar, aliviar y consolar un poco del sufrimiento inevitable que todo ser humano tiene, así como para disminuir ese sufrimiento evitable, particularmente el que está en el modo como gestionamos los pensamientos, sentimientos, acontecimientos...

Aunque nos escuchamos en nuestra vida comunitaria, familiar, de convivencia social, parece que el abordaje de la cara oscura de la vida, requiere, en ocasiones, una intervención de profesionales. Las personas consagradas han regalado, desde la riqueza de sus carismas, mucha escucha y acompañamiento. Han ocupado espacios que hoy son más frecuentados por psicólogos y *counsellors*. También desde el potencial carismático de muchas familias religiosas, han surgido programas de acompañamiento para personas en situaciones de particular fragilidad, aunque el riesgo de miradas asistencialistas está siempre presente.

Es significativo el conocido “Teléfono de la esperanza”, así como otros que se han centrado en la ancianidad, o en la soledad, como “el teléfono dorado” y aquellos que nacen para colectivos particularmente vulnerables (menores, inmigrantes, víctimas de malos tratos, etc.).

Es hermoso que se celebre “el día de la escucha” (18 de julio a nivel mundial, 25 de marzo para el Teléfono de la esperanza), aunque con insuficiente repercusión social y mediática.

Quizás, en los tiempos que corren, la vida religiosa necesita ahora ser vista como el herido de la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37), que reclama ser escuchada en su fragilidad, en sus heridas, las asociadas al envejecimiento y los estados anímicos que este genera; las que son desveladas de la historia de abusos sexuales a menores y personas vulnerables, en particular en los internados; las que se asocian a la disminución numérica y significativa de los consagrados y sus obras, etc.

De diferentes maneras somos interpelados a desarrollar competencias específicas para hacer de la escucha un servicio competente. No basta la buena intención. Hay tiempos en los que la necesidad de ser escuchados lo es de una escucha competente, de alguien que se haya entrenado en acompañar, en acoger, en saber generar las coordenadas actitudinales y usar las competencias blandas³ en suficiente grado como para que la escucha sea eficaz.

Son competencias blandas para escuchar las que tienen que ver con la capacidad relacional de dialogar, de acompañar adecuadamente la narrativa, de personalizar en la comunicación. Pero son igualmente necesarias las competencias en la gestión de los sentimientos, del escuchado y del que escucha. Asimismo, creemos importantes las competencias éticas y espirituales para acompañar el mundo de los valores y del sentido, del misterio y de la trascendencia. Pensamos en la relevancia que tienen las competencias culturales para acoger la diversidad y captar los significados que tienen un eco diferente según la cultura del interlocutor.

³ BERMEJO J.C., VILLACIEROS M., MARTÍNEZ M.P., *Humanizar. Humanismo en la asistencia sanitaria*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2021.

El Papa Francisco ha dicho que “en la acción pastoral, la obra más importante es “el apostolado del oído”. Escuchar antes de hablar, como exhorta el apóstol Santiago: «Cada uno debe estar pronto a escuchar, pero ser lento para hablar» (1,19). Dar gratuitamente un poco del propio tiempo para escuchar a las personas es el primer gesto de caridad.”⁴

2. La escucha no es... cualquier cosa

No es cualquier cosa, escuchar. No es un acto puramente fisiológico. Al menos, en lo que deseamos evocar al pensar en el ser humano que somos en relación, nos hacemos en la relación. En el ser humano, escuchar, como decía Mario Benedetti, no es tener “un oído que escucha cómo ladra el teléfono”.

En efecto, el término español “oír” deriva del latín “audire” que significa percibir los sonidos por el oído. En cambio, la palabra escuchar proviene del latín “ascultare” y denota oír con atención, prestar atención a lo que se oye.

Escuchar no es simplemente oír al otro. Cuando se oye, no se captan con esmero las ondas sonoras que se reciben por el oído. Por eso, oír es un acto pasivo que se reduce al terreno de la mera sensación. En cambio, escuchar es un proceso interno de quien quiere, por propia decisión, abrirse a la comunicación. Constituye un acto de voluntad y una manera intencional de percibir los sonidos, cuyo acto conlleva concentración, atención, memoria y reflexión, lo que coadyuva a desentrañar las palabras que dice el interlocutor y a interpretar el mensaje.⁵

El tema de la escucha es de gran relevancia, ya que esta permite comprender, como lo ha señalado Gadamer.⁶ La hipótesis a partir de la cual se trabaja es que escuchar es un fenómeno profundo e invisibilizado, que favorece una condición de apertura existencial que permite la comprensión del otro.

La escucha es un esfuerzo de alteridad intensa; es el opuesto complementario del habla, y requiere una apertura existencial importante, que facilita un acercamiento al otro en su totalidad bio-psico-socio-cultural-espiritual e histórica.⁷

Resulta particularmente sugerente el párrafo de O'Donnell sobre la escucha, con el que nos reclama prudencia en el hablar a quien sufre: *"Cuando te pido que me escuches y tú empiezas a darme consejos, no has hecho lo que te he pedido. Cuando te pido que me escuches y tú empiezas a decirme por qué no tendría que sentirme así, no respetas mis sentimientos. Cuando te pido que me escuches y tú sientes el deber de hacer algo para resolver mi problema, no respondes a mis necesidades. ¡Escúchame! Todo lo que te pido es que me escuches, no que hables, o que hagas. Sólo que me escuches. Aconsejar es fácil. Pero yo no soy un incapaz. Quizás esté desanimado o en dificultad, pero no soy un inútil. Cuando tú haces por mí lo que yo mismo podría hacer y no necesito, no haces más que contribuir a mi inseguridad. Pero cuando aceptas, simplemente, que lo que siento me pertenece, aunque sea irracional, entonces no tengo que intentar hacértelo entender, sino empezar a descubrir lo que hay dentro de mí."*⁸

⁴ Francisco, Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de febrero 2022.

⁵ LIGIAN P., Hacia una ontología del escuchar. Fundamento del diálogo intercultural, https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0719-27892018000100207

⁶ GADAMER, Hans-George 1993 *Verdad y Método: Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme.

⁷ JOAQUÍN ROBLE S D., ORTIZ GRANJA D.N., La escucha como apertura existencial que posibilita la comprensión del otro, *Sophia*, Colección de Filosofía de la Educación, 2019/27, 187-215.

⁸ O'DONNELL R., "La escucha", in PANGRAZZI A., (Ed), "El mosaico de la misericordia", Santander, Sal Terrae, 1989, p. 43.

Cuando logramos acoger en el diálogo, escuchamos el porqué las personas realizan las acciones que realizan. Escuchar es el camino más adecuado para tener acceso al otro en su totalidad hablante y, no solo en el sentido que se manifiesta literalmente en el lenguaje hablado, si no en el modo más íntimo y profundo que es comprender al otro de manera integral y en la profundidad de su ser que, puede no ser expresado, pero que puede ser escuchado.⁹

La escucha no es cualquier cosa. Es un ejercicio de humildad radical, como también decía Francisco: “La escucha corresponde al estilo humilde de Dios. (...) La escucha, en el fondo, es una dimensión del amor. (...) Es el don más precioso y generativo que podemos ofrecernos los unos a los otros.”¹⁰

3. Necesitamos ser escuchados: salir y liberarnos

Decía Carl Gustav Jung que le sorprendía que, entre tantos discursos sobre la parábola del Buen Samaritano, aún no se había profundizado suficientemente sobre las implicaciones de identificarse con el herido. Decía él que los cristianos tenemos dificultad a ver a Cristo en nosotros mismos, aunque predicamos abundantemente exhortando a verlo en los demás, en la debilidad y en el que sufre. Hemos desarrollado más abundantemente una “teología del mármol”, incluso para subrayar la necesaria “teología del fango”, pero evocando siempre la acción hacia los receptores, los otros. Más difícil es mirarnos a nosotros mismos como narradores de nuestro sufrimiento, necesitados de escucha, en nuestro tiempo, en que vivimos la fragilidad, el envejecimiento, la proximidad de la muerte individual y colectiva como consagrados.

No ser escuchado es un drama: necesitamos angustiosamente liberarnos. “La soledad es la experiencia de no ser escuchado, es la constatación de que nadie desea prestar sus oídos a lo que digo, es la ausencia de un tú amoroso de una oreja cálida. Es el aterrizaje en un mundo sin alma, donde cada uno va a su aire, buscando su propia satisfacción”.¹¹

El “visuocentrismo”¹² o tiranía de lo visual, ha demarcado un modo de pensar, de reaccionar y de explorar el mundo, pero no nos exime de sentir necesidad de escucha. Sin embargo, en la experiencia del sufrir, universal, aunque, en ocasiones, nos cueste reconocerla, estamos llamados a liberarnos y salir y narrarnos para liberarnos y desahogarnos de los malestares que nos habitan.

Pensamos en la escucha dura del sufrimiento, no en la escucha del *sonido docilizado* de la música o de la poesía... En esa escucha, nos liberamos, nos sanamos, nombramos la cara oscura y buscamos un *médium* que ayude a conectar con nuestros antepasados de la conciencia... en el recuerdo.

Es vital desahogarse, poner sentido al vivir oscuro del recuerdo de los traumas y del nombrar lo que nos acecha en el presente. Es vital nombrar porque nos empodera, nos rescata de una identidad erosionada por la dependencia y las crisis del envejecimiento. Nos hacemos y nos rehacemos en la narración de la crisis, en la relación en la que nos autoafirmamos a pesar de la fragilidad y la pobreza, que comienza por los imperativos de los límites biológicos y sus consecuencias.

La vida religiosa no solo se narra en sus heroicidades, en sus éxitos empresariales, en sus números crecientes y en su expansión intercontinental, a través de los siglos. Se narra

⁹ CEPEDA, M., En torno a una ética de la escucha, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2012, 157.

¹⁰ Francisco, Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de febrero 2022.

¹¹ TORRALBA F., El arte de saber escuchar, Milenio, Lleida 2014, 159.

¹² DE SOUSA COELHO R.J., *O meu ponto de vista é um ponto de escuta*, Instituto de Ciências Sociais Universidade do Minho, 2015.

también y es también la fragilidad. La que proclamábamos que habíamos elegido como modelo de victoria: la cruz.

4. La escucha tiene verbos hermanos

Escuchar es una forma de conocer. *Shemá Israel* consistía originalmente en un único verso que aparece en el quinto y último libro de la Torá, el Libro de Deuteronomio, (Dt 6:4) que dice: "Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno; amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza". *Shemá Israel* es el nombre de una de las principales plegarias de la religión judía. Su nombre retoma las dos primeras palabras de la oración en cuestión, siendo esta, a su vez, la plegaria más sagrada del judaísmo.

Pero escuchar es más que oír, mucho más. Tiene verbos hermanos, que refuerzan su poder de acogida: callar y mirar. Decía Calderón De La Barca: "Cuando tan torpe la razón se halla, mejor habla, señor, quien mejor calla". Es un ejercicio espiritual el de hacer silencio y utilizarlo en clave de atención; mirar y recoger los significados que contiene el mensaje que el otro comunica en el encuentro, pero que no siempre encierra en la estrechez de las palabras.

Carlos Alemany, en capítulo titulado "El difícil arte de escuchar"¹³, refiere cómo la sabiduría actual nos aconseja poner la mente allí donde está el cuerpo. Sin embargo, sabemos lo difícil que nos resulta hacerlo habitualmente. De ahí el perpetuo estado de disociación mente/cuerpo en que vivimos. Según él, está comprobado que una persona es capaz de acoger y comprender los mensajes verbales de otra a una media de 600 palabras por minuto. Sin embargo, la media de una conversación normal es de 100 a 140 palabras por minuto. La conclusión es obvia: mientras el otro habla, ya sea en una conversación privada, en una conferencia o dando una clase, tenemos bastante «tiempo libre mental». ¿En qué solemos ocupar este «tiempo libre»? En ir y venir a otros pensamientos, hacer planes, acordarnos de asuntos pendientes, etc. Y, aun cuando estemos escuchando con interés, motivación, etc., muy fácilmente usamos este tiempo para pensar en la respuesta que le vamos a dar, en la pregunta que le tenemos que hacer o en las asociaciones experienciales que vamos a comunicar en cuanto nos sea posible meter baza...

Es impresionante, como nos dice la experiencia, el poder que tiene la mirada en la comunicación interpersonal.¹⁴ Al escuchar, no solo rescatamos muchos mensajes que nos vienen a través de la comunicación no verbal, mediante la mirada. Además, la mirada nos da la posibilidad de perspectiva, de hacer *zoom* con la atención, alejando y atrayendo el objeto narrado, las claves de valor de la historia presentada en el diálogo. La mirada de cerca, la mirada "de gallina", da una perspectiva complementaria a la mirada de lejos, a la mirada "de águila". Manuel Marroquín ha insistido en esta misma línea, encuadrando la escucha activa como una destreza imprescindible en cualquier tipo de relación de ayuda.¹⁵

¹³ ALEMANY C., El difícil arte de escuchar: Un arte complejo, en: AAVV 14 aprendizajes vitales, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998.

¹⁴ BERMEJO J.C., La escucha que sana. Diálogo en el sufrimiento, San Pablo, Madrid 2002.

¹⁵ M. MARROQUÍN, «La escucha activa», en (VV.AA.) Incomunicación y conflicto social, Asetes, Madrid 1984, pp. 251-315. Cf. también, del mismo autor, «La escucha activa como instrumento terapéutico en la relación de ayuda psicológica»: Revista de Psiquiatría y Psicología humanista 27-28 (1989) 74-82.

5. Escuchar es una forma de humanizar promoviendo la hospitalidad

Escuchar es una forma de practicar la hospitalidad entre las personas. Ricoeur hablaba de la “hospitalidad lingüística”, recogiendo también la acogida de la traducción como expresión de pluralidad de las culturas y la unidad de la humanidad.¹⁶

Y hoy somos conscientes también del poder de la “hospitalidad narrativa”, como “un intento de decir-me en el lenguaje del otro y decir al otro en mi lenguaje, y al mismo tiempo esperar que ese esfuerzo también sea hecho por el otro. Se trata, pues, de un cosmopolitismo narrativo, donde los encuentros no se dan en ninguna parte, sino en espacios de reconocimiento constituidos en el intercambio de narrativas”.¹⁷

La vida religiosa, individual y colectivamente, se ha ido narrando sobre todo generando espacios de hospitalidad, de cultura, de educación. Hoy es más el tiempo de narrarse como vulnerables, de ser escuchados al borde del camino y esperar que alguien nos hospede con competencia narrativa. La competencia narrativa sería ese “conjunto de habilidades que se requieren para reconocer, absorber, interpretar y conmovirse con las historias que uno escucha o lee”.¹⁸

Nos decía el Papa Francisco que “solo prestando atención a quién escuchamos, qué escuchamos y cómo escuchamos podemos crecer en el arte de comunicar, cuyo centro no es una teoría o una técnica, sino la «capacidad del corazón que hace posible la proximidad» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 171).¹⁹

Y escuchar, por otro lado, nos abre a la interculturalidad. En los tiempos que corren, muchas comunidades están formadas por personas consagradas de diferentes continentes, en las que un gran desafío es precisamente escucharse en la diversidad, en la intergeneracionalidad y en los distintos tiempos en que cada uno vive. La escucha abre a la interculturalidad, supera el eurocentrismo, pero existe también el riesgo del relativismo moral.

Decía Miguel Unamuno en unos versos rescatadores de la dimensión humana de la escucha:

*El cuerpo canta;
la sangre aúlla;
la tierra charla;
la mar murmura;
el cielo calla
y el hombre escucha.*

6. Difícil arte de escuchar

Escuchar no es fácil, decía el Papa Francisco. Escuchar nunca es fácil. A veces es más cómodo fingir ser sordos. Escuchar significa prestar atención, tener deseo de comprender, de valorar, respetar, custodiar la palabra del otro. En la escucha se origina una especie de martirio, un sacrificio de sí mismo en el que se renueva el gesto realizado por Moisés ante la zarza ardiente: quitarse las sandalias en el «terreno sagrado» del

¹⁶ RICOEUR P., Sobre la traducción, Buenos Aires, Paidós 2005.

¹⁷ MORATALLA T.D., FEITO L., “Bioética narrativa”, Guillermo Escolar, Madrid 2013, 166.

¹⁸ CHARON R., “Narrative and Medicine”, en New England Journal of Medicine, 350, nº9, 2004, 862.

¹⁹ Francisco, Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de febrero 2022.

encuentro con el otro que me habla (cf. Ex 3,5). Saber escuchar es una gracia inmensa, es un don que se ha de pedir para poder después ejercitarse practicándolo.²⁰

En efecto, escuchar es un arte difícil. Hay motivo para sorprenderse de que alguna vez la escucha tenga realmente lugar. Una escucha auténtica presupone que se haya pasado, de alguna forma, a través del desierto, asumiendo la distancia infinita que separa a una persona de otra. Más aún, la escucha tiene lugar en el desierto, porque tal distancia no será nunca abolida, a pesar de todo posible relámpago de reciprocidad de las conciencias. La escucha plena revela su lado benéfico no sólo para el que es escuchado, sino también para el agente que lo ejerce. Escuchando al otro, él se abre a la propia realidad humana en plenitud, incluida su inevitable parte de sombra.²¹

La escucha es ciertamente una de las formas más eficaces de respeto. Su importancia es subrayada por cualquier escuela psicológica, además que por la común reacción de la gente. Piedra angular sobre la que se basan todas las respuestas generadoras de ayuda, la escucha es una de las "caricias positivas" más apreciadas por la gente. En efecto, cuando uno se siente escuchado, tiene la cálida percepción de tener valor a los ojos del interlocutor.²²

El arte de escuchar comporta, por otro lado, el riesgo de la interpretación. En varios lugares he podido escribir sobre la interpretación en la comunicación de relación de ayuda, y sus límites y riesgos.²³ Pero la interpretación y el diagnóstico son necesarias como hipótesis en relación de ayuda.²⁴ Al escuchar, también hacemos constructos mentales y emocionales en nosotros mismos, que tienen posibilidad de permitir comprender lo que al otro le está pasando realmente.

Pero hablamos de "escucha activa". En el encuentro humano, en el que nos hacemos, porque somos relación y somos en relación, no hay verdadera escucha si no es activa. La comunicación pide una "demostración" de comprensión y una respuesta que promueva también la capacidad de comprenderse a sí mismo y la autoayuda.

Ir al compás del alma y del corazón del otro, es generar alto grado de intimidad. Y en ella, ser capaz de superar las tentaciones del directivismo y caminar en el respeto entre la autonomía y la confrontación. Por eso Jesús pide a sus discípulos también que verifiquen la calidad de su escucha: "Presten atención a la forma en que escuchan" (Lc 8,18)."²⁵

7. La escucha es medicina

En la estación de la enfermedad, en el tiempo del sufrimiento, en parte en la vejez, en la experiencia de la soledad, en el morir y en el duelo, la escucha es medicina.²⁶ La escucha

²⁰ Francisco, Mensaje del Papa para la 50 Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales: *Comunicación y Misericordia: un encuentro fecundo*, 24.01.2016.

²¹ SPINSANTI S., "L'ascolto nella pratica sanitaria: gli interrogativi fondamentali", in AAVV., *L'ascolto che guarisce*, Assisi, Cittadella, 1989, p. 24-25.

²² BRUSCO A., "Saber escuchar", in AAVV., *Comprender y ayudar al enfermo*, Bogotá, Selare, 1991, p. 177. El término "caricia" es propio del Análisis Transaccional. Significa la satisfacción de la necesidad de ser reconocido y estimado. Son "estímulos sociales dirigidos de un ser vivo a otro, que reconocen la existencia de éste". Cfr. KERTÉSZ, R., *Análisis Transaccional. Integrado*, Buenos Aires, Ippem, 1985, p. 227. Puede distinguirse entre caricias positivas y negativas. Las caricias positivas reconocen los aspectos valiosos de la otra persona y correspondientemente aumentan la autoestima, mientras que las negativas reconocen la existencia del otro, pero en sus aspectos menos gratificantes para ella.

²³ BERMEJO J.C., *Introducción al counselling*, Sal Terrae, Santander 2010.

²⁴ MUCHIELLI R., *Apprendere il counselling. Manuale pratico di autoformazione al colloquio d'aiuto*, Erikson, Trento 1988, II.

²⁵ Francisco, Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de febrero 2022.

²⁶ BERMEJO J.C., *La escucha que sana*, San Pablo, Madrid 2002.

sana porque libera de malestares, permite poner sentido mientras narramos, desahoga, libera endorfinas, distiende músculos... *Escuchar el llanto*, diría Garcilaso De La Vega, y “escuchar los latidos de tu corazón inquieto... diera, alma mía, cuanto poseo, la luz, el aire y el pensamiento!”, escribía Gustavo Adolfo Bécquer. Como también el salmista encuentra confianza en el desahogo: “Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha”. (Sal 33)

La escucha sana también porque aumenta la adherencia: “El paciente que se siente escuchado en el primer encuentro con el médico tiene más posibilidades de responder favorablemente al tratamiento. Por tanto, el médico tiene el poder de influir en el estado del paciente y su recuperación –al menos hasta un punto-, por eso es esencial que escuche al paciente y que genere una atmósfera de confianza en la entrevista. El manejo de este poder es, así, una responsabilidad ética del profesional.”²⁷

Hay mucho poder en la narración. Quien sufre, con frecuencia se consuela al ser escuchado y es cierto que el sufrimiento mudo es más cruel. La narrativa tiene un elemento sanador. “La medicina narrativa enfatiza notablemente las virtudes “terapéuticas” de la narración en el encuentro clínico. Parece claro que los pacientes se sienten mejor cuando pueden comprender lo que les ocurre, cuál es la naturaleza de su enfermedad y qué pueden esperar. Cuando la enfermedad es un misterio amenazante e incomprensible, que no puede ser comprendido, el paciente siente que no puede tener ninguna forma de control o dominio sobre su padecimiento, lo que añade sufrimiento a su situación. El “poder hacerse cargo” de lo que a uno le ocurre se convierte así en un elemento, si no de curación, al menos sí de ayuda para enfrentarse a la enfermedad, luchar contra ella y, en su caso, asumir lo que se nos impone”.²⁸

Por las narraciones nos aclaramos de una vida compleja. Contando historias, nos contamos a nosotros mismos, ponemos orden y nos empoderamos en medio de la adversidad. “La escucha verdadera de la historia del paciente (que Kleinman llama “atestiguación empática”) es un acto moral y terapéutico”.²⁹ “La narrativa es un laboratorio del juicio moral”, decía Paul Ricoeur.³⁰

8. Escuchar, cumple diferentes funciones

La escucha que valida, reconoce sin juzgar, sin prejuicios ni sesgos, cumple una función inclusiva, integradora, sale al paso de los riesgos de sentimiento de exclusión, soledad, abandono, desamparo.

Pero la escucha que personaliza, logra empoderar al otro, en tanto que devuelve la comprensión de los significados, de los sentimientos. Devuelve la conciencia de dónde está el otro en relación a dónde quiere estar, dónde está en relación a lo que le pasa, a la vez que aumentar la conciencia de lo que la persona hace ante lo que le sucede. Mucho del malestar y sufrimiento de una persona está en línea con lo que logra hacer con aquello que le llega, que no depende de él. Es la clave de la logoterapia de Frankl: qué hago con lo que no puedo cambiar. Y la escucha cumple esta función, la de entregar al otro su realidad, invitándole a ser dueño, en todo caso, de ella.

Ahora bien, la escucha es también el camino para regalar al otro confrontación, corrección fraterna. Solo el que acoge los significados que la realidad tiene para el otro,

²⁷ MORATALLA T.D., FEITO L., *Bioética narrativa*, Guillermo Escolar, Madrid 2013, 107.

²⁸ MORATALLA T.D., FEITO L., *Bioética narrativa*, Guillermo Escolar, Madrid 2013, 105.

²⁹ KLEINMAN A., *The illness narratives: suffering, healing, and the human condition*, Nueva York, Basic Books, 1988.

³⁰ MORATALLA D.T., *Bioética y cine. De la narración a la deliberación*, Madrid, San pablo, 2010, 105.

tiene autoridad para hacerle ver las eventuales contradicciones, cortinas de humo, actitudes pasivas o incongruentes, que no ayudan a vivir realizados, felices, solidarios.

Puede ser el caso de eventuales escarceos por el camino de la persuasión en las relaciones de ayuda. En ellas también nos hacemos, somos. No solo somos lo que nos permite realizar autónomamente, con nuestra escala de valores. Porque somos relación, nos influimos con la palabra, con el poder persuasor de la palabra, que tendrá su licitud ética cuando no sea manipuladora ni coercitiva, sino que se ofrezca por la autoridad de los valores en los que se asienta y en la atracción del bien y la verdad.

En este sentido, “aprender a escuchar al ser interior es tan importante como aprender a escuchar a los demás. Los intereses propios o prejuicios interfieren con la capacidad de escuchar cuidadosamente y con mente abierta, disminuyendo la capacidad para la empatía”.³¹

9. La verdadera escucha es la del corazón

La verdadera escucha no es mera técnica. Aunque existen técnicas para favorecer efectivamente la escucha activa. La verdadera escucha es la que hace el oído del corazón, la que acoge al corazón que habla. El corazón habla y escucha. Y lo hace a través de su campo magnético, que es 5.000 veces más intenso que el del cerebro. Cuando habla transmite su estado de ánimo, pues si, por ejemplo, se encuentra alterado, entra en un ritmo caótico que se propaga alrededor de todo el cuerpo.

En el Concilio Vaticano II, vemos que es en el corazón donde también Dios nos muestra íntimamente su voz. “Es el centro más secreto del hombre, el santuario donde el hombre está solo con Dios y donde su voz se hace oír.” (GS 16).

Sabemos que, para los griegos, y también en la sabiduría bíblica, el corazón era el centro de la vida inteligente y moral, donde se fraguan los planes, y donde se guardan las cosas más íntimas (Lc 9,47). Del corazón brotan las actitudes, los sentimientos, los valores que mueven la vida de cada uno.

Así dice el Papa Francisco sobre la escucha del corazón: “Todos tenemos oídos, pero muchas veces incluso quien tiene un oído perfecto no consigue escuchar a los demás. Existe realmente una sordera interior peor que la sordera física. La escucha, en efecto, no tiene que ver solamente con el sentido del oído, sino con toda la persona. La verdadera sede de la escucha es el corazón. El rey Salomón, a pesar de ser muy joven, demostró sabiduría porque pidió al Señor que le concediera «un corazón capaz de escuchar» (1 Re 3,9).”³²

10. La escucha se aprende

Podemos oír, si no estamos sordos. Otra cosa es escuchar. A escuchar, se aprende. Es un proceso de entrenamiento y supervisión, sobre todo para las escuchas que pretendan tener una valencia terapéutica para los demás. Entrenarse y dejarse supervisar en la intervención de relación de ayuda representa un deber ético de quienes quieran ejercer el arte de escuchar en clave profesional.

³¹ CIARAMICOLI A., KETCHAM K., *El poder de la empatía*, Vergara, Buenos Aires 2000, 104.

³² Francisco, *Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de febrero 2022.

Motivaciones, sesgos, contratransferencias, evocaciones de los propios problemas fruto del eco de la empatía, heridas no resueltas, dificultades vinculares, sentimientos intensos limitantes, áreas desconocidas por el ayudante a nivel legal, psicológico, ético, cultural, *burnout*... son algunas cuestiones a despachar entre supervisor y aprendiz de escucha.

Algunas asociaciones de *counselling*, efectivamente, contemplan la acreditación de los distintos niveles de competencia en estas lindes. La supervisión ha de ayudar al ayudante a integrar su vida personal con sus conocimientos y su práctica. No solo es objeto de atención el mundo de las técnicas utilizadas, sino también el impacto de los problemas sobre el ayudante, la madurez en la gestión de las propias dificultades, el reconocimiento del influjo de la herida o sombra sobre la relación, la dimensión ética, la libertad o codependencia, la honradez sostenida en las motivaciones y la solidez de los valores actualizados en la relación.

Que para aprender a escuchar se requiere un proceso y un trabajo de fondo, lo describimos particularmente en este cuento:

Un discípulo, antes de ser reconocido como tal por su maestro, fue enviado a la montaña para aprender a escuchar la naturaleza.

Al cabo de un tiempo, volvió para dar cuenta al maestro de lo que había percibido.

"He oído el piar de los pájaros, el aullido del perro, el ruido del trueno..."

- *"No -le dijo el maestro-, vuelve otra vez a la montaña. Aún no estás preparado".*

Por segunda vez dio cuenta al maestro:

- *"He oído el ruido de las hojas al ser mecidas por el viento, el cantar del agua en el río, el lamento de una cría sola en el nido".*

- *"No -le dijo de nuevo el maestro-. Aún no. Vuelve de nuevo a la naturaleza y escúchala".*

Por fin, un día...

- *"He oído el bullir de la vida que irradiaba del sol, el quejido de las hojas al ser holladas, el latido de la savia que ascendía en el tallo, el temblor de los pétalos al abrirse acariciados por la luz".*

- *"Ahora sí. Ven, porque has escuchado lo que no se oye".*

Es un trabajo de fondo, de acogida de lo que nos llega por todos los sentidos. En la vida consagrada encontramos un terreno especial para ofrecer servicios de escucha que podrían ser el fruto de una rica vida espiritual. Como peregrinos libres, en el perder y morir, la escucha al corazón puede dar sabor y ayudar a recuperar sabor a tantas vidas rotas por el dolor y el sufrimiento.

11. "Escucha lo que no digo"

Sabemos que la mayor parte del poder de una comunicación interpersonal está en el lenguaje no verbal. Por eso, uno de los desafíos para la escucha radica en el manejo del silencio intrapsíquico, en la posibilidad que tenemos de acoger los mensajes que el otro nos comunica, pero no verbalmente.

Un interesante texto aparecido aquí y allá, entre literaturas sobre relación de ayuda y *counselling*,³³ resulta particularmente sugerente para reflexionar sobre la envergadura de la escucha y la necesidad de hacer un esfuerzo de hospitalidad de la naturaleza humana herida. Dice así:

No te dejes engañar por mí.
No te engañen mis apariencias.
Porque son solo una máscara,
tal vez mil máscaras, que me da miedo quitarme,
aunque ninguna de ellas me represente.

Aparento sentirme seguro,
que todo va de maravilla, tanto dentro como fuera;
aparento ser la confianza personificada,
poseer la calma como una segunda naturaleza,
controlar la situación
y no necesitar de nadie.

Pero no me creas, te lo ruego.
Exteriormente puedo aparecer tranquilo;
sin embargo, lo que ves es una máscara.
Debajo, escondido, está mi verdadero yo
en la confusión, en el miedo, en la soledad.

Pero lo escondo.
No quiero que nadie lo sepa.
Me invade el pánico
ante el solo pensamiento de mostrarlo.

Por eso necesito constantemente
crear una máscara que me oculte,
una imagen pretenciosa que me proteja
de la mirada perspicaz.

Pero esto no te lo digo. No tengo valor para ello.
Temo que tu mirada no venga acompañada
de la aceptación, del amor.
Temo, quizá, que puedas cambiar de opinión sobre mí,
que no me tomes en serio
y que tu sonrisa acabe matándome.

³³ BERMEJO J.C., MARTÍNEZ A., *Relación de ayuda, acción social y marginación*, Sal Terrae, Santander 1998, 83ss.

Tengo miedo, en el fondo, de no valer nada,
y de que tú te des cuenta y me rechaces.

Entonces sigo con mi juego de pretensiones desesperadas,
con apariencia de seguridad por fuera
y con un niño tembloroso por dentro.

Exhibo mi desfile de máscaras,
y dejo que mi vida se vuelva una ficción.
Te cuento todo lo que no cuenta nada
y nada de lo que en verdad es importante,
de lo que me atormenta por dentro.

Por eso, cuando descubras esta rutina,
no te dejes engañar por mis palabras:
escucha bien lo que no te digo,
lo que quisiera decir, lo que necesito decir,
pero no logro expresar.

No me gusta esconderme, te lo confieso.
Me encantaría ser espontáneo, honesto y sincero,
pero tienes que ayudarme.
Por favor, tiéndeme tu mano,
aunque parezca ser lo último que deseo.

¡No me ignores, por favor, no pases de largo!
Ten paciencia conmigo.

A veces parece que, cuanto más te acercas,
tanto más me rebelo contra tu presencia.
Es algo irracional, pero es así:
luchó contra lo que necesito.
¡Así es a menudo el ser humano!

Pero el amor es más fuerte que toda resistencia,
y ésta es mi esperanza.
Mi única esperanza.

Ayúdame a derribar estas barreras
con tus manos fuertes,
a la vez que delicadas,
porque un niño es siempre algo muy frágil.

¿Quién soy yo, te preguntas?
Soy alguien a quien conoces muy bien.
Soy cada persona que encuentras.
Soy tú mismo.

Escuchar lo que no se oye, escucharse a sí mismo y, en el fondo, conocerse e integrar la propia “sombra”, en términos junguianos, constituye un desafío para la verdadera escucha al corazón del otro, especialmente en el tiempo del sufrir, del depender y, tanto más, del morir.

12. La escucha tiene un precio

Escuchar de verdad, particularmente escuchar a la persona que sufre, en el tiempo del enfermar, en el sufrir y el morir, tiene un precio. Un precio emocional. Probablemente no se le ha dado aún suficiente importancia al impacto del sufrimiento humano sobre el que lo acoge.

Así como sería imposible estar en un bote de pepinillos sin ser influido por el sabor a pepinillos, como nota Christina Maslach³⁴, es también imposible entrar en el mundo del sufrimiento y no quedar repercutido por él, tanto a nivel emocional como moral. No solo influye el contexto ambiental, laboral, relacional, sino el mismo hecho de moverse en la zona oscura de la vida humana, donde se percibe la fragilidad, el dolor, las consecuencias del mal, la gestión difícil de los recuerdos...

Algunas personas, dedicadas abundantemente a escuchar en el mundo del sufrimiento, sufren el riesgo de quemarse, por lo que hablamos del riesgo de padecer el síndrome del burn-out.³⁵ No han faltado autores, como Danesi y Mariani, que han hipotizado este riesgo como mecanismo de defensa, más que como punto de llegada de quien escucha y absorbe mucho sufrimiento.³⁶

En la sana regulación de la implicación emocional con la persona que sufre, nos jugamos mucho del necesario equilibrio en la escucha, para que la afectación del sufrimiento ajeno no genere el desgaste patológico en las relaciones de ayuda. Es interesante la descripción de la actitud empática por quienes la piensan en términos de proceso: de identificación con la persona del otro y su situación, en primer lugar; de gestión de la repercusión que tiene sobre el que escucha, en segundo lugar; y de habilidad para separarse y restablecer la sana distancia psico-afectiva, en tercer lugar.³⁷

Es de gran interés el concepto de “fatiga por compasión”, que tiene su origen en Charles Figley, que se alterna con el de “síndrome de desgaste por empatía”. Se trata del desgaste emocional (no *burn-out*), el precio que se paga inevitablemente por la implicación.³⁸ Ignorar este precio, puede ser un inconveniente para la necesidad de equiparse en clave de prevención, adquiriendo las debidas competencias blandas.

³⁴ MASLACH C., *La síndrome del burnout. Il prezzo dell'aiuto agli altri*, Cittadella, Assisi 1992, 35.

³⁵ SANDRIN L., *Ayudar sin quemarse*, San Pablo, Madrid 2005.

³⁶ DANESI M., MARIANI F., "La "síndrome del burnout" fra gli operatori dei servizi per le tossicodipendenze", en AAVV., *L'operatore cortocircuitato. Strumenti per la rivelazione del burnout fra gli operatori sociali italiani*, Milano, Clup, 1987.

³⁷ KATZ R., *Empathy, its nature and uses*, The free Press of Glencoe, Londres 1963.

³⁸ FIGLEY Ch., *Compassion Fatigue: Coping With Secondary Traumatic Stress Disorder In Those Who Treat The Traumatized*. U.K.: T. & Francis, 1995.

13. La escucha hace eco: la propia fragilidad

Escuchar, particularmente en el tiempo del sufrimiento, tiene también un precio en el eco de uno mismo, de quien escucha. La propia vulnerabilidad del que acoge, la propia fragilidad, en términos de historia de traumas personales, de límites de la personalidad, de cuestiones morales, o el hecho de estar viviendo situaciones semejantes –personal, familiar, comunitariamente-, es interpelada en la escucha.

Una voz interna hace ruido en la herida del sanador. Es viejo el arquetipo del sanador herido, de la mitología, que ha seguido su curso en la cultura judía, encarnándose en la figura del Siervo de Yahvé (Is 53,5), y en Carl Jung como clave de comprensión y desafío para la gestión de la fragilidad de quien escucha a otros.³⁹

El poder humanizador de esta imagen radica en el hecho de que constituye un ejercicio de humildad y de aprendizaje, que los profesionales del cuidado pueden realizar, a partir del reconocimiento de la propia humanidad, hecha no solo de recursos –conocimientos, habilidades, destrezas, roles...- sino también de fragilidades, de toda índole que, bien utilizadas, pueden, precisamente, transformar a los profesionales en mejores personas. Sí, más humanas porque más dueñas de su pensar, de su decir, de su hacer, más utilizadoras del potencial entrañable que nace precisamente de la propia fragilidad.⁴⁰

“La primera escucha que hay que redescubrir cuando se busca una comunicación verdadera es la escucha de sí mismo, de las propias exigencias más verdaderas, aquellas que están inscritas en lo íntimo de toda persona.”⁴¹

En efecto, el que escucha al otro, se escucha a sí mismo, porque se identifica involuntariamente y encuentra un espejo de la interioridad. También el servicio como líderes católicos, el manejo de la propia fragilidad representa un desafío. Henri Nouwen se preguntó por ello, contribuyendo, en parte, a popularizar la metáfora del sanador herido.⁴²

14. Hay que responder: El poder de la palabra.

Es de indudable valor la escucha a quien vive la estación otoñal del sufrimiento. Su poder terapéutico la ennoblece y convierte en un servicio de primer orden. Pero, antes o después, en el encuentro y en la relación en la que nos hacemos los seres humanos, es llamada en causa la palabra.

Hay palabras nobles y con densidad, como: hola, gracias, perdón, adiós, por favor... que determinan mucho de la salud de las relaciones. Pero hay también palabras que buscan ser consuelo eficaz. Feud dijo: “La ciencia médica no ha inventado todavía una medicina tan eficaz como pocas palabras amorosas”. Y es que, la palabra es bálsamo, embelesa, calma, hace olvidar o recordar, insufla ánimo, genera sentimientos, con ella se gobierna... La palabra crea, hace ser...

Las palabras elevan y hunden, construyen y destruyen. Con ellas se mueven los sentimientos, los corazones, las voluntades. Se pueden usar para formar o deformar, para informar, manipular o coaccionar. Las palabras refuerzan y hacen sentir al otro fuerte o

³⁹ BRUSCO A., *El sanador herido*, en: BERMEJO J.C., ALVAREZ F., Diccionario de bioética y pastoral de la Salud, San Pablo, Madrid 1997.

⁴⁰ BERMEJO J.C., *El sanador herido. Humanizar las relaciones de ayuda*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2022.

⁴¹ Francisco, *Mensaje del Santo Padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de febrero 2022.

⁴² NOUWEN H.J.M., *El sanador herido*, PPC, Madrid 2004.

aumentan la fragilidad y el sentimiento de vulnerabilidad. Las palabras acercan a las personas construyendo puentes o alejan construyendo muros y abismos. Las palabras pueden ser un canto que embelesa y estimula el corazón o pueden provocar consecuencias devastadoras o acciones terapéuticas.

En la mitología griega encontramos a *Pehithó*, que se ha traducido vaga e impropriamente por “persuasión”. *Pehithó* es retórica, erótica, filosofía, poética, política. Pertenece a reyes, amantes, a los que cuentan relatos y quieren mantener la atención de su público. Los antiguos griegos sienten y observan que hablar bien es, a la vez, saber y poder, hasta el punto que el “bienhablante” es equiparable a ser un hombre con poderes mágicos. De ahí que *Pehithó* –la persuasión- fue acompañante de *Eros* en su sentido de eficacia psicológica y social de la palabra. Se considera a la palabra como antítesis de *Aranke*, la fuerza.

Ciertamente, la palabra es una realidad viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Puede penetrar hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzgar los pensamientos y las intenciones del corazón. (Heb 4,2). Con la palabra se puede enseñar, reprender, corregir... para hacer buenas obras (2 Tim 4, 16-17). Pero también se puede traicionar con la palabra, chismorrear con la palabra, humillar con la palabra, dividir con la palabra...

Para que la palabra dé fruto, no hay que contentarse solo con purificar la motivación de quien la usa, pronunciarla en el momento adecuado, dar con la más oportuna para aliviar, engrasar, confrontar... sino también hay que escucharla, acariciarla con respeto. A la palabra hay que acogerla con disposición a dejar que se haga fecunda. (St 1,22)

En la Sagrada Escritura encontramos sentencias tan profundas como estas, sobre la palabra y su poder: “Afilan sus lenguas como serpientes, con veneno de víboras en los labios” (Sal 139,4). “En su boca no hay sinceridad, su corazón es perverso, mientras alagan con la lengua”. (Sal 5,10) “Guarda tu lengua del mal, tus labios de la falsedad”. (Sal 34,12) “Nuestras palabras sean lámpara a nuestros pies, luces en nuestros senderos”. (Sal 119,105) “Una palabra tuya, bastará para sanarme”. (Mt 8, 5) “Muchas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno; así hará bien a los que lo oyen”. (Ef 4,29) “La palabra es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón”. (Heb 4,12) “Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”. (St 1,22)

15. Escuchar al Espíritu

También al Espíritu está disponible la escucha, en el creyente. El Espíritu Santo habla en el corazón, y el hombre lo escucha con el corazón. Y puesto que el Espíritu reside en el corazón del ser humano, es allí donde se escuchan sus voces.

Escuchar es lo que los orientales llaman oración del corazón en el sentido más propio. Como metáfora, el corazón se asemeja a una fuente. Si esta es limpia, el cielo se refleja en ella. De modo similar en el corazón puro se reflejan los pensamientos divinos⁴³.

Según las Escrituras, escuchar a Dios, no significa simplemente prestarle oído a lo que dice la divinidad, sino acoger la Palabra, abrirle el corazón, llevarla a la práctica, obrar en consecuencia, es decir, *ob-audirla*. La *ob-audiencia* (obediencia auténtica) a ella es una elección íntima, personalísima del hombre. Por eso su aceptación es encomiada por

⁴³ SPIDLÍK S.J., Cardenal Tomás. (2008). Ignacio de Loyola y la espiritualidad oriental, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao-Santander 2008, 84.

Dios: *“Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan”* (Lc. 11,28). El afán de verdad que posee el hombre, también se sacia atendiendo la Palabra. Así, en el libro de los Proverbios, se sugiere que el conocimiento y la sabiduría se logran por la escucha: *“El sabio escucha y aumenta su saber, y el inteligente adquiere destreza”* (Prov. 1,8).

Los textos bíblicos aseguran que la fe se transmite por la palabra, pero ella obra solo si se la escucha. Así en Romanos 10,17 se explicita que “la fe nace de la audición”. Misteriosa queda, para quien anhela que la escucha comporte la satisfacción de lo deseado o pedido, las palabras del Señor que leemos en la carta de Pablo a los Hebreos: “Cristo, en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librarle de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente”. (Hb 5,7)

El Vaticano es el reino del ‘off the record’⁴⁴

Mathieu Deslandes

Cada pontífice impone su propio modo de comunicación. Para entender cómo trabajan los que nos informan sobre el papa Francisco, nos desplazamos a Roma para conocer a Loup Besmond de Senneville, corresponsal de La Croix en el Vaticano.

Bajo los mosaicos de la Basílica de San Pablo Extramuros, una falda escocesa se unía a las albas de los clérigos reunidos en torno al altar. Una melodía de gaita pone fin a la misa celebrada en memoria de Isabel II. Pronto los clérigos salen en procesión, y un joven vestido de civil con barba y pantalones descoloridos se acerca al cardenal. El primero es Loup Besmond de Senneville, enviado especial permanente a Roma del periódico *La Croix*; el segundo es el arzobispo Paul R. Gallagher, secretario para las relaciones con los Estados, es decir, el ministro de Asuntos Exteriores del Papa. El cardenal, que había visto venir al periodista, lo esquivó. Este último gira y cae sobre un grupo de embajadores. Con las manos cruzadas a la espalda, trata de conseguir declaraciones y de recoger datos para alimentar sus investigaciones en curso. No saca un cuaderno: ya nadie le habla. El Vaticano es el reino del off the record, de los micrófonos apagados”, dice. Nadie o casi nadie tiene derecho a hablar con la prensa.

Una ceremonia, tres tuits

Durante la misa, Loup Besmond de Senneville no comulgó. Cuando fue designado para Roma en 2020, el verano en que cumplía 35 años, este católico practicante se había marcado una línea de conducta: comulgar cuando asistiera a misa como una cuestión personal; abstenerse cuando fuera “por trabajo”. Desde entonces, esta regla ha sido revisada: comulga cuando experimenta “un momento espiritual”. Este miércoles por la mañana, definitivamente no fue el caso. Se pasó la mitad de la ceremonia con su smartphone. Se publicaron tres tweets y se intercambiaron múltiples textos con colegas de su periódico. Lo que estaba en juego en su discusión era que Loup Besmond de

⁴⁴ Artículo publicado en ‘La revue des médias’ (<https://larevedesmedias.ina.fr/vatican-pape-francois-correspondant-journal-la-croix-off-eglise-rome>). Traducción al español de forum.com.

Senneville había oído hablar de una próxima visita de Emmanuel Macron al Vaticano; el periodista encargado de vigilar el Elíseo intentaría contrastar el chivatazo.

Snacks

La fecha de este viaje fue susurrada al oído del Vaticano la noche anterior en los sublimes jardines de la Villa del Priorato de Malta en el Aventino, donde la nueva dirección de la Orden de Malta –una poderosa organización recientemente decapitada y asumida por el Papa– celebraba una recepción. Asistieron muchos monseñores, princesas, militares y diplomáticos. Navegando entre *petit fours*, copas de champán, spritzers y mini-babas con ron, Loup Besmond de Senneville –que estaba como pez en el agua– charló con fuentes actuales y potenciales. “Aquí”, comenta, “la gente trabaja en contacto personal. Necesitan verte varias veces para darte su confianza”.

A principios de este otoño, busca interlocutores susceptibles de revelar el trasfondo de las negociaciones entre el Vaticano y China. También trató de conocer a teólogos latinoamericanos. “Con Benedicto XVI, las redes alemanas eran buenas fuentes”, dice. Con Francisco, nos dirigimos a los latinos para entender mejor el pensamiento del Papa. Por ejemplo, sobre la homosexualidad: hay una tensión entre la prohibición doctrinal y una forma de aceptación pastoral. Se puede ver la hipocresía en esto, una contradicción. Los latinos nos dicen: “Vosotros, los europeos, ponéis la doctrina por delante, y se supone que se aplica como ley. Partimos de la realidad concreta, intentamos trabajar con ella, y tender hacia el ideal que expresa la doctrina”.

En Saint-Paul-hors-les-Murs, el gaitero ha desaparecido. Loup Besmond de Senneville se sube a su scooter –un Peugeot (“las Vespas son demasiado caras”)– y recorre los adoquines romanos. Aparca delante de una tienda de recuerdos religiosos en Via della Conciliazione, a 200 metros de la Plaza de San Pedro, y, como cada mañana, entra en la *Sala Stampa*, la sala de prensa del Vaticano. En la entrada: cuarenta cajas postales grises y una fregona apoyada junto a una fuente de agua. En el centro: una mesa de madera muy larga. Por todas partes: cabinas de trabajo alquiladas por año. La Croix tiene un lugar en el stand número 2. Otros tres medios de comunicación franceses han aceptado realizar esta inversión: AFP, el semanario *La Vie* e i.média, una agencia especializada en la información del Vaticano.

Luigi Villano entra en la silenciosa y escasa sala. Coloca un ejemplar de *La Croix* al final de la mesa, donde ya están colocados *Avvenire* y *L'Osservatore Romano*. En el curso de sus rondas, este mensajero distribuye un centenar de ejemplares del diario del grupo Bayard por todo el Vaticano: a la secretaría del Papa, a los responsables de su administración, a algunos embajadores y a algunos cardenales. “Los monseñores más veteranos se alegran de tener una versión en papel”, dice. Pero para todos nosotros, la tecnología lo ha cambiado todo. Ahora todo está disponible en Internet, más aún desde la pandemia, y muchos periodistas ya no tienen una razón para venir aquí. Aquí solía haber mucha gente. Y cuando el portero anunciaba la entrega del *bollettino*, se producía una avalancha.

Bollettino en el buzón

Aunque muchos departamentos del Vaticano siguen recurriendo al fax y a los mensajes escritos a mano, el *bollettino*, el informe oficial de la Santa Sede, se envía ahora por correo electrónico a mediodía. De hecho, es el momento: en la pantalla de su ordenador –donde están abiertos WhatsApp, Outlook, Tweetdeck, Evernote, Deepl (un servicio de traducción) y el sistema de gestión de contenidos de *La Croix*– Loup Besmond de

Senneville echa un vistazo al documento. Se anuncia un viaje del Papa a Bahrein. 12:01 h.: Transmite la información a sus compañeros en el grupo de WhatsApp del departamento de religión de su periódico. 12:02 h.: Lo tuitea. 12:11 h.: AFP publica un informe sobre el tema. 12.15 h.: Loup Besmond de Senneville prepara un breve artículo sobre el viaje, que su jefe de departamento le acaba de encargar.

Mientras tanto (seamos precisos: a las 12.03 h.) el periodista se lo ha dicho a su esposa. Porque irá, por supuesto. Los viajes del Papa han dejado recuerdos imborrables para sus predecesores, como le han dicho todos los que ha entrevistado. Cuando llegó a un Vaticano precintado por Covid, el periodista tuvo que esperar hasta la primavera de 2021. El Papa voló entonces a Irak. En una iglesia de Karakoch, “que tres años antes era un campo de tiro para el Dáesh”, Loup Besmond de Senneville vivió “un momento humano y espiritual bastante fuerte”. Desde entonces, ha cubierto otros cinco viajes papales: a Hungría y Eslovaquia; a Chipre y Grecia; a Malta; a Canadá; a Kazajistán.

“En el avión, el Papa tiene la costumbre de saludar uno por uno a los cerca de 70 periodistas que le acompañan. Se mantienen breves conversaciones. Algunos le regalan dibujos hechos por sus hijos. Otros le piden que bendiga una medalla o un rosario. Todos miran el deterioro de su condición física. Cada vez nos preguntamos si no será su último viaje”, dice Loup Besmond de Senneville. “Me dirá que llevamos diez años haciéndonos la pregunta”. Pero para Francisco, una renuncia, siguiendo a Benedicto XVI, siempre ha sido una opción. El periodista intenta “no obsesionarse con ello”. Pero documenta cómo Francisco se está preparando para el futuro. “Cuando el Papa reúne a 200 cardenales de todo el mundo para conocerse, es difícil no verlo como el primer paso del cónclave”.

El arte de descifrar

La interpretación de los signos es una de las principales disciplinas de los vaticanistas. Están acostumbrados a escudriñar *La Civiltà Cattolica*, una revista jesuita considerada como el brazo de comunicación no oficial del papado. “Mi predecesor había estado destinado en la URSS y en el Vaticano”, dice Iacopo Scaramuzzi, de *La Repubblica*. Le llamaron la atención las similitudes entre ambas publicaciones: la importancia del subtexto, la lectura de los detalles, el arte de descifrar el significado de una coma en *Pravda* como en *L'Osservatore Romano*. Es la falta de transparencia lo que destaca.

Bajo las luces circulares del techo de la sala de prensa –que en este lugar pueden compararse con halos extragrandes– se respira una innegable nostalgia. “La dimensión humana ha cambiado mucho”, afirma Michela Nicolais, periodista de la agencia italiana SIR. “En el pasado”, dice, “los cardenales venían a hablar con el personal del Vaticano. Y varias veces al día, el director de la sala de prensa se tomaba el tiempo de responder a sus preguntas. Esto ya no es así. Pero la culpa no es sólo de la digitalización de las prácticas”.

Cortocircuito

Elegido para reformar la Iglesia, Francisco ha intentado constantemente reducir el peso de la burocracia. Se ha desarrollado una desconfianza mutua entre él y la Curia, de la que forma parte el aparato de comunicación. De este modo, el Papa se salta sus propios servicios de comunicación. Obviamente, esto no facilita la circulación de la información. “Todo se ha vuelto más complejo, hay mucha burocracia”, dice Anna Kurian, de la agencia i.media. Reflexiona un momento, levantando la vista de un VHS que se ha caído de su estantería, y añade: “Básicamente, este Papa nos obliga a salir de nuestro cubículo, a trabajar en nuestra red, a buscar algo fuera”.

Este desconcertante Papa no duda en coger el teléfono y llamar directamente a los periodistas. Algunos de ellos son sus amigos desde hace décadas, como Elisabetta Piqué, del diario argentino *La Nación*, con quien discute la evolución de la guerra en Ucrania cuando ella está en primera línea, y a quien a veces le envía mensajes.

Los expertos del Vaticano han entendido que para ser invitado a la habitación 201 de la residencia Santa Marta, donde Francisco ha fijado su residencia, es necesario crear una forma de vínculo personal. “Una vez identificado por el Papa, todo es cuestión de dosis de insistencia”, dice Sébastien Maillard, uno de los predecesores de Loup Besmond de Senneville. En 2015, aprovechó un viaje en avión para entregar una carta al Papa – remitida inmediatamente a su asistente–. Dos meses después, durante un nuevo viaje, el periodista preguntó al Papa si había leído su carta. Inseguro, le entregó una copia de su texto. Esta vez, Francisco se la metió en el bolsillo. En el siguiente viaje, el Papa le dijo: “Vamos a hacer esta entrevista. Te llamaré.”

Inflexión

“Francisco concede muchas entrevistas. Se pone a discusión con los medios de comunicación”, observa Iacopo Scaramuzzi, experto vaticanista de *La Repubblica*. “Es consciente de que trata con interlocutores libres, no con fieles obedientes que esperan que la verdad caiga sobre ellos. En comparación con sus predecesores, es una inflexión sorprendente cuando se escucha la voz de Francisco”.

Esta es la voz que resuena en la *Sala Stampa*, donde se emiten los principales discursos del Papa. Esta se dio en un centro de acogida de inmigrantes en Roma, pocos días después de la victoria de Giorgia Meloni en las elecciones legislativas italianas. Loup Besmond de Senneville preguntó a un colega: “¿Se puede ver a Meloni, aunque se busque bien? Pero los periodistas no captan ninguna alusión política”. El siguiente discurso les ofreció más material: el Pontífice reveló que había intentado mediar para que 300 prisioneros ucranianos fueran liberados. Loup Besmond de Senneville le dedicó un breve artículo. “Algunos días, el Papa pronuncia seis o siete discursos. Intento aislar lo que me parece importante. En eso consiste mi trabajo: en analizar las palabras de un hombre.”

Huyendo

La dificultad del ejercicio radica en que el “tipo” en cuestión, por miedo a ser bloqueado por su propia administración, publica textos fundamentales sin avisar. Este fue el caso, el pasado mes de marzo, de la nueva constitución de la Curia. Era un sábado, Loup Besmond de Senneville paseaba tranquilamente con su familia por el parque de la Villa Pamphili cuando se conoció la noticia: “Me veo plantándolos allí y corriendo a casa”.

Junto con la negativa a organizar sesiones informativas para los periodistas, esta “incapacidad de anticipación” es una de sus principales quejas con la administración del Vaticano. Un día que se lo comentó a uno de los responsables de la *Sala Stampa*, éste le respondió: “Ci vuole tempo per essere più veloci” (“Se necesita tiempo para ser más rápidos”). Loup Besmond de Senneville imprimió la frase y la fijó sobre su escritorio, junto a una multitud de hojas adhesivas reposicionables que reproducían el organigrama pontificio.

Travesuras

La oficina se encuentra en el gran piso donde, cada cuatro años por término medio, entran y salen los corresponsales especiales permanentes de *La Croix* y sus familias. Aquí es donde trabaja por la tarde, donde escribe sus investigaciones y su columna de fin de semana, que a veces contiene –algo poco frecuente en su periódico– frases pícaras e irónicas.

Al principio se interesaba más por la política y las cuestiones europeas. No se veía trabajando “demasiado” en cuestiones religiosas. “Tenía algo de miedo de ser un poco piadoso”, dice. Hoy en día, asegura que sus creencias no obstaculizan su trabajo. “Eso no me impide decir lo que está mal en la institución a la que pertenezco. Los escándalos pueden dañar mi imagen, pero no afectan a mi fe”. Y luego, sugiere, es precisamente porque *La Croix* es un periódico católico que trata de “contribuir a la libertad de expresión” y “hacer el trabajo de la verdad”.

Vista al jardín

En la sala de estar, las estanterías sostienen volúmenes de poesía y una botella de Ricard está junto a un “rincón de oración”. Los ventanales se abren a un jardín con vistas a la cúpula de San Pedro. “También es una herramienta de trabajo, podemos organizar cenas aquí”, explica Loup Besmond de Senneville. Su papel parece no terminar nunca. No se queja, dice que “es parte de la cosa”: cuatro años pasan rápido y merecen ser vividos “al máximo”. Y entonces, estas tardes de trabajo no son desagradables... A medida que pasa la hora, frente a esta grandiosa vista, se intercambian confidencias y se sueltan las lenguas. Antes de acostarse, el periodista anota la información obtenida. Pero no se hace ilusiones. Sabe que, unas horas más tarde, recibirá mensajes que dirán: “Te recuerdo que lo que te hemos dicho es extraoficial.”



Aguinaldo 2023

Como fermento en la familia humana de hoy

La dimensión laical de la Familia de Don Bosco

Ángel Fernández Artime, SDB

A modo de pequeño esquema...

Ante todo, deseo definir a quiénes va destinada este Aguinaldo 2023. Son dos los grupos de destinatarios: Va destinada a los niños, adolescentes y jóvenes de todas las presencias de la Familia de Don Bosco en el mundo. Y al mismo tiempo va destinada a la entera familia salesiana y, en ella y juntos, a descubrir la *dimensión laical* de la misma.

¿Cómo es posible que tenga dos destinatarios tan declaradamente diferentes? Es fácil de comprender: con lo más propio de nuestra pedagogía y espiritualidad pretendemos ayudar a los niños y niñas, y muy particularmente a los adolescentes y jóvenes a descubrir que cada uno de ellos, puede ser como ese fermento del que habla Jesús, como esa buena levadura que ayuda a crecer y a hacer más grande y sabroso el 'pan de la Familia Humana'. Y cada uno de ellos puede ser verdadero protagonista y tener una auténtica misión al lado de Jesús, o como buen creyente desde la religión que profesa.

Y para la Familia de Don Bosco pretende ser un claro y provocador mensaje que nos lleva a descubrir la dimensión laical de la misma, en esta familia en la que todos estamos implicados y donde la gran mayoría de sus miembros son laicos, hombres y mujeres de todos los países, con su vida laical cristiana que los llama a ser verdadero fermento en esta Humanidad que tanto lo necesita.

Y quienes somos consagrados en esta Familia Salesiana estamos igualmente invitados a ser 'fermento en la masa del pan de la Humanidad' y a vivir de cerca y enriquecidos con la laicidad evangélica de nuestros hermanos y hermanas. Sencillamente, estamos llamados como Familia a complementarnos.

“Y dijo de nuevo: «¿A qué compararé el reino de Dios?
Es semejante a la levadura que una mujer tomó
y metió en tres medidas de harina, hasta que todo fermentó».
(Lc 13,20-21).

La levadura trabaja silenciosamente.

La levadura es silenciosa en su modo de proceder, y así es también el trabajo del reino de Dios en su obra interior. ¿Quién ha podido oír la levadura en su acción sobre la harina y la masa en la que ha sido puesta mientras que fermenta toda la masa? Así es la comprensión del reino de Dios. El mismo apóstol Pablo presenta el reino desde su aspecto más interior cuando dice: “El reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia y paz y gozo por el Espíritu Santo.” Todo esto es la obra interior e invisible del Espíritu. Es la levadura puesta en el corazón. Y así como la levadura lleva a cabo su acción por contacto, así es también el Evangelio.

La parábola de la levadura elegida como tema del Aguinaldo 2023 es una parábola de gran sabiduría evangélica y relevancia pedagógica y educativa, que expresa la naturaleza del Reino de Dios que Jesús vivió y enseñó.

Hay varias interpretaciones teológicas de este pasaje bíblico. Nuestra elección interpretativa para el Aguinaldo de este año es precisamente presentar la levadura como imagen de la fecundidad y el crecimiento del Reino de Dios, que en el corazón de las personas fecunda la riqueza del don de la llamada a la vida, de la vocación donde Dios nos ha plantado, orientando la misión de los laicos y de toda la familia de Don Bosco en el mundo.

“Un poco de levadura hace fermentar toda la masa”. (Gál 5,9); No deja de ser asombroso cómo una porción de harina duplica o triplica su tamaño por el hecho de poner una mínima porción de levadura... El Señor nos dice que *el Reino de Dios es semejante a la levadura* con que se fermenta la harina (la masa) en la preparación del pan. Hay algo muy especial que caracteriza a la levadura. Se trata de su capacidad para influir ‘positivamente’ sobre la masa.

Entre los ingredientes que usamos para elaborar el pan, la levadura, como hace notar el Señor en la parábola del Evangelio, no es el más grande en cantidad, sino todo lo contrario. Es muy poco lo que se emplea, pero lo que la distingue es que *es el único ingrediente que está vivo* y por estar vivo tiene la capacidad de *influir, incidir, transformar* toda la masa.

Podemos decir, por tanto, que así es el reino de Dios: una realidad humanamente pequeña y aparentemente irrelevante. Para entrar a ser parte es necesario ser pobres en el corazón; no confiarse en las propias capacidades sino en la potencia del amor de Dios; no actuar para ser importantes a los ojos de mundo, sino preciosos a los ojos de Dios, que tiene predilección por simples y los humildes. Ciertamente el Reino de Dios pide nuestra colaboración, si bien es, sobre todo, iniciativa y don del Señor. Nuestra débil obra, aparentemente pequeña delante de los problemas del mundo, inserta en la acción de Dios es capaz de resistir ante las dificultades.

La victoria del Señor es segura, su amor hará crecer cada semilla de bien presente en la tierra. Esto nos abre a la confianza y al optimismo a pesar de los dramas, las injusticias, y los sufrimientos que encontramos. La semilla del bien y de la paz germina y se desarrolla, porque lo hace madurar el amor misericordioso de Dios. (*Angelus de S.S. Francisco, 14 de junio de 2015*).

1. Un Reino de Dios que germina en nuestro mundo, entre luces y sombras

¹⁴Al salir de la sinagoga, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús. ¹⁵Pero Jesús se enteró, se marchó de allí y muchos lo siguieron. Él los curó a todos, ¹⁶mandándoles que no lo descubrieran. ¹⁷Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Isaías: ¹⁸«Mirad a mi

siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. ¹⁹No porfiará, no gritará, nadie escuchará su voz por las calles. ²⁰La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; ²¹en su nombre esperarán las naciones». (Mt 12,14-21)

- Aquí es el propio Jesús el que actúa como levadura entre la gente más corriente, entre los enfermos que necesitan curación. “Y los curó a todos” ... es un rostro “laico” de Jesús, en medio del “*laos*”, el pueblo, donde no hay diferencia de clase social ni de origen. Todos parecen estar unidos por la pobreza y la necesidad.
- El dato más histórico sobre la vida de Jesús es el símbolo que dominó toda su predicación, la realidad que dio sentido a todas sus actividades, es decir, el “reino de Dios”. Los evangelios sinópticos resumen la enseñanza y predicación de Jesús en esta lapidaria sentencia: “Se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed en el evangelio” (Mt 4,17). La expresión se encuentra 122 veces en el evangelio, y 90 en los labios de Jesús. Por eso es más que evidente que Jesús predicó el reino de Dios y no a sí mismo (K. Rahner).
- Pero la palabra y predicación acerca del reino no es solamente el tema central de la predicación de Jesús, el punto de referencia de la mayoría de sus parábolas y el tema de un gran número de sus dichos; es también el contenido de sus acciones simbólicas, que forman una parte grande de su ministerio, a saber: su amistad con recaudadores de impuestos y pecadores, hasta sentarse a la mesa con ellos, sus curaciones y exorcismos. Porque en su comunión con los proscritos, y en su compasión hacia los más pobres, hacia los últimos, hacia los excluidos, Jesús vivió hasta sus últimas consecuencias el reino, demostrando con hechos el amor incondicional de Dios a los últimos.
Hoy en día reconocemos que es mucho lo bueno que existe en nuestro mundo, en este Reino en construcción, y también reconocemos que es tanto el dolor que existe, el dolor que se crea con nuestro modo de ser y actuar como familia humana; tanto que deberemos abrir nuestros ojos y nuestros corazones ante el ‘modo de hacer de Dios’ que implanta su Reino de un modo del todo especial, y es de este modo (el suyo), como hemos de colaborar con Él. No podemos hacer de modo diverso, si no queremos que el Reino deje de ser de Dios y se convierta en algo “nuestro” pero no de Dios.
- Es relevante en este sentido el estilo de la presencia del Reino de Dios encarnado en Jesús, tal como lo describe el evangelio a través de las palabras de Isaías: “²No gritará, no clamará, no voceará por las calles. ³La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará. Manifestará la justicia con verdad. ⁴No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas” (Is 42, 2-4). Y son todas las naciones las que esperarán: no sólo Israel... **para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos**. La apertura universal que nos caracteriza como Familia Salesiana está en gran sintonía con el Evangelio del Reino. La Iglesia está formada en más del 99% por laicos... podemos imaginarnos la proporción si abrazamos a todo el mundo. Son la masa y la levadura del Reino.
- A veces puede parecer insignificante la contribución humana o nuestro pequeño esfuerzo, pero siempre será importante ante Dios. Nosotros no medimos y no podemos medir la eficacia o los resultados de nuestros esfuerzos valorando lo mucho que invertimos en ello, valorando lo que exige de nosotros, ya que la razón última de todo es Dios; y al mismo tiempo, tampoco podemos caer en el complejo de inferioridad o en las falsas justificaciones acerca de lo imposible que es la misión y la construcción del Reino, ya que esto bloquea y paraliza.
- Ante la ‘mirada y el corazón de nuestro Dios’ no se ha de confundir la pequeñez y la humildad con la debilidad. Es poco lo que podemos frente al “mucho” de lo que

se requiere, pero no es “insuficiente” o irrelevante, porque es Dios quien da el incremento. Es la fuerza de Dios la que viene en ayuda. Y es Dios el que en definitiva acompaña nuestra tarea, nuestros esfuerzos, nuestro ser pobre levadura en la masa, pero siempre y todo en su nombre.

2. Una Familia Humana necesitada de...

Cada persona está llamada -en este mundo- a descubrir el sentido de su existencia, que es precisamente el de vivir un estilo de vida sano y fraterno dentro de la Familia Humana. Esta parábola de la levadura y esta propuesta de Aguinaldo nos lleva a entrar en este mundo de grandes desafíos a través de la dinámica del tiempo y de la historia humana. La levadura integrada en la masa del pan necesita su propio tiempo de fermentación.

Este tiempo de Dios, el *kairós*, nos enseña a entrar en una dinámica en la que el tiempo es más importante que el espacio, como dice el Papa Francisco⁴⁵. Especialmente en un mundo en el que la comunicación virtual y digital crea un hábitat de redes, de presencias instantáneas e interactivas; es muy importante profundizar en el significado del tiempo en nuestras vidas, en nuestra forma de comunicarnos, trabajar y estar juntos como personas.

La construcción de la Familia Humana es responsabilidad y compromiso de todos. Conocemos tanto bien que nos rodea pero también tanto dolor que aún no hemos podido superar en el mundo en el que vivimos. El Papa Francisco nos recuerda precisamente esto cuando afirma que «cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas aún. Es el camino. El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día. No es posible conformarse con lo que ya se ha conseguido en el pasado e instalarse, y disfrutarlo como si esa situación nos llevara a desconocer que todavía muchos hermanos nuestros sufren situaciones de injusticia que nos reclaman a todos»⁴⁶.

Y por eso reconocemos que nuestra familia humana es una familia con muchas necesidades:

- a. Necesitada de justicia y dignidad de los últimos y descartados (Fratelli Tutti, 15-17;18-21;29-31;69-71;80-83;124-127;234);
- b. Necesitada de Verdad (LF 23-25; FT 226-227);
- c. Necesitada de paz y de fraternidad (FT 88-111; FT216-221; CV 163-167);
- d. Necesitada de Dios (Lumen Fidei 50-51; LF 1-7; LF 35; LF 58-60);
- e. Necesitada del cuidado de su Casa Común (Cfr. Laudato Si’);
- f. Necesitada de...

¡No podemos dejar para mañana el bien que debemos hacer hoy! Estamos llamados, como Familia de Don Bosco, a ser levadura en esta Familia Humana. Guiados por esta visión - de la dinámica evangélica de la levadura - queremos profundizar y reconocer la riqueza de la vocación espiritual, religiosa y cristiana de nuestros laicos en todas las presencias del mundo, y de los laicos de la Familia Don Bosco, valorando en las diferentes culturas

⁴⁵ “No nos dejemos robar la esperanza, no permitamos que la banalicen con soluciones y propuestas inmediatas que obstruyen el camino, que «fragmentan» el tiempo, transformándolo en espacio. El tiempo es siempre superior al espacio. El espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza” (Papa Francisco, *Lumen Fidei*, n. 57).

⁴⁶ Papa Francisco, *Fratelli Tutti II (citando nota 8: Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el Cuerpo diplomático*, Santiago – Chile (16 enero 2018): AAS 110 (2018), 256).

y sociedades, el don de su vida, la fuerza de su fe, la belleza de su familia, su experiencia de vida y de trabajo.

3. El Laico: ese cristiano que ‘santifica el mundo desde dentro’

- La costumbre nos ha hecho un grave daño al asociar la santidad con el monacato y muy poco con la vida de los laicos, con la vida pública. Esta separación de competencias no ha sido buena a lo largo de la historia.

1. Del hecho de que Dios sea Padre se deduce que todos somos hermanos. De esta fraternidad universal dimana la exigencia de solidaridad, la caridad y la comunión.

2. De la Encarnación del Hijo se nos muestra como evidente que cualquier realidad temporal puede transparentar el Misterio de Dios.

3. De considerar a la persona humana como Templo del Espíritu se deduce que el ser humano es el más cualificado ámbito para el encuentro con lo sagrado. “¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu?” (1Cor.6,19) dice la Escritura.⁴⁷

“Teológicamente la laicidad de toda la Iglesia se comprende desde el significado de la relación iglesia-mundo, y desde el sacerdocio común, el profetismo y la dimensión regia; todo bautizado es miembro de una iglesia que ha de servir al mundo para hacer presente la voluntad salvífica de Dios y su reino, aunque efectivamente cada bautizado ejerce o desarrolla esa laicidad de modo propio y peculiar, por lo que hay diversidad de ministerios y de funciones y, en cierta medida, de “presencia y situación” en el mundo, en la historia y en la sociedad”⁴⁸. Y es desde la vida propiamente laical, que en muchos pasa a través de una vocación particular en la familia, y desde la profesionalidad en el mundo, los laicos, y en particular los laicos cristianos, y los laicos en la familia de Don Bosco están llamados a instaurar, promover y sostener los valores evangélicos en la sociedad y en la historia, contribuyendo a la ‘*consacratio mundi*’, a la consagración del mundo, a la implantación del Reino de Dios en el aquí y el ahora.

- Pero sería un grave error transmitir que cuando se habla de la laicidad (secularidad) como una característica que le es propia a la Iglesia, esta se refiera tanto sólo a una parte de miembros de la Iglesia, es decir los laicos, como si las vocaciones de especial consagración y los que han recibido la consagración del ministerio ordenado no tuvieran una ‘dimensión secular’. “Al reconocer su dignidad (la de los laicos), se esclarece su función dentro de la misma Iglesia y de ahí su necesidad para la misma. El concilio ve la misión del laico en «gestionar los asuntos temporales y ordenarlos según Dios», y «construir la santificación del mundo desde dentro». Los laicos están llamados «a hacer presente y operante la iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que solo se puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos». De cara al mundo, es el reconocimiento total de la necesidad que tiene la Iglesia de los fieles laicos. En ellos llega a lugares donde de otro modo no podría llegar.”⁴⁹

- Si nos dicen que alguien ha venido a nuestra casa salimos en su busca. Pues esa es la actitud que se pide al cristiano que sabe de la **perpetua visita del Espíritu en lo profundo de su alma**. “Vivir para Dios” es tener un talante de búsqueda de todo lo rico en humanidad. Y es que sólo lo plenamente humano es divino. Vivir para Dios es ser fiel a los hallazgos. Y llenar el mundo de sorpresa, de la ‘sorpresa de Dios’. Y trabajar

⁴⁷ CLARETIANOS, Ciudad Redonda, “Vivir para Dios: dimensión política de la Espiritualidad Laical” pdf

⁴⁸ BERZOSA, R., “¿Una teología y espiritualidad laical?” Revista Misión Abierta, (mercaba.org/fichas/laico).

⁴⁹ Nicolás Núñez, L.C., *La vocación laical en la Iglesia. Una reflexión desde la perspectiva eclesiológica*. Ecclesia, XXIX, n. 3-4, 2015 – p. 218.

irradiando las ganas de restaurar el orden temporal trastocado, porque tantas veces hemos hecho que esté así con nuestro actuar humano.

4. La Familia de Don Bosco llamada a ser fermento

Este hecho de nuestra historia es iluminador: Era el **24 de junio de 1855**, y en el Oratorio fue una doble celebración: esplendoroso, por decir de algún modo... Todo Turín honraba y celebraba al patrón de la ciudad, pero también era el día del onomástico de Juan Bosco. Todos trataron de mostrarle su afecto y el sacerdote correspondió con un gran corazón.

En la noche del **23 de junio de 1855**, dijo a sus muchachos: “Mañana queréis darme una fiesta, y os lo agradezco. Por mi parte, quiero haceros el regalo que más deseáis. Así que cada uno toma una **tarjetita** y escribe en ella el regalo que desea. No soy rico, pero si no me pedís el Palacio Real, haré todo lo posible por complaceros”.

Al leer las cartas, Don Bosco encontró cuestiones serias y otras curiosas. Algunos le pidieron “cien kilos de turrón para tener todo el año”, otros un cachorro “en lugar del que dejé en casa”. Giovanni Roda, amigo de Domingo Savio, le pidió “una trompeta como la de los *bersaglieri*, porque quiero entrar en la banda musical”.

En la nota de Domingo Savio, sin embargo, sólo encontró cuatro palabras: “**Ayúdame a ser santo**”.

Don Bosco llamó al muchacho y le dijo: “Cuando tu mamá hace un pastel, utiliza una receta que indica los distintos ingredientes que hay que mezclar: el azúcar, la harina, los huevos, la levadura....”

Incluso para hacer santos se necesita una **receta**, y yo quiero dársela. Consta de tres ingredientes que hay que mezclar.

- **Primero: la alegría.** Lo que te perturba y te quita la paz no agrada al Señor. Elimínalo.
- **Segundo: tus deberes** de estudio y oración. Atención en la escuela, compromiso con el estudio, rezar de buena gana cuando se te invita a hacerlo.
- **Tercero: hacer el bien** a los demás. Ayuda a tus compañeros cuando lo necesiten, aunque te cueste un poco de trabajo y esfuerzo. La receta de la santidad está toda aquí.

Domingo lo pensó. Los dos primeros “**ingredientes**”, le pareció, los tenía. Sin embargo, en hacer el bien a los demás, algo más podía hacer, pensar, inventar. Y desde ese día, lo intentó.

Como la receta de la tarta de su mamá que incluye azúcar, harina, huevos y levadura... **La receta de la santidad** fue propuesta por Don Bosco a sus jóvenes, en particular a Domingo Savio (en la noche del 24 de junio de 1855) y contiene: La alegría, el cumplimiento de los deberes y el bien. Todo un programa para ser levadura en el pequeño espacio donde Dios nos ha plantado.

Nacimos carismáticamente como una comunidad y comunión de personas de diferentes orígenes sociales, estados de vida, perfiles profesionales... unidos por la misma misión y motivados por la misma carga carismática que Don Bosco sabe comunicar. Esta es la

naturaleza del Oratorio en los años de su fundación, de 1841 a 1859: ¡son 18 años! El primer borrador de las Constituciones sigue reflejando con fuerza esta sinergia del pueblo de Dios que coopera de diversas maneras para hacer de los jóvenes más vulnerables “buenos cristianos y honrados ciudadanos”. No se puede negar el hecho de que desde el momento de nuestro nacimiento hemos sido un grupo del pueblo de Dios: es la naturaleza de nuestro carisma y misión.

Creo que soy muy consciente de ello, y trato de transmitir esta conciencia a toda nuestra familia salesiana, llamada a ser verdadera levadura en el mundo de hoy, en la familia humana de hoy, por lo que es más que evidente que sólo juntos, sólo en comunión podremos hacer algo significativo hoy. He hecho un fuerte llamamiento a toda la congregación salesiana sobre nuestra misión compartida con los laicos (un llamamiento que sirve a toda la familia de Don Bosco) porque no escucharlo nos llevaría en un futuro no muy lejano a una situación de peligroso no retorno. He declarado que “nuestro CG24 fue ciertamente una respuesta carismática a la eclesiología de comunión del Vaticano II. Sabemos bien que Don Bosco, desde el principio de su misión en Valdocco, involucró a muchos laicos, amigos y colaboradores para que pudieran participar en su misión entre los jóvenes. Desde el principio “logra que un grupo de eclesiásticos, seculares, hombres y mujeres, comparta su labor y se haga corresponsable de ella”⁵⁰. Se trata pues, a pesar de nuestra resistencia, de un punto de no retorno, porque además de corresponder a la acción de Don Bosco, el modelo operativo de la misión compartida con los laicos propuesto por el CG24 es de hecho “el *único válido y viable en las condiciones actuales*”⁵¹.

-El objetivo último de la misión de Don Bosco es, junto a la salvación de sus muchachos, la transformación de la sociedad. Escribir esto también me hace pensar en la estrena de 2020 (“Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo” BUENOS CRISTIANOS Y HONRADOS CIUDADANOS). El sistema preventivo no sólo está orientado a educar a los individuos “para hacerlos felices en el tiempo y en la eternidad”: pretende evitar que “esta porción delicadísima y preciosísima de la sociedad humana” (C 1) entre en un círculo vicioso de males que arruinan el presente y el futuro de la Iglesia y de la sociedad, cuando en cambio puede ser el mayor recurso de futuro y crecimiento para todos. La visión amplia y valiente de Don Bosco, su incansable laboriosidad, su resistencia ante los obstáculos... sólo se explican por este horizonte de transformación social y de evangelización de los jóvenes a escala mundial.

Creo que es un elemento precioso no sólo de admiración hacia nuestro padre, sino para aprovechar el potencial de presencia tan amplia y extensa en el mundo de la juventud que tenemos cuando nos movemos JUNTOS, todos los que compartimos la misma fe en los jóvenes como solución, como respuesta al presente y al futuro del mundo, en lugar de limitarnos a verlos (y quizás temerlos) como un problema...

Don Bosco no se dedica a la política, pero puede hablar con todos los representantes de los distintos niveles de gobierno porque su compromiso está lúcidamente orientado hacia el bien de los jóvenes, sobre los que nadie que tenga en su corazón la sociedad humana y el servicio a los demás - incluso el servicio público para el bien de todos, la razón de ser de la política -, puede dejar de interesarse. Nuestra voz común puede encontrar acceso y oído más allá de las demarcaciones confesionales si juntos encarnamos hoy ese mismo celo de atención a los jóvenes que nos ha sido dado como carisma: y este modo de ser Iglesia en el mundo, en las periferias está muy en consonancia con el magisterio actual de la Iglesia (desde la *Gaudium et Spes* a la *Laudato Sii...* y muchos otros documentos autorizados). Es un ser Iglesia que no podemos realizar si no es **juntos como familia de Don Bosco**.

⁵⁰ CG24, n. 71.

⁵¹ CG24, n. 39.

La complementariedad de las vocaciones en la familia de Don Bosco. Cada vez es más evidente que si se quiere incidir realmente en la educación de los jóvenes, el compromiso y la corresponsabilidad de todos y cada uno es importante e imprescindible. *Estar JUNTOS como familia salesiana, y siempre junto a tantos laicos de las presencias del mundo en la misión y la formación se convierte en una exigencia ineludible de la misión, si no queremos quedar irrelevantes.*

La comunión en el espíritu de familia y el vasto movimiento salesiano...

Hay campos en los que realmente estamos todos en el mismo barco en cuanto a la necesidad de formación, como lo que se refiere al mundo digital en relación con las nuevas generaciones o todo el vasto campo insoslayable de la ecología integral. Todos tenemos algo que aprender: si se convierte en un camino común mientras se aprende puede ser mucho más efectivo y ajustado a la realidad, las dinámicas que se crean en el proceso de aprendizaje también transforman la forma de hacer misión y formación juntos. Es este nuevo tipo de misión el que nos hace convertirnos en esa levadura que la Iglesia, el mundo, los jóvenes esperan de nosotros... Todavía no lo somos. La masa ha cambiado... tenemos que volver a ser lo que estamos llamados a ser y sólo podemos hacerlo juntos. Al fin y al cabo, era la misma dinámica que al principio. Don Bosco no tenía todas las habilidades y conocimientos: se formaban juntos. Sin laicos como Mamá Margarita y tantos otros colaboradores de aquel momento, y sin sus muchachos, entre los cuales Domingo Savio, por nombrar al más conocido, ni Don Bosco ni nosotros después de él seríamos los mismos.

5. A la sombra de un gran árbol con hermosos frutos

En mi carta de clausura del II Seminario para la promoción de las Causas de Beatificación y Canonización de la Familia Salesiana⁵², decía que *“desde Don Bosco hasta nuestros días reconocemos una tradición de santidad a la que merece la pena prestar atención por ser encarnación del carisma que surgió con él y que se ha ido manifestando en una gran pluralidad de estados de vida y de formas. Se trata de hombres y mujeres, jóvenes y adultos, consagrados y laicos, obispos y misioneros que, en contextos históricos, culturales y sociales diversos, tanto en el tiempo como en el espacio, han hecho brillar con luz propia el carisma salesiano. Son un patrimonio que ejerce una función eficaz en la vida y en la comunidad de los creyentes, y también entre los hombres de buena voluntad”.*

Con humildad y un profundo sentido de gratitud, reconocemos en la Congregación y en la familia salesiana un gran árbol con muchos frutos de santidad. Estos santos son jóvenes, laicos, mártires, personas que han llenado su vida con la levadura del amor, un amor que se entrega a fondo, fiel a Jesucristo y a su Evangelio.

- Un gran árbol con hermosos frutos de santidad como (entre otros): Ceferino Namuncurá y Laura Vicuña, Alberto Marvelli, Domingo Savio, Alesandrina da Costa, Atilio Giordani, Los jóvenes mártires de Poznam, el joven Ashir del Pakistán y el indio Boi-Bororo Simao, o la bienhechora Dorotea de Chopitea.
- Qué decir de la hermosa figura de Mamá Margarita, como santidad de la puerta de al lado, esa santidad de una madre que modeló el corazón de su amado hijo Juan, y a quien acompañó en el nacimiento de este carisma, sin saberlo, de modo sencillo, dando vida, la vida que tenía y le quedaba.

⁵² RECTOR MAYOR, *Carta de conclusión del II Seminario de promoción de las Causas de Beatificación y Canonización de la Familia Salesiana*, Roma, abril 2018.

- Y no olvidamos en el año de su canonización a Artemides Zatti. Ciertamente religioso consagrado, pero no olvidamos la dimensión laical de su santidad, es decir, el ejercicio de la caridad en la sencillez de un hospitalillo y una pequeña población. Es ejemplo y modelo de un consagrarse también a su gente en la tarea cotidiana, teniendo a Dios como fuente, motivación en la fe y meta de su vida.
- Sus vidas, la vida de todos ellos y su ejemplo son como el ‘fermento en la masa’

6. Nuestros JÓVENES como FERMENTO en el Mundo de hoy

- Toda acción humana que produzca un bien para la sociedad o para las personas individuales está unida a la acción de Dios en el mundo, y supone una colaboración, desde el amor, con la misión. Especialmente en el ámbito salesiano, todo lo que suponga el bien de los jóvenes y su desarrollo integral, lleva semillas de evangelio. Hasta un vaso de agua fresca dado en nombre de Jesús. De aquí la necesidad de insistir y favorecer esa espiritualidad juvenil del movimiento salesiano, que toca de lleno el apostolado y la vivencia de la fe en todo lo que se realiza con el espíritu de don Bosco, y que genera adhesión, solidaridad, construcción de comunión y comunidad con los jóvenes a la vez protagonistas y destinatarios de la misión salesiana hoy en todo el mundo.
- Y este ser fermento en el mundo de hoy pasa de nuevo y muy seriamente -en sintonía con el Aguinaldo del 2020, sobre **el compromiso con la política y la formación que éste requiere**, alimentada por la rica tradición de doctrina social de la Iglesia. Es la más alta caridad... como ya nos recordaba Pablo VI. Desgraciadamente, en muchas partes del mundo lo que se encuentra a este respecto es un gran vacío educativo... Al hablar de los laicos como levadura no se puede dejar de lado este campo. Tenemos excelentes ejemplos dentro de nuestra familia (Alberto Marvelli) o cerca de ella (Giorgio La Pira, Julius Nyerere).

Concluyo asegurando que, como Familia Salesiana, queremos seguir caminando con nuestros jóvenes en todas las partes del mundo, sin olvidar que la levadura es el Evangelio de Cristo Vivo, “esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. Entonces, las primeras palabras que quiero dirigir a cada uno de los jóvenes cristianos son: ¡Él vive y te quiere vivo!”⁵³.

El Papa Francisco, siempre muy sensible y atento a la situación de los jóvenes y abierto a la visión de la colaboración de la Familia Humana, en la construcción de una sociedad más humana y fraterna, nos invita a “*pensar y gestar un mundo abierto*” y hace un fuerte llamamiento a que para encontrar la verdad y la felicidad en la vida, el único camino es el del amor al prójimo y el estar al servicio de los demás de forma abierta y generosa porque es “*desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro*”⁵⁴.

Con gran esperanza y confianza, invito a toda la familia de Don Bosco y especialmente a los laicos y laicas de la misma familia y a tantos otros de este vasto movimiento salesiano a responder de modo creativo, colaborativo y concreto, en todo lo posible, a esta humilde propuesta del Aguinaldo de 2023 para ser realmente esa *levadura semejante a la del Evangelio que Jesús nuestro Señor proclamaba*.

⁵³ *Christus Vivit*, 1

⁵⁴ *Fratelli Tutti*, 88.

Una Iglesia en salida A propósito de *Evangelii Gaudium*⁵⁵

Domingo García Guillén⁵⁶

Desde el día de su elección, el papa Francisco nos ha llevado de sorpresa en sorpresa. Sus gestos elocuentes. Sus expresiones cargadas de significado, a modo de máximas fáciles de recordar, con la inmediatez y concisión que exigen las redes sociales. Algunos de sus críticos preguntaban si habría algo más allá de aquellas frases ocurrentes, pronunciadas como por casualidad. Hoy sabemos que aquellos textos formaban parte de un proyecto más amplio. Francisco los ofrecía como anticipo de la propuesta pastoral que estaba elaborando, como el agricultor da a probar al visitante las primicias de su labor. Llegado el tiempo de la cosecha, disponemos ya del fruto en su sazón: la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*⁵⁷.

El documento nos proporciona un marco de referencia, en el que las palabras y los gestos del papa Francisco adquieren nuevo sentido y un alcance aún mayor. En él se desgranán los acentos que Francisco desea que impregne cada actividad de la Iglesia. Su escrito «programático» (25), como lo califica. Pero hay que reconocer que es un programa singular.

Cada sucesor de Pedro ha iniciado su ministerio exponiendo las líneas fundamentales de su propuesta en una encíclica. El primer documento firmado por Francisco fue *Lumen Fidei*, originalmente escrito por Benedicto XVI para completar su trilogía sobre las virtudes. En esta carta, la teología de Ratzinger era aún más evidente que en los escritos dedicados a la caridad y la esperanza. Francisco asumió este trabajo como algo propio, limitándose a realizar «algunas aportaciones»⁵⁸. Tendremos ocasión de comprobar la sintonía entre Ratzinger y Bergoglio en algunos temas y acentos, que contrasta con los esfuerzos denodados de quienes pretenden contraponerlos a toda costa⁵⁹. Pero hay algo que sí es cierto: el primer documento de Francisco no contenía su propio programa, que sólo hemos conocido con la segunda publicación: *Evangelii Gaudium*.

⁵⁵ Artículo publicado en la revista *Facies Domini* núm. 6 (2014), págs. 53-94.

⁵⁶ Profesor en el Seminario Diocesano (Alicante) y el Pontificio Instituto *Juan Pablo II* (Valencia).

⁵⁷ Me referiré al documento con la sigla *EG*. En el cuerpo del texto, prescindiré de la sigla, indicando tan sólo el número citado.

⁵⁸ Cf. FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei* 7.

⁵⁹ Un instructivo ejemplo es el artículo de J.M. LABOA, «La renuncia de Benedicto XVI: su significado e implicaciones», en: IDÉM-V. VIDE-R. MATE, *El valor de una decisión. De Benedicto XVI a Francisco*, PPC, Madrid 2013, 9-76.

La exhortación apostólica es una forma magisterial que ha sido empleada desde el pontificado de Pablo VI para presentar de forma sistemática y ordenadas las proposiciones que elaboran los obispos reunidos en Sínodo. La última de estas reuniones, dedicada a la Nueva Evangelización y concluida en octubre de 2012, cursó esta misma invitación al papa. Francisco ha dado respuesta a la petición, pero excede los límites del género elegido: en lugar de limitarse a las conclusiones sinodales, ha querido formular su propia propuesta⁶⁰.

Nos proponemos una presentación teológica de *Evangelii Gaudium*. El camino habitual de comentar su estructura y resumir cada capítulo parece abocado al fracaso, por cuanto el papa ofrece tan sólo una selección de temas, y renuncia explícitamente a exponerlos de modo exhaustivo⁶¹. Pero a pesar de sus diferencias, los temas comparten rasgos comunes, un mismo aire de familia. El papa los reúne porque «ayudan a perfilar un determinado estilo evangelizador» que ha de observarse «en cada actividad que se realice» (18). En este «estilo» que propone Francisco podemos encontrar el *fil rouge* o factor de unidad del documento que buscamos⁶². Creemos que la «salida» define muy bien este estilo⁶³. Bergoglio tuvo una activa participación en la quinta conferencia del CELAM, celebrada en el santuario brasileño de Aparecida. Varios obispos brasileños manifestaron allí su preocupación por el gran número de cristianos que se alejan de la Iglesia. De ahí que el documento conclusivo de la Asamblea insista en que es necesario «salir en búsqueda de todos los bautizados que no participan en la vida de las comunidades cristianas»⁶⁴. A la vuelta de Aparecida, la predicación de Bergoglio se centra en este tema de la «salida»⁶⁵.

El paradigma eclesial y misionero de la «salida» tiene una fuerte raíz antropológica: el ser humano se realiza en la donación, en la salida de sí mismo. Comenzaremos fijándonos en cada hombre y mujer, que salen de sí mismo para encontrarse con los otros y con Dios, a fin de comprender mejor la «salida» (o mejor aún, las «salidas») que el papa pide de la Iglesia. Las salidas del hombre y de la Iglesia se encuentran profundamente conectadas en el pensamiento de Francisco. Por ejemplo, en las primeras páginas afirma: «cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal» (10), y en los inicios del cuarto capítulo vuelve a subrayar el paralelo entre ambas salidas: «así como la Iglesia es misionera por naturaleza, también brota ineludiblemente de esa naturaleza la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve» (179).

1. La salida como metáfora de la condición humana

La eclesiología pastoral de Francisco descansa sobre una antropología: el ser humano sólo se realiza cuando se abre a otros, cuando sale de sí mismo. Indicaremos cuatro

⁶⁰ Cf. EG 16. La distancia tomada por Francisco respecto a las propuestas del Sínodo se refleja en dos aspectos: la discreta presencia del sintagma «nueva evangelización» (que fue central en el Sínodo), y el hecho de que la exhortación no se califique como «postsinodal», cf. V.M. FERNÁNDEZ-P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, San Pablo, Madrid 2014, 10-11.

⁶¹ Cf. EG 16-18.

⁶² Sobre el cristianismo como estilo, cf. E. SALMANN, «La forza del forse. Il cristianesimo come evento e fermento di uno stile possibile», en: IDEM, *Presenza di spirito. Il cristianesimo come gesto e pensiero*, Messaggero, Padova 2000, 7-20 y muy especialmente la monumental obra de Christoph Theobald: *Le christianisme comme style. Une manière de faire de la théologie en post-modernité*, Cerf (CFi 260-261), Paris 2007.

⁶³ Cf. V.M. FERNÁNDEZ-P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, 81-83.

⁶⁴ V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, Documento de Aparecida (29 de junio de 2007), n. 168. Nos referimos al documento como *Aparecida* o con la sigla DA.

⁶⁵ Así lo atestigua su estrecho colaborador Víctor Fernández, cf. V.M. FERNÁNDEZ-P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, 50.

salidas: el conocimiento de la realidad, la relación interpersonal, la entrega a Dios por la fe y la incorporación a la Iglesia. El tema del «éxodo» del hombre, muy presente en el magisterio de Benedicto XVI⁶⁶, aparece también en los escritos de Francisco⁶⁷. Resulta significativo lo que afirma en la carta que envió a los obispos de Argentina con motivo de la beatificación del cura Brochero: “Era un hombre normal, frágil, como cualquiera de nosotros, pero conoció el amor de Jesús, se dejó trabajar el corazón por la misericordia de Dios. Supo salir de la cueva del «yo-me-mi-conmigo-para mí» del egoísmo mezquino que todos tenemos, vencién dose a sí mismo, superando con la ayuda de Dios esas fuerzas interiores de las que el demonio se vale para encadenarnos a la comodidad, a buscar pasarla bien en el momento, a sacarle el cuerpo al trabajo”⁶⁸.

1.1. El conocimiento, una salida de sí

Francisco no pretende consagrar un sistema de pensamiento concreto. En varias ocasiones recuerda que la propuesta cristiana no es reductible a filosofía⁶⁹. Pero también señala que una adecuada comprensión de la realidad, compatible con un sano pluralismo, resulta de gran ayuda para la tarea de pensar la fe⁷⁰. Leyendo *Evangelii Gaudium*, comprobamos que en la base de algunas de sus afirmaciones subyace una filosofía cristiana de inspiración tomista. Hay numerosas citas del propio Tomás de Aquino⁷¹, una referencia a Platón⁷² y otra al jesuita argentino de origen español Ismael Quiles⁷³. Entre los elementos comunes de la filosofía cristiana que asoma en las reflexiones de Francisco, destaca el principio «*el bien tiende a comunicarse*» («*Bonum diffusivum sui*»)⁷⁴ y las propiedades trascendentales del ser: verdad, bondad y belleza⁷⁵.

También la «salida» del hombre y de la Iglesia tiene un trasfondo filosófico muy definido: una filosofía del conocimiento que confía en la capacidad del ser humano para alcanzar la realidad, opuesta al relativismo que el papa lamenta en varias ocasiones⁷⁶. Lo primero es la realidad objetiva, y no los conceptos o ideas que se crean para comprenderla. Así ocurre en el acto de conocer, y también en otros ámbitos como la predicación, donde la Palabra tiene prioridad sobre las interpretaciones, y la evangelización, en la que el pueblo es más importante que las teorías pastorales⁷⁷.

La prioridad de lo real encuentra una breve explicación teórica en *Evangelii Gaudium*, dentro de los cuatro principios que Bergoglio había expuesto varias veces como arzobispo de Buenos Aires⁷⁸. El tercer principio señala que «*la realidad es superior a la idea*»⁷⁹. El conocimiento tiene una referencia objetiva: «*quien convoca*» –indica el

⁶⁶ Cf. BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus Caritas est* 5 y 16.

⁶⁷ Cf. FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei* 21 y 35. Conviene recordar que la primera versión de la carta se debe a Benedicto XVI.

⁶⁸ FRANCISCO, *Carta con motivo de la beatificación del cura Brochero* (14 de septiembre de 2013).

⁶⁹ Cf. EG 39, 165, 198.

⁷⁰ Cf. EG 40, 242.

⁷¹ Cf. EG 37, 40, 43, 117, 124, 150, 171, 199, 242.

⁷² Cf. EG 232, nota 185.

⁷³ Cf. EG 229, nota 183.

⁷⁴ Cf. EG 9, 59.

⁷⁵ Cf. EG 9, 167, 257.

⁷⁶ Cf. EG 61, 64, 70, 80. De esta subjetivización se quejaba en la conferencia que pronunció con ocasión de la XIII Jornada Arquidiocesana de Pastoral Social (Buenos Aires, 16 de octubre de 2010). La definía como «el reinado del “yo pienso”, “yo opino”, “yo creo”, por encima de la realidad misma (...) Es la primacía de la razón sobre la inteligencia, ratio sobre intellectio» El título de la conferencia, a la que volveremos a referirnos varias veces es «Hacia un bicentenario en justicia y solidaridad 2010-2016. Nosotros como ciudadanos, nosotros como pueblo».

⁷⁷ Cf. EG 22, 82, 146, 154-155.

⁷⁸ La exposición más completa de estos principios es la Conferencia pronunciada en la jornada de pastoral social que hemos citado más arriba. Sobre los principios, son útiles las reflexiones de V.M. FERNÁNDEZ-P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, 35, 164-166.

⁷⁹ Cf. EG 231-233.

papa, señalando el punto de partida del acto de conocer– «*es la realidad, iluminada por el razonamiento*» (232). Cualquier elaboración conceptual, teoría o idea es adecuada sólo si, en lugar de alejarnos de la realidad, nos acerca más a ella y nos permite explicarla mejor⁸⁰. El proceso de conocimiento supone un éxodo: el hombre se deja enriquecer por la riqueza de lo real sin imponerle sus propios criterios, ideologías o prejuicios. Sólo desde el conocimiento de la realidad tal como esta se nos ofrece, alcanzamos un conocimiento adecuado y objetivo.

1.2. Al encuentro del otro

El éxodo del hombre es más evidente aún en el encuentro interpersonal. El ser humano está hecho para relacionarse, para darse a los otros. Como han afirmado algunos filósofos, la «salida» de sí, para ir al encuentro de los demás, es requisito indispensable para una existencia auténtica⁸¹.

El papa Francisco subraya la necesidad que tenemos de salir de nosotros mismos. Citando el documento de Aparecida, señala que «*la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás*» (10, citando DA 360). De modo similar, afirma más adelante que «*salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos*» (87). El otro es tierra sagrada en la que se entra a pie descalzo, sin las sandalias del prejuicio. Ante el hermano o hermana, hay que detenerse para poder mirarlo a los ojos y escuchar lo que nos dice, otorgándole prioridad y atención absoluta⁸². El encuentro consigue aportar novedad, aire fresco a nuestra vida, liberándonos del encierro en la inmanencia, de la pretensión de realizarnos nosotros solos y de esa mentalidad individualista, indiferente y egoísta que nos hace esclavos⁸³. Por eso, el ser humano ha de vivir en permanente apertura, abierto a la novedad que el otro trae consigo.

Cuando se pierde la capacidad de sorprenderse ante el otro, se produce lo que Francisco llama el «acostumbramiento». Los últimos mensajes de cuaresma de Jorge Mario Bergoglio describen en términos muy gráficos la progresiva insensibilización de una sociedad que se ha habituado a convivir con el mal⁸⁴. También la exhortación denuncia algunas paradojas del mundo actual en las que se evidencia que vivimos en un mundo enfermo. Por ejemplo, la misma cultura del bienestar que nos ciega ante las tragedias y sufrimientos de quienes viven a nuestro lado, consigue que perdamos la calma si el mercado nos ofrece algo que no tenemos⁸⁵. Otra paradoja, que no es menor que la primera, se observa al constatar que crecen a la vez extremos tan opuestos como la obsesión por el anonimato y la privacidad, y la curiosidad malsana por conocer con detalle la vida de los otros⁸⁶. Vivimos en una cultura del espectáculo, y las duras invectivas que los padres de la Iglesia dirigían al teatro de su tiempo, tienen hoy más actualidad que nunca: el hombre se malogra si se acostumbra a tener delante el sufrimiento de los otros, sin llevar a cabo una acción transformadora para erradicar el mal⁸⁷. Esa es, para Bergoglio, la raíz del acostumbramiento, como expone en su mensaje

⁸⁰ Cf. EG194, 232.

⁸¹ Cf. F. TORRALBA ROSELLÓ, *Creyentes y no creyentes en tierra de nadie*, PPC, Madrid 2013, 130-133.

⁸² Cf. respectivamente EG169, 46, 179 y 199.

⁸³ Cf. respectivamente EG170, 173, 208. Por lo demás, el tema del aislamiento aparece casi en cada página de la exhortación, cf. EG78, 81, 169, 202, 262, 263, 282.

⁸⁴ Resultan especialmente significativos los mensajes de 2009, 2010 y 2012.

⁸⁵ Cf. EG54.

⁸⁶ Cf. EG169.

⁸⁷ Cf. L. LUGARESI, *Il teatro di Dio: il problema degli spettacoli nel cristianesimo antico (IIIIV secolo)*, Morcelliana, Brescia 2008.

de cuaresma de 2009. Tras describir la situación de los transeúntes de Buenos Aires, que buscan su alimento entre la basura y se calientan en las rejillas de ventilación, Bergoglio señala que el drama de nuestro tiempo es que semejante panorama ya resulta habitual para nosotros. Nos hemos acostumbrado a vivir en él. Leemos a Bergoglio: “Con el acostumbramiento viene la indiferencia: no nos interesan sus vidas, sus historias, sus necesidades ni su futuro. Cuántas veces sus miradas reclamadoras nos hicieron bajar las nuestras para poder seguir de largo. Sin embargo es el paisaje que nos rodea y nosotros, queramos verlo o no, formamos parte de él”⁸⁸.

La visión ha de convertirse en mirada personal, capaz de reconocer el rostro sin acostumbrarse nunca. El rostro es, probablemente, aquello que mejor identifica al otro como «otro». Su diferencia y alteridad respecto a mí es real y concreta. Yo no he creado esa diferencia. Sólo la he aceptado, con la misma fragilidad con que ella se me ofrece. Ese es el contenido profundo del término «rostro», en la elaboración de los filósofos personalistas del pasado siglo⁸⁹. En la misma línea, afirma el papa que «el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo» (88). El «rostro» es sinónimo de la persona, como una sinécdoque que condensa aquello que diferencia al ser humano del resto de las criaturas. De ahí que el papa califique como «ciegos», «sin rostro» o faltos de humanidad, a aquellos sistemas políticos o económicos que no favorecen al hombre⁹⁰. A todo el hombre (el ser humano en todas sus dimensiones), y a todos y cada uno de los hombres⁹¹. En el origen de la crisis financiera que atravesamos, subraya con valentía, «hay una profunda crisis antropológica: ¡la negación de la primacía del ser humano!» (55).

Poniendo en el centro al ser humano y favoreciendo la salida de cada hombre en busca de sí mismo, resulta natural hablar de diálogo. La evangelización a la que Francisco llama a la Iglesia «comienza con el diálogo personal y la conversación» (128) y pide del agente evangelizador una continua actitud de escucha⁹². Este diálogo comienza siendo de persona a persona⁹³, para convertirse en una tarea de toda la Iglesia. El amplio espacio que Francisco dedica al diálogo ecuménico e interreligioso⁹⁴, nos permite tomarlo como paradigma general de todas las formas de diálogo. Su punto de partida es «una conversación sobre la vida humana», en la que compartimos con el interlocutor las alegrías y las penas cotidianas. Encontrándonos en la vida común, «aprendemos a aceptar a los otros en su modo diferente de ser, de pensar y de expresarse». De ahí, podemos derivar a los grandes temas, como la justicia o la paz, en que la acción conjunta se hace más necesaria. De este modo, concluye, «los esfuerzos en torno a un tema específico pueden convertirse en un proceso en el que, a través de la escucha del otro, ambas partes encuentren purificación y enriquecimiento» (250). En este encuentro mutuo, como señala Francisco a propósito de la homilía, «ambas partes no sólo se comunican verdades, sino las personas mismas que mutuamente se dan en el diálogo» (142). Estar abierto al otro no implica renunciar

⁸⁸ J.M. BERGOGLIO, *Mensaje de Cuaresma 2009* (25 de febrero de 2009).

⁸⁹ «El modo por el cual se presenta el Otro, que supera la idea de lo otro en mí, lo llamamos, en efecto, rostro» E. LÉVINAS, *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca 1977, 74.

⁹⁰ Cf. EG 55-58. Particularmente significativo es el rechazo a las teorías económicas que sostienen ingenuamente que las propias leyes del mercado lo harán regularse de modo automático (cf. 54, 204). Esta fe ciega, puesta en fuerzas irracionales, no hace más que reeditar la idolatría condenada por la Escritura (cf. 55). En este punto hay que notar la coincidencia entre Francisco y Benedicto XVI, *Caritas in Veritate* 42 y 71.

⁹¹ «Todos los hombres y todo el hombre» (EG 181, citando PABLO VI, Encíclica *Populorum Progressio*, 14).

⁹² Cf. EG 154, 171.

⁹³ Cf. EG 127-129.

⁹⁴ Cf. EG 244-257. Es necesario subrayar que, como hicieron las declaraciones sobre ecumenismo y religiones no cristianas del Concilio Vaticano II, la exhortación describe el diálogo mostrando las diferencias entre los distintos interlocutores.

a las propias convicciones. Al contrario, sólo quien vive sostenido por sus propias creencias, puede dialogar verdaderamente y quedar enriquecido por el encuentro⁹⁵.

La exhortación está llena de pruebas concretas de esta actitud de diálogo que propone Francisco. En distintos ámbitos, el papa es capaz de ponerse en el lugar del otro y comprender sus razones, aún cuando no comparta sus respuestas. Sin ánimo de ser exhaustivos, ofrecemos algunos ejemplos que resultan elocuentes.

Al ocuparse del desafío planteado por los derechos de la mujer en la Iglesia, el papa señala que no pone en discusión el sacerdocio reservado a los varones. Pero algunas de las demandas de las mujeres dejan entrever una queja por un ministerio demasiado identificado con el poder. Rechazando el sacerdocio femenino, el papa invita a pensar sobre el «posible lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes, en los diversos ámbitos de la Iglesia» (104).

Otra cuestión conflictiva, también referida a las mujeres, es la relativa al aborto. Francisco lo rechaza sin paliativos⁹⁶, aunque reconoce que los cristianos hemos hecho poco por acompañar a estas mujeres que ven el aborto como única solución a sus dificultades. Y termina preguntándose: «¿quién puede dejar de comprender esas situaciones de tanto dolor?» (214b).

No son estos los únicos ejemplos posibles⁹⁷. En los dos que hemos señalado se aprecia el fino olfato de Francisco para intuir las razones profundas que laten en una reivindicación equivocada (la ordenación de mujeres), y de combinar el rechazo explícito de un mal objetivo con la renuncia a juzgar sobre la culpabilidad subjetiva de quien lo comete (en el caso del aborto)⁹⁸. Desde esta perspectiva, se comprenden bien las palabras que pronunció en el avión a su regreso de Río de Janeiro: «si una persona es gay y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarla?».

Francisco se atreve a dialogar, a reconocer las virtudes del otro sin diluir las diferencias, afrontando los riesgos inherentes al diálogo. Son muy conocidos los diálogos que mantuvo como arzobispo de Buenos Aires con el rabino Abraham Skorka⁹⁹. Por sugerencia de Bergoglio, la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina concedió a Skorka el Doctorado *Honoris Causa*; aquella distinción concedida a un rabino judío, provocó reacciones de incompreensión en la misma comunidad católica¹⁰⁰. Consciente de las dificultades y los riesgos del diálogo, y después de sufrir algunos de los daños colaterales que de él se derivan, Francisco sigue insistiendo en la necesidad de salir al encuentro de los demás y enriquecerse con la diferencia. A las razones expuestas, añadimos una nueva, que nos abre el camino al próximo apartado: «cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios. Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios» (272).

1.3. El encuentro con Cristo

El encuentro con el prójimo nos abre a una alteridad aún mayor. En cada rostro humano atisbamos los rasgos de un Dios que también tiene rostro y rasgos

⁹⁵ Cf. EG 251.

⁹⁶ Cf. EG 213-214a.

⁹⁷ Como lo que afirma de los ritos paganos, cf. EG 254 o la humilde apelación que dirige a quien pueda ofenderse por sus palabras, cf. *Ibidem*, 208.

⁹⁸ Cf. EG 44 y 172 donde se recuerda la tradicional diferencia entre la maldad objetiva de las acciones y la culpabilidad subjetiva.

⁹⁹ Su fruto tangible son algunas publicaciones, como J.M. BERGOGLIO–A. SKORKA, *Sobre el cielo y la tierra. Las opiniones del papa Francisco*, Debate, Barcelona 2013.

¹⁰⁰ Cf. V.M. FERNÁNDEZ–P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, 146-147.

personales¹⁰¹. Cada pequeña alegría cotidiana enciende en nosotros el anhelo de poder beber en abundancia de la fuente del amor y la alegría¹⁰². Sólo en el encuentro con Dios respondemos radical y completamente a esa voz que resuena en lo más profundo de nuestro yo, y nos llama a salir de la tierra de nuestras seguridades y egoísmos. En el corazón humano hay una desazón, una sed infinita que sólo es capaz de calmar sus ansias cuando alcanza la fuente inagotable que mana un agua que el hombre no puede darse a sí mismo¹⁰³. En palabras de Francisco: «llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero» (8).

En el trasfondo de esta afirmación, hay una teología personalista de la fe. La vida cristiana nace con un encuentro del hombre con Jesucristo. El creyente entrega toda su persona al Dios personal que se le entrega por completo¹⁰⁴. Vale la pena detenerse en el significado del adjetivo «personal» aplicado a Dios.

Los discípulos de Jesucristo creemos que Dios tiene un rostro. No es una mera energía o fuerza cósmica. Se ha encarnado y tiene una fisonomía concreta. Francisco toma muy en serio a quienes buscan sinceramente a Dios¹⁰⁵, e invita a los cristianos a acompañar esas búsquedas, evitando forzar los límites y los ritmos de quienes están todavía en camino¹⁰⁶. Los cristianos pueden comprenderles bien, porque siguen buscando a Dios, a pesar de haberlo encontrado¹⁰⁷. Pero las alabanzas del papa tienen un destinatario muy concreto, que no deja lugar a equívocos: «muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro» (14). El «rostro» o, al menos la búsqueda de este rostro, marca una nítida línea divisoria entre la imagen cristiana de Dios y otras formas de religiosidad que son el resultado, bien de la simplificación de las tradiciones religiosas de Oriente, o bien están vinculadas a fuerzas impersonales, como en el caso del Reiki. El papa las contrapone con la «religiosidad popular», que algunos desprecian. Esta fe del pueblo se encarna en formas que incluyen «una relación personal, no con energías armonizadoras, sino con Dios, Jesucristo, María, un santo. Tienen carne, tienen rostros. Son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas... [frente a] experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista» (90). Los cristianos creemos en Dios pero, como dice Benedicto XVI, «no [en] cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto»¹⁰⁸. Un Dios personal, al que podemos hablar y a quien podemos escuchar. Un Dios que no es una energía ciega, o una fuerza cósmica, sino una persona «*que nos ha mostrado su rostro en Cristo, y que ha abierto su corazón*»¹⁰⁹.

Si nos hemos ocupado del «éxodo» del hombre, es porque queríamos llegar precisamente a este punto: por la fe, el cristiano sale de sí mismo y se pone en camino hacia Dios en Jesucristo. Tras fijarnos en el conocimiento como acogida de la realidad, y en la dinámica de éxodo que incluye la relación interpersonal, descubriremos el mismo camino de salida en el acto cristiano de fe.

La conversión misionera de la Iglesia que propone Francisco hace urgente la tarea de identificar el centro de la fe, su corazón y esencia, que ningún otro mensaje o circunstancia puede dejar en segundo plano. ¿Dónde situar este centro? La primera

¹⁰¹ Cf. EG 39, 91, 272.

¹⁰² Cf. EG 7. Estas palabras de Francisco recuerdan a lo que afirmaba su antecesor sobre la relación entre las esperanzas de cada día y la Gran esperanza, cf. BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe Salvi*, 30-31.

¹⁰³ Cf. AGUSTÍN, *Confesiones* I, 1 (*BAC* 11, 73,7-8).

¹⁰⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 5.

¹⁰⁵ Cf. EG 14c, 47, 71, 114, 165, 257, 265.

¹⁰⁶ El tercero de los verbos que definen la evangelización en EG 24 es, precisamente, «acompañar». El papa lo aplica a los procesos de la humanidad, con los que el evangelizador tiene «*paciencia, y evita maltratar límites*».

¹⁰⁷ Cf. EG 257 y también su encíclica *Lumen Fidei* 34-36.

¹⁰⁸ BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe Salvi*, 31. Cf. FRANCISCO, Carta apostólica *Porta Fidei*, 11c.

¹⁰⁹ *Ibidem*, 4.

mitad del pasado siglo XX conoció largas y densas discusiones sobre la esencia del cristianismo¹¹⁰. El debate se movía en términos demasiado abstractos y formales, tratando de buscar el centro de la fe en sus alrededores. Hoy hemos de considerarlo como un capítulo prácticamente cerrado de la historia de la teología. Con Romano Guardini, podemos afirmar que «el cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida [...] Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concretos»¹¹¹. Llevando al debate al terreno relacional (que es donde ha de decidirse la cuestión), el sabio de Múnich señala que para quien tiene un encuentro con otro, el centro no lo ocupa lo humano en general. Importa la persona, aquel con quien se encuentra.

Jorge Mario Bergoglio dejó inacabada una tesis doctoral sobre Guardini¹¹². De él ha bebido con abundancia el cristocentrismo, y nos recuerda cuál es el núcleo fundamental del anuncio cristiano que no puede olvidarse para dedicarse a otros aspectos. El centro de la fe es «el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado» (11). Jesucristo es «el Evangelio en persona» (209), el centro de la fe que «en ninguna circunstancia se debe ensombrecer» (39). Aunque el centro del anuncio es Cristo, Francisco dibuja su natural expansión trinitaria: «es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre» (164).

Junto al corazón de la fe hay otros elementos que, aún siendo importantes, nunca pueden ocupar el centro de la predicación eclesial porque no manifiestan el corazón del mensaje¹¹³. Francisco recuerda el principio de «jerarquía de verdades», afirmado por el Concilio Vaticano II: aquellos aspectos del mensaje cristiano que están más próximos al fundamento de la fe cristiana han de tener un mayor peso en la proclamación de la Iglesia¹¹⁴. De ahí la necesaria proporción en que han de tratarse los temas, para evitar que el centro quede ocupado por cuestiones secundarias¹¹⁵. No se trata de mutilar el Evangelio, ni realizar una «criba» arbitraria de enseñanzas cristianas. Muy al contrario. El resto de verdades y enseñanzas se comprenden en su verdadera naturaleza sólo cuando encuentran su lugar preciso, es decir: cuando aparece con claridad su conexión con el centro de la fe y reciben su luz de ese centro¹¹⁶. El encuentro con Jesucristo proporciona el marco de referencia adecuado a todas las verdades cristianas, incluidas las más difíciles. Por el contrario, algunos aspectos dejan de comprenderse cuando cambiamos las prioridades y ponemos en primero lugar lo secundario. Literalmente, quedan fuera de contexto¹¹⁷.

El Evangelio se proclama a fin de que cada hombre y mujer se encuentre con Jesucristo. El papa invita repetidas veces a los cristianos a renovar este encuentro, o al menos «a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él» (3), en una formulación que recuerda a Pablo: «ser encontrado en Él» (*Flp* 3,9). Al usar el verbo en forma pasiva, el apóstol nos recuerda que el encuentro se produce porque Dios se acerca a nosotros, uniendo sus pasos a los nuestros para hacer posible el encuentro. Creer es un regalo de Dios en el que Él tiene la iniciativa y da siempre el primer paso¹¹⁸. Francisco lo expresa con un

¹¹⁰ Para un modesto balance, remito a D. GARCÍA GUILLÉN, «Abreviar la Palabra de la fe», *Scripta Fulgentina* 22 (2012), 175-195 (aquí, 175-179).

¹¹¹ R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo*, Cristiandad, Madrid 2006², 16.

¹¹² La exhortación contiene una cita de *Das Ende der Neuzeit*; cf. EG184, nota 182.

¹¹³ Cf. EG 34.

¹¹⁴ Cf. EG 36, citando CONCILIO VATICANO II, Decreto *Unitatis redintegratio* 11.

¹¹⁵ Cf. EG 38, 138, 168.

¹¹⁶ Cf. EG 39.

¹¹⁷ Cf. *Ibidem*, donde se habla del «contexto». Con más claridad aparece en su entrevista con el padre Antonio Spadaro: «No podemos seguir insistiendo solo en cuestiones referentes al aborto, al matrimonio homosexual o al uso de anticonceptivos [...] Si se habla de estas cosas hay que hacerlo en un contexto» A. SPADARO, «Papa Francisco: «Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos»», *Razón y fe* 268 (2013), 249-276 (aquí 263).

¹¹⁸ Cf. EG12, 112 y 162.

argentinitismo: Dios nos «primerea». Este es el modo en que Bergoglio narraba su vocación religiosa a dos periodistas: “Fue la sorpresa, el estupor de un encuentro; me di cuenta de que me estaban esperando. Eso es la experiencia religiosa: el estupor de encontrarse con alguien que te está esperando. Desde ese momento para mí, Dios es el que te «primerea». Uno lo está buscando, pero Él te busca primero. Uno quiere encontrarlo, pero El nos encuentra primero”¹¹⁹.

El estupor indica que no hablamos de una ilusión humana. A propósito de los buscadores de Dios, Francisco recuerda «*que esa presencia [de Dios] no debe ser fabricada sino descubierta, develada*» (71). Esta afirmación sigue la misma lógica presente en el encuentro interpersonal: podemos acoger al otro en su diferencia, pero no podemos «crear» esta alteridad. Con más razón aún, sería absurdo querer «fabricar» mi propia salvación. Si nuestras expectativas se limitaran a lo que nosotros mismos somos capaces de producir... nunca podríamos librarnos de la «conciencia aislada y de la autorreferencialidad» (8). En esto consiste la esencia de la idolatría bíblica, tal como la explica *Lumen Fidei*: «ante el ídolo, no hay riesgo de una llamada que haga salir de las propias seguridades [...] El ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las propias manos»¹²⁰.

Hay una forma de idolatría mitigada, un sucedáneo de cristianismo que trata de acotar la soberana libertad divina. Se trata del «acostumbramiento». Ya conocemos las duras palabras de Bergoglio contra quienes se acostumbran al sufrimiento del otro. También podemos «acostumbrarnos» al Evangelio, repetirlo mecánicamente sin dejar que empape nuestra propia vida y la de nuestras comunidades¹²¹. Esto lo escribe un papa venido «del fin del mundo», que procede del continente de la esperanza, uno de los lugares en que la fe católica se vive con mayor entusiasmo. Por su origen, Francisco no puede ser más diferente de Benedicto XVI, nacido en el corazón de Europa y educado en un cristianismo más bien tradicional. Y sin embargo, el diagnóstico del papa argentino coincide punto por punto con el que hiciera su antecesor alemán: en su encíclica sobre la esperanza, Benedicto señalaba que en Occidente nos hemos acostumbrado a la fe y hemos dejado de percibir la novedad de vida que trae el encuentro con Dios¹²². Y en una de sus últimas celebraciones de la Misa Crismal se preguntaba amargamente: «¿No es verdad que el Occidente, que los países centrales del cristianismo están cansados de su fe y, aburridos de su propia historia y cultura, ya no quieren conocer la fe en Jesucristo?»¹²³

El encuentro con Dios es lo contrario al acostumbramiento, la tristeza o el aburrimiento; no tiene nada que ver con la introspección o con proyectar los propios deseos. Para que exista auténtica novedad en la vida del hombre, tiene que venir desde fuera de él. Como viene el aire fresco que se cuela por las ventanas de una habitación cerrada, renovando su ambiente enrarecido. Como un regalo que no se espera, sorprende y nos plenifica¹²⁴.

Ireneo de Lyon afirmaba que Cristo trajo toda novedad con su venida¹²⁵. Francisco recupera la bella afirmación de este padre de la Iglesia para recordarnos que el encuentro con Cristo produce siempre algo «nuevo». Incluso las culturas se vuelven «nuevas» cuando entra en ellas el Evangelio¹²⁶. Cada vez que un hombre o mujer se encuentra con Cristo sucede algo irrepetible y único. Su vida queda marcada por este

¹¹⁹ S. RUBIN-F. AMBROGETTI, *El jesuita. Conversaciones con el cardenal Jorge Bergoglio*, Vergara, Buenos Aires 2010, 46.

¹²⁰ FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei* 13.

¹²¹ Cf. EG179.

¹²² Cf. BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe Salvi*, 3.

¹²³ BENEDICTO XVI, Homilía en la Misa Crismal (21 de abril de 2011).

¹²⁴ Cf. BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus Caritas est*, 1b, 12; Encíclica *Spe Salvi*, 23 y 35; IDEM, Encíclica *Caritas in Veritate*, 29; FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei* 4.

¹²⁵ Cf. IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* IV, 34, citado en EG11.

¹²⁶ Cf. EG122.

encuentro, y se convierte en ser transparencia de la novedad traída por Cristo. Francisco llega a afirmar que, cuando conocemos a otro ser humano en el amor, «quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios» (272). Tomando una pequeña licencia poética para interpretar esta frase, podemos decir que la vida del creyente se ha impregnado tanto del encuentro, que en su rostro brilla la luz divina, como le sucedía a Moisés (*Ex* 34,29). El primer reflejo de esta novedad es la alegría que describen las primeras líneas de la exhortación: «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (1).

Nuestra salvación acontece en el «encuentro personal con Jesús que nos salva»¹²⁷. La expresión es muy similar al título y contenido de la segunda encíclica de Benedicto XVI: *Spe Salvi*, salvados en esperanza y por la esperanza. Precisamente a su antecesor, Francisco le toma prestada la expresión más completa de este encuentro salvífico: “No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»”¹²⁸.

Este encuentro es todo menos estático. Para el hombre, supone salir de sí mismo, buscando a Jesucristo y dejándose buscar por Él. Este movimiento de éxodo no se reduce al momento de creer, sino toda la vida del creyente. Francisco lo sintetiza bien: «la intimidad con Jesús es una intimidad itinerante y la comunión “esencialmente se configura como comunión misionera”» (23). Como los primeros discípulos hemos sido llamados para estar con Él y ser enviados por Él (cf. *Mc* 3,13-14). Sin embargo, la comunión y la misión no constituyen dos momentos sucesivos; sólo podemos estar con Cristo yendo adonde quiera que Él vaya, conscientes de que Él no detiene su camino: siempre está en salida¹²⁹. Otras veces, en lugar de ir tras Él, nos dejaremos acompañar por Él. Como indica Francisco respecto del misionero, el creyente «que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él» (266). De ahí la importancia que Francisco concede a la peregrinación, que es a la vez una práctica de religiosidad popular y una bella imagen de la vida cristiana¹³⁰.

1.4. El éxodo hacia la Iglesia

Los tres éxodos anteriores han ido ensanchando el horizonte del hombre, abriéndolo progresivamente a la realidad, al otro y a Dios. Pero aún es necesaria una nueva apertura: el creyente ha de descentrarse de sí mismo para unirse a la comunidad eclesial. «Nadie se salva solo», recuerda el papa Francisco, y aclara que «solo» indica que la salvación no alcanza al hombre «ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas» (113). El proyecto divino de salvación tiene como rasgo característico la totalidad, como se observa bien en el mandato misionero de Jesús: «id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (*Mt* 28,19-20, citado en *EG* 19). Poco más adelante, Francisco vuelve a insistir en esta idea de totalidad: «anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones [...] La alegría del Evangelio es para todo el pueblo» (23).

¹²⁷ Cf. *EG* 264-267.

¹²⁸ *EG* 7, citando BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus Caritas Est*, 1.

¹²⁹ Cf. *EG* 21.

¹³⁰ Cf. *EG* 87, 111, 124, 170, 244, 286, 287.

Para realizar este plan de salvación, que incluye a todos los hombres y mujeres en todos los tiempos y lugares, «Dios ha gestado un camino [...] Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados» (113). A pie de página se cita un texto fundamental de la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II: «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente»¹³¹. Tendremos ocasión de ocuparnos de la teología de la Iglesia como pueblo de Dios que se ofrece en *Evangelii Gaudium*; aquí nos interesa resaltar que, para un cristiano, no hay nada mayor que ser miembro de este «pueblo». Dios nos ha convocado para ser un pueblo, no «un grupo exclusivo, un grupo de élite» (113). A los teólogos, a los predicadores y a los políticos, Francisco les pide sencillez en el lenguaje¹³², que es tanto como recordarles que nunca dejan de ser miembros del pueblo al que sirven. No hay nada mayor que ser miembro de este pueblo, al que todos entramos por la puerta del Bautismo¹³³. Pero a veces, un creyente se siente por encima del resto. Piensa que hay algo que lo hace más digno o más sabio¹³⁴. Entonces surge lo que Francisco llama «el drama de la conciencia aislada»¹³⁵. A comprender el alcance de este concepto, nos ayuda mucho una homilía de Bergoglio que citamos por extenso: «A lo largo de la historia este drama de la conciencia aislada se va repitiendo. Aislada ¿de qué? Aislada de la revelación de Dios. Pero sobre todo aislada de la marcha del pueblo fiel de Dios. Es el drama de las elites ilustradas, de laboratorio. Quizá tengan buena voluntad, pero se aíslan de ese pueblo al que Dios se quiso revelar, al que quiso acompañar en ese caminar cotidiano de la redención de Dios. En cambio, los otros, los que lo apretujaban a Jesús, los sencillos, los de corazón de niño, éstos no recurren ni a la hipocresía ni a la suficiencia, sino que rebosan de alabanza. Y dan gracias a Dios por ser curados; dan gracias a Dios porque vino un profeta a su tierra; dan gracias a Dios porque éste habla con autoridad y no como los que vinieron antes; dan gracias a Dios porque me curó, me tocó... Corazón de niño, corazón abierto a la revelación de Dios. Ése es el corazón inteligente. El corazón que sustenta la inteligencia grande. La inteligencia abierta. La inteligencia humilde, pero a la vez fuerte y poderosa, nada del pensamiento débil de la hipocresía o de la suficiencia»¹³⁶.

El creyente ha de superar la autorreferencialidad y la conciencia aislada. Le basta con mirar a sus raíces, al sacramento del Bautismo. Nadie se bautiza a sí mismo, como tampoco nadie puede «nacerse»¹³⁷. El mismo rito del sacramento y su diálogo inicial nos recuerdan que el cristiano sólo puede decir «yo creo» porque forma parte del «nosotros» de la Iglesia¹³⁸. Yo creo porque nosotros creemos. La última salida del hombre le invita a incorporarse a la gran familia que es la Iglesia.

2. Las «salidas» de la Iglesia

La constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II afirma que la Iglesia es un misterio¹³⁹. La realidad última de la comunidad cristiana excede con mucho al grupo humano que la compone. No procede de un deseo espontáneo de agregación, ni tan siquiera de la necesidad humana de «salir de sí» de la que hemos hablado antes. La Iglesia viene de Dios. Francisco la define como «el gran proyecto del amor del Padre»

¹³¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 9.

¹³² Cf. EG133, 158, 232.

¹³³ Cf. EG102, 104, 120.

¹³⁴ Cf. EG98.

¹³⁵ Cf. EG2, 8, 282.

¹³⁶ J.M. BERGOGLIO, *Homilía en la apertura del primer Congreso de Evangelización en la cultura* (3 de noviembre de 2006).

¹³⁷ Cf. FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei* 41.

¹³⁸ Cf. FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei* 39.

¹³⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 1-4; IDEM, Decreto *Ad Gentes*, 2-4.

(114). Esta afirmación se entiende mejor a la luz del párrafo segundo de la constitución *Lumen Gentium* que se describe con detalle el designio paterno de salvación¹⁴⁰. Dios Padre quiso convocar en la Iglesia a los creyentes en Cristo. Respetuoso con los ritmos de la historia humana, como un pedagogo que educa gradualmente, hizo esta convocatoria en fases sucesivas. Comenzó prefigurando la Iglesia desde el origen del mundo (la «*Ecclesia ab Abel*» de San Agustín). La preparó en el pueblo de Israel, para constituir la con la venida de Cristo y manifestarse en Pentecostés. Conviene desgranar el alcance de esta profunda conexión entre el don del Espíritu Santo y la manifestación de la Iglesia. La comunidad cristiana aparece en su esplendor sólo cuando recibe al Paráclito, cuyo primer efecto es poner a la Iglesia en estado de misión. Sólo alcanza su madurez cuando sale de su encierro, como se observa en los dos relatos bíblicos que describen la venida del Espíritu (*Hch 2* y *Jn 20,19-29*).

El capítulo segundo de *Hechos* presenta a los creyentes reunidos «en un mismo lugar» (v. 1), del que después se nos dice que es una «*casa*» (v. 2). No se nos dice que estuvieran encerrados, aunque es fácil suponerlo por el cambio en el escenario que se produce tras la venida del Espíritu. El ruido provocado por el acontecimiento atrae a un grupo de judíos procedentes de «todas las naciones que hay bajo el cielo» (v. 5); cada uno escucha a los apóstoles hablar en su propia lengua (vv. 6-11). Ante el grupo que se ha convocado, Pedro pronuncia un discurso (vv. 14-36). Entre una y otra escena parece haber una salida, pues el discurso hace pensar en un lugar público, con la amplitud suficiente para acoger un auditorio tan variado como el descrito. Pero sólo podemos suponerlo, porque Lucas es muy parco en indicaciones¹⁴¹.

El evangelio de Juan es mucho más explícito en cuanto al escenario inicial: los discípulos estaban reunidos «con las puertas atrancadas por miedo a los judíos» (v. 19). Cuando el Resucitado se hace presente en medio de ellos, comienza deseándoles la paz y enviándolos en su nombre, para insuflarles el don del Espíritu, que les capacita para perdonar pecados (vv. 21-23). Aunque el episodio de Tomás comienza «con las puertas atrancadas» (vv. 26), allí no queda rastro del miedo a los judíos que flotaba al producirse el primer encuentro. De la cerrazón y el miedo inicial, se pasa a la misión y la apertura.

En ambos textos se observa el mismo efecto: antes de llegar el Espíritu, la comunidad cristiana se encuentra en un lugar cerrado, incluso con miedo. Cuando los discípulos reciben el Paráclito, salen a anunciar a Jesús con valentía. Francisco señala con acierto que el Espíritu Santo hizo que los Apóstoles salieran de sí mismos¹⁴². La Iglesia se hizo adulta poniéndose en estado de misión.

En la primera parte de nuestra exposición, concluíamos que el hombre sale de sí mismo para entregarse a Jesucristo y vivir en la gran familia de la Iglesia. Pero no basta con que cada hombre y mujer salgan de sí mismos para incorporarse a la comunidad eclesial. La Iglesia también está llamada a salir, a mantenerse fiel a su «genoma» misionero.

Expondremos la propuesta de eclesiología pastoral de Francisco dividiéndola en siete «éxodos» o salidas. A fin de hacer más patente el dinamismo y movimiento que indican estos «éxodos», se formulan con estructura idéntica, indicando un término *a quo*, que indica la situación eclesial que ha de superarse; y un término *ad quem* que, como un indicador de carretera, indica a la Iglesia la dirección en la que ha de caminar la reforma. Pueden leerse, sea como tramos de un único itinerario, sea como autopistas

¹⁴⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 2.

¹⁴¹ Para un comentario de este pasaje, cf. J.A. FITZMYER, *Los Hechos de los Apóstoles I*, Sígueme, Salamanca 2003, 322-323; J. ROLOFF, *Hechos de los Apóstoles*, Cristiandad, Madrid 1984, 65-77.

¹⁴² Cf. *EG 259*.

radiales que llevan a un único centro. En ambos casos se trata de lo mismo: la transformación de la Iglesia en clave misionera¹⁴³.

2.1. De la «autorreferencialidad» enfermiza a una Iglesia misionera, con Jesucristo en el centro

El papa Francisco emplea el concepto «autorreferencialidad» para describir la reclusión del hombre en sí mismo¹⁴⁴, y señalar las actitudes de algunos cristianos que sólo piensan en sus propios intereses, resistiéndose a la evangelización¹⁴⁵. Pero esto no sirve sólo para los individuos. También existe un modo «autorreferencial» de ser Iglesia. El cardenal Bergoglio hacía esta comparación en una entrevista: “A una Iglesia que se limita a administrar el trabajo parroquial, que vive encerrada en su comunidad, le pasa lo mismo que a una persona encerrada: se atrofia física y mentalmente [...] A una Iglesia autorreferencial le sucede lo mismo que a una persona autorreferencial: se pone paranoica, autista”¹⁴⁶.

Francisco comprende a la Iglesia como un organismo vivo, como una persona que siente y ama, que crece y puede enfermar¹⁴⁷. Si cada hombre o mujer alcanza su existencia auténtica tan sólo en la relación con los demás, lo mismo podemos decir de la Iglesia. Cabe entonces preguntarse: ¿con quién ha de relacionarse la Iglesia, para ser ella misma? ¿Hacia quién ha de «salir», para evitar las enfermedades de quien vive aislado? La respuesta se encuentra en uno de los pasajes más logrados de *Evangelii Gaudium*: “Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo [...] Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37)” (49).

La Iglesia supera la autorreferencialidad tan sólo si recuerda quién es el centro al que ha de referir su vida y existencia. La Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, comienza hablando de este centro: «*Lumen Gentium cum sit Christus*»¹⁴⁸. No deja de resultar significativo que las primeras palabras que la Iglesia pronuncio sobre ella misma, no la describían a ella, sino a Jesucristo. El hecho adquiere aún más valor cuando se conoce la historia de la redacción del documento conciliar. El sintagma «*Lumen Gentium*», con todo el primer párrafo de lo que sería la constitución, procede del esquema presentado los obispos alemanes. Pero aquel esquema comenzaba afirmando: «*Lumen Gentium cum sit Ecclesia*»¹⁴⁹. La luz era allí la Iglesia. Los padres

¹⁴³ Cf. EG 20.

¹⁴⁴ Cf. EG 8.

¹⁴⁵ Cf. EG 94-95.

¹⁴⁶ S. RUBIN-F. AMBROGETTI, *El jesuita*, 75-76.

¹⁴⁷ Las raíces de este tratamiento personalista de la Iglesia se encuentran en H. URS VON BALTHASAR, «¿Quién es la Iglesia?», en IDEM, *Sponsa Verbi. Ensayos teológicos II*, Encuentro, Madrid 2001², 145-196. Recientemente lo ha desarrollado el cardenal A. SCOLA, *Chi è la Chiesa? Una chiave antropologica e sacramentale per l'ecclesiologia*, Queriniana, Brescia 2005 (hay traducción española).

¹⁴⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 1.

¹⁴⁹ *Acta synodalia sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, I/IV, Vaticano 1971, 612.

conciliares aceptaron el primer párrafo de aquel esquema, pero cambiaron la Iglesia por Cristo¹⁵⁰. Sólo Él es la luz de los pueblos.

Orígenes y otros escritores de la primera edad cristiana expresaron esta relación de la Iglesia con Cristo mediante un símil: del mismo modo que la luna refleja la luz del sol, la Iglesia ilumina a los pueblos con la luz que recibe de Cristo. Hugo Rahner lo llamaba «misterio de la luna (*mysterium lunae*)»¹⁵¹. Tenemos motivos fundados para pensar que Francisco tiene en mente esta relación «lunar» de la Iglesia con Jesucristo cuando invita a superar la autorreferencialidad¹⁵².

Si Jesucristo es la luz de los pueblos, resulta evidente que él ha de ser el centro del anuncio de la Iglesia¹⁵³. En cualquier actividad de evangelización, hay que poner en primer lugar «la proclamación de Jesucristo» (110). El primer anuncio –explicará después– es el primero «en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras» (164). La Iglesia no puede hacer otra cosa que anunciar a Jesucristo a quienes no lo conocen, y a quienes lo conocen, ha de seguir anunciándoselo para que lo conozcan mejor. Cada acción y palabra de la Iglesia ha de mirarse al espejo del primer anuncio, aprendiendo de esta actividad fundamental cuáles son las prioridades, los métodos, los estilos, los lenguajes¹⁵⁴. La salida en misión se vuelve el «paradigma de toda obra de la Iglesia» en un momento en ya no sirve una pastoral de «simple administración» o de «mera conservación» de lo que hay¹⁵⁵. Ha sonado la hora de una Iglesia «en salida».

2.2. De una Iglesia «mundanizada» a una Iglesia «pueblo»

Una Iglesia misionera vive en permanente escucha del Señor, en un examen de conciencia continuado cuyo fruto no puede limitarse a propósitos tan bienintencionados como vagos. La voluntad de conversión ha de alcanzar también al plano organizativo de la Iglesia. Francisco invita a preguntarse si las estructuras de la Iglesia están al servicio del proyecto evangelizador. «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación» (27). La llamada a la conversión misionera de las estructuras de la Iglesia se repite varias veces a lo largo de la exhortación¹⁵⁶. En ella encontramos el marco de referencia adecuado en el que situar algunas decisiones de Francisco, como la nueva estructura de coordinación de los asuntos económicos de la Curia Romana. El *motu proprio* que ha introducido esta institución señala que la Iglesia, como el administrador fiel y prudente, «es consciente de la responsabilidad de proteger y gestionar con atención sus bienes, a la luz de su misión de evangelización y con una atención especial a los más necesitados»¹⁵⁷.

¹⁵⁰ Cf. N. SILANES, *La Iglesia de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1981, 155-156.

¹⁵¹ Cf. H. RAHNER, *Symbole der Kirche. Die Ekklesiologie der Väter*, Salzburg 1964, 91-173 («Mysterium Lunae»).

¹⁵² El cardenal Bergoglio tuvo una intervención en las Congregaciones Generales previas al Cónclave que contiene gran parte de las líneas que han marcado *Evangelii Gaudium*. Conocemos esta intervención, porque él mismo se la facilitó al cardenal Jaime Ortega (La Habana), y éste la transcribió en su homilía para la Misa Crismal de 2013. El punto tercero dice así: «La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia; deja de ser el *mysterium lunae* y da lugar a ese mal tan grave que es la mundanidad espiritual».

¹⁵³ Cf. EG 11, 36, 39, 309.

¹⁵⁴ Cf. EG 34-36.

¹⁵⁵ Cf. EG 25 y 15, citando respectivamente DA 201 y 370.

¹⁵⁶ Cf. EG 26c, 33, 63, 108, 111.

¹⁵⁷ FRANCISCO, *Motu proprio Fidelis dispensator et Prudens* para la gestión económica de los bienes de la Santa Sede (24/02/2014).

A la Iglesia no le sirve cualquier modo de organización. Algunas configuraciones estructurales pueden ocultar el mensaje evangélico en lugar de transparentarlo. Las estructuras de la Iglesia no pueden ser idénticas a las de una empresa o el gobierno de una nación, porque la Iglesia no pretende el dominio, la conquista o la expansión. La Iglesia está al servicio del Evangelio, del encuentro de cada hombre con Jesucristo. Por eso, los planes pastorales de la Iglesia no se evalúan como una cuenta de resultados, ni su jerarquía puede entenderse en términos de poder¹⁵⁸.

Estas formas aberrantes de organización eclesial comparten el rasgo común de reducir la Iglesia a una institución de origen y gestión humana. Francisco las agrupa bajo el nombre de «mundanidad espiritual»¹⁵⁹, que toma de Henri de Lubac¹⁶⁰. A su vez, el jesuita francés la ha leído en el benedictino inglés Ansgar Vonier, para quien esta mundanidad tiene de espiritual tan sólo la apariencia externa. Busca la gloria humana y no la del Señor. Por eso, concluye, «la mundanidad espiritual no es otra cosa que una actitud radicalmente antropocéntrica»¹⁶¹. Ante esta perversión de la lógica evangélica, hay actuar sin miramientos ni nostalgias. Desmundanizar la Iglesia.

Benedicto XVI lo señaló en su última visita a Alemania, un país en que la Iglesia católica posee una organización administrativa de gran peso. El papa alemán, dirigiendo su palabra a un grupo de católicos «comprometidos», señalaba que el desarrollo histórico de la Iglesia nos muestra a veces «una Iglesia satisfecha de sí misma, que se acomoda en este mundo, es autosuficiente y se adapta a los criterios del mundo» y que otorga «mayor importancia a la organización y a la institucionalización, que no a su llamada de estar abierta a Dios y a abrir el mundo hacia el prójimo». Los procesos de secularización «han significado siempre una profunda desmundanización [Entweltlichung] de la Iglesia». Aunque los cambios fueron dolorosos, el tiempo ha demostrado que fueron beneficiosos para la Iglesia. También hoy es tiempo –concluía Benedicto– de desprenderse de la mundanidad [*Weltlichkeit*] de la Iglesia¹⁶².

Francisco y su antecesor coinciden en el diagnóstico: las formas mundanas ponen enferma a la Iglesia. El tratamiento prescrito es idéntico a la medicina que cura la autorreferencialidad: «poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo» (97). Esta llamada a recentrar la Iglesia en torno al anuncio de Jesucristo sólo encontrará una respuesta adecuada si las estructuras eclesiales se «desmundanizan» y se ponen al servicio del proyecto evangelizador, como cauces que lo expresan y encarnan. Este servicio hay que entenderlo a la luz de lo que afirma el Concilio Vaticano II: «el organismo social de la Iglesia está al servicio del Espíritu de Cristo»¹⁶³. Existen diversos modos de entender este «organismo social», distintos «modelos de Iglesia»¹⁶⁴. Algunos resultaron de gran utilidad en el pasado, como el de «sociedad perfecta», que defendió a la Iglesia de los estados totalitarios; o el de «cuerpo místico» que, sin despreciar la estructura jerárquica, proporcionó a cada cristiano una visión más teológica y sacramental de la Iglesia; por fin, el modelo «comunidad» ha iluminado los años de recepción del Concilio Vaticano II, y ha

¹⁵⁸ EG95 describe la pretensión de «dominar el espacio de la Iglesia» y «un funcionalismo empresarial [...] donde el primer beneficiario es la Iglesia como organización». Sobre el ministerio entendido como jerarquía y poder, cf. EG104.

¹⁵⁹ Cf. EG93-97. Francisco presenta la mundanidad como una actitud de algunos creyentes, y no como un estilo de organización eclesial. Sin embargo, también advierte del riesgo de que la mundanidad «invadiera la Iglesia» (93).

¹⁶⁰ Citado en EG93, nota 71.

¹⁶¹ HENRI DE LUBAC: *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1980, 295, citando a ANSGAR VONIER, *L'Esprit et l'Épouse*, 144. Francisco se expresa en términos idénticos a los citados: «buscar en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal» (EG93).

¹⁶² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el Konzerthaus de Friburgo de Brisgovia* (25 de septiembre de 2011). He modificado algunas traducciones.

¹⁶³ «*Socialis compago Ecclesiae Spiritui Christi [...] inservit*» CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 8.

¹⁶⁴ Cf. A. DULLES, *Modelos de la Iglesia. Estudio crítico de la Iglesia en todos sus aspectos*, Sal Terrae, Santander 1975.

integrado con cierto éxito las diversas eclesiologías presentes en los documentos conciliares. También hoy necesitamos encontrar una imagen de Iglesia que se ponga al servicio de esta reeditada tensión misionera.

Francisco no tiene dudas: una Iglesia que evangeliza peregrinando por el mundo necesita concebirse como un «pueblo»¹⁶⁵. De acuerdo con *EG III*, la Iglesia es un «pueblo peregrino» que tiene en Dios su origen («un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad») y también su meta («un pueblo que peregrina hacia Dios»). La Iglesia ha salido de la Trinidad y peregrina hacia ella. Entre su origen y su destino trinitario, se encuentra el camino histórico de la Iglesia por los caminos del mundo. Tanto por esta doble referencia trinitaria como por su caminar histórico, este pueblo «siempre trasciende toda necesaria expresión institucional» (III).

La presentación de la Iglesia como «pueblo de Dios» no resulta novedosa. Se trata de una imagen con profundas raíces bíblicas y un largo recorrido teológico que ha conocido momentos de gran protagonismo, pero también años de práctico olvido¹⁶⁶. El Concilio Vaticano II le otorgó cierta preferencia, hasta el punto de que «la expresión “pueblo de Dios” ha llegado (...) a designar la eclesiología del Concilio»¹⁶⁷. Al describir a la Iglesia como «pueblo», el Concilio tomaba la imagen en toda su riqueza bíblico-teológica. Sin embargo, algunas relecturas posconciliares de esta eclesiología descuidaron los aspectos teológicos, para leer «pueblo» en sentido «biológico, racial, cultural, político o ideológico»¹⁶⁸. Con esto, pretendieron disimular la realidad teológica de la Iglesia, así como sus aspectos jerárquicos y sacramentales. Para evitar polarizaciones, no faltaron teólogos que propusieron entender las imágenes eclesiales en su mutua complementariedad, en lugar de elegir una sola de ellas¹⁶⁹.

Francisco habla de la Iglesia como «pueblo». Pero su opción no permite alinearla en las filas de quienes cuestionan la sacramentalidad o la jerarquía eclesiástica. El papa argentino comprende «pueblo» en el seno de su propia comunidad eclesial de origen. El fruto maduro del Concilio Vaticano II en el país austral fue una «teología del pueblo»¹⁷⁰, con rasgos propios que permiten diferenciarla de otros estilos de reflexión creyente. Entre quienes desarrollaron esta reflexión destacan el sacerdote diocesano Lucio Gera y el jesuita Juan Carlos Scannone. En opinión de este último, los términos clave de esta teología son «pueblo», «cultura», «pobre» y «religiosidad popular». El concepto central de «pueblo» se define en base a cuatro elementos: 1) una historia compartida, compuesta de memoria, conciencia y proyecto histórico común; 2) la cultura, entendida con el Documento de Puebla como «el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con

¹⁶⁵ Esta teología está presente en todo el documento, aunque aparece con especial claridad en algunas secciones, cf. *EG III* 134, 197-201, 268-274 y 285-286.

¹⁶⁶ Sobre su desarrollo antes del Concilio Vaticano II, cf. A. ANTÓN, *El misterio de la Iglesia. Evolución histórica de las ideas eclesiológicas II*, BAC-Estudio teológico de San Ildefonso, Madrid-Toledo 1987, 676-759. Una buena síntesis en S. PIÉ I NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, Sígueme, Salamanca 2007, 150-154.

¹⁶⁷ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, «Temas selectos de eclesiología», 1, en: C. POZO (ed.), *Comisión teológica internacional. Documentos 1969-1996*, BAC, Madrid 2000², 327-375 (336).

¹⁶⁸ *Ibidem*, 337.

¹⁶⁹ Cf. J. RATZINGER, «La eclesiología de la constitución *Lumen Gentium*», en: IDEM, *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión*, Cristiandad, Madrid 2004, 129-157 (especialmente, 134) y G.L. MÜLLER, «La comprensión trinitaria de la Iglesia en la constitución *Lumen Gentium*» en: P. RODRÍGUEZ (ed.), *Pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo*, Eunsa, Pamplona 1996, 39-56.

¹⁷⁰ Las denominaciones son variadas, aunque siempre tienen el «pueblo» como centro: «escuela argentina de pastoral popular», «teología populista» o «teología de la pastoral popular», cf. J.C. SCANNONE, «Perspectivas eclesiológicas de la “teología del pueblo” en la Argentina», en: F. CHICA-S. PANIZZOLO-H. WAGNER (ed.), *Ecclesia Tertii Millennii Advenientis*, Fs. Angel Antón, Piemme, Casale Monferrato, 1997, 686-704 (687).

Dios»¹⁷¹; 3) un proyecto político y social centrado en el bien común; 4) el lugar especial de los pobres¹⁷².

Hablando de «pueblo», se pone de manifiesto la común dignidad bautismal de todos los cristianos¹⁷³. Entre ellos no hay más diferencias que las que afectan al servicio: la minoría de los ministros ordenados se encuentra al servicio de la inmensa mayoría del Pueblo de Dios, que son los laicos¹⁷⁴.

Esta eclesiología «popular» recuerda que todo el pueblo es misionero y ha recibido el encargo de anunciar el evangelio¹⁷⁵. Francisco invita a cada bautizado a que viva esa misión como verdadero protagonista; que experimente esa llamada a evangelizar como dirigida personalmente a él¹⁷⁶. Y en cuanto al estilo evangelizador, Francisco nos recuerda que el evangelio se anuncia eclesialmente, viviendo el «gusto espiritual» de ser pueblo¹⁷⁷.

2.3. De la «vanidosa sacralización de la propia cultura» a la catolicidad inculturada

Uno de los rasgos que distinguen la teología argentina del pueblo es su interés en la cultura y la inculturación de la fe. El único pueblo de Dios «se encarna en los pueblos de la tierra» (115). El papa se inspira –sin citarlo explícitamente– en un texto de la constitución conciliar sobre la Iglesia: «el único Pueblo de Dios está presente en todas las razas de la tierra, pues de todas ellas reúne sus ciudadanos, y éstos lo son de un reino no terrestre, sino celestial»¹⁷⁸. De entre los elementos de la teología del pueblo, el papa Francisco opta por la cultura como aquello que define al pueblo como tal¹⁷⁹. Para Francisco, no existe una única cultura cristiana, ni los evangelizadores pueden caer en la «vanidosa sacralización de la propia cultura». No hay pueblo o cultura que sea capaz de reunir por sí sólo todos los matices y potencialidades del evangelio¹⁸⁰. Por la acción del Espíritu Santo, cada cultura saca lo mejor de sí misma al contacto con el Evangelio y, a la vez, se descubren aspectos nuevos del mensaje cristiano que hacen brillar la Iglesia en tonalidades variadas, «como una novia que se adorna con sus joyas» (Is 61,10)¹⁸¹.

Hay un solo pueblo de Dios, que ha de encarnarse en cada uno de los pueblos de la tierra, un pueblo compuesto por gentes de todos los pueblos, según la bella fórmula de Hch 15,14: «*ex ethnon laòn*»¹⁸². Francisco describe la Iglesia como un «pueblo con muchos rostros»¹⁸³, que son cada una de las culturas y pueblos en que el evangelio ha echado raíces produciendo frutos nuevos¹⁸⁴. Es de notar, una vez más, la preferencia de

¹⁷¹ III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, Documento de Puebla (23 marzo 1979), 386.

¹⁷² Cf. J.C. SCANNONE, «Perspectivas eclesiológicas de la “teología del pueblo” en la Argentina», 690-692.

¹⁷³ Cf. EG104.

¹⁷⁴ Cf. EG102.

¹⁷⁵ Cf. EG112-114.

¹⁷⁶ Cf. EG120, 127.

¹⁷⁷ Cf. EG268-274.

¹⁷⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 13b.

¹⁷⁹ Cf. EG 115, nota 84 citando la III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, Documento de Puebla (23 marzo 1979), 386-387.

¹⁸⁰ Cf. EG116-118.

¹⁸¹ Cf. EG117. La cita de Is 61,10 en EG116. Cf. también EG68 y 122.

¹⁸² De ello se ha ocupado el representante más joven de esta «teología del pueblo», cf. C.M. GALLI, *El pueblo de Dios en los pueblos del mundo. Catolicidad, encarnación e intercambio en la eclesiología actual*, Buenos Aires, 1994.

¹⁸³ Cf. EG115-118.

¹⁸⁴ Cf. EG116, citando Juan Pablo II, Carta *Novo millennio ineunte*, 40.

Bergoglio por el «rostro» para describir a la Iglesia como un ser personal. Francisco ahonda en la riqueza de esta visión de las culturas como «rostros» de la Iglesia: «en las manifestaciones cristianas de un pueblo evangelizado, el Espíritu Santo embellece a la Iglesia, mostrándole nuevos aspectos de la Revelación y regalándole un nuevo rostro» (116). Cada «nuevo rostro» de la Iglesia descubre aspectos nuevos de la revelación. Cuando una cultura acoge el evangelio, «*al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes*» (122). Esas «nuevas expresiones» van manifestando dimensiones del evangelio que hasta entonces habían pasado inadvertidas, que permanecían latentes hasta que el encuentro con una determinada cultura las hizo aflorar a la superficie. Puede aplicarse a las culturas lo que Francisco afirma de los individuos: «cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios» (272). Cada cultura que recibe el Evangelio, saca a la luz un aspecto nuevo y hasta entonces desconocido de éste. Un nuevo rostro para la Iglesia. Cada uno de estos nuevos rostros enriquece a la Iglesia entera, y va ampliando sus fronteras. En realidad, no hay otra frontera que la humanidad entera. Jesús ha prometido a su Iglesia que estará con ella todos los días, a fin de que todos los pueblos se hagan discípulos suyos por el bautismo (cf. *Mt 28,18-20*). La Iglesia es misionera por naturaleza, de modo que su tarea de anunciar no acaba hasta que la totalidad encargada por Jesús no sea sólo una utopía. El papa lo señala con fuerza: «el Evangelio tiene un criterio de totalidad que le es inherente: no termina de ser Buena Noticia hasta que no es anunciado a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre, y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino» (237).

La evangelización es una tarea siempre inconclusa, aunque la tarea de la Iglesia no parte de cero. Hay un largo camino que ya se ha recorrido, como Francisco reconoce las culturas que recibieron el evangelio hace siglos. Estas sociedades de tradición cristiana son más que una suma de individuos creyentes. En ellas, el evangelio ha dado lugar a una cultura específicamente cristiana, «marcada por la fe», con «modos propios de expresión y de pertenencia a la Iglesia». Estas culturas cristianas no se expresan sólo en el interior de la vida de la Iglesia: también contienen «valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente». Más allá de lo individual, las culturas evangelizadas revelan «una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida» (68). La Escritura enseña a hacer memoria de la fe de los antepasados¹⁸⁵, que pueden leerse como una invitación a cada pueblo a recordar a los santos que sembraron el evangelio en el corazón de su cultura¹⁸⁶.

La religiosidad popular es la mejor expresión de una fe inculturada. En ella el evangelio se transmite encarnado e injertado en el seno de una cultura: «la mística popular acoge a su modo el Evangelio entero, y lo encarna en expresiones de oración, de fraternidad, de justicia, de lucha y de fiesta» (237). Estas expresiones tienen una capacidad evangelizadora de la que carece el encuentro de persona a persona. Francisco no rechaza ni critica las manifestaciones de la religiosidad popular; muy al contrario, presenta estas formas inculturadas como un «lugar teológico» que hay que saber leer e interpretar, y que puede iluminar a la Iglesia para encontrar caminos de nueva evangelización¹⁸⁷.

2.4. Del centralismo a la descentralización

El cuarto éxodo de la Iglesia ha de sacarla de una administración centralizada, más propia de una empresa multinacional. Francisco reconoce que esto depende, en gran

¹⁸⁵ Cf. *EG* 13, con citas de *Hb* 13,7 y *2Tm* 1,5.

¹⁸⁶ Cf. *EG* 233.

¹⁸⁷ Cf. *EG* 90, 126 y 129.

medida, de él mismo: si el obispo de Roma hace escuchar su voz en cada aspecto de la vida cristiana, acaba por no dejar espacio al desarrollo de las Iglesias locales. «Tampoco creo que deba esperarse del magisterio papal una palabra definitiva o completa sobre todas las cuestiones que afectan a la Iglesia y al mundo. No es conveniente que el Papa reemplace a los episcopados locales en el discernimiento de todas las problemáticas que se plantean en sus territorios. En este sentido, percibo la necesidad de avanzar en una saludable «descentralización» (16).

Esta descentralización ha de concretarse en los distintos niveles de la Iglesia: la parroquia, las nuevas realidades eclesiales, la diócesis y el papado.

La parroquia es, por sí misma, una estructura descentralizada. Lleva la Iglesia allí donde los hombres y mujeres hacen su vida, según la definición que daba de ella Juan Pablo II: «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas»¹⁸⁸. La parroquia se mantendrá como institución válida mientras permanezca fiel a esta identidad de «presencia eclesial en el territorio» y no se convierta en «en una prolija estructura separada de la gente». Por eso, no encontramos una llamada de Francisco a que la parroquia se descentre de sí misma. Su propia naturaleza la pone al servicio de la evangelización, siendo «comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero»¹⁸⁹.

Otras realidades eclesiales («*comunidades de base y pequeñas comunidades, movimientos y otras formas de asociación*») se valoran de forma muy positiva, porque manifiestan la «*riqueza de la Iglesia*». El papa les cursa una cordial invitación a no perder el contacto con la parroquia y las preocupaciones de la Iglesia particular. Esta vinculación les garantiza una sana eclesialidad, y evita que se queden «sólo con una parte del Evangelio y de la Iglesia»¹⁹⁰. En otro lugar el papa se lamenta de quienes «más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial» (98) y recuerda que «los carismas no son un patrimonio cerrado, sino dones para edificar la Iglesia» (130). Por los términos empleados puede comprenderse que estas comunidades y movimientos son a la Iglesia universal lo que la parte y el todo. Uno de los principios enunciados por Francisco nos recuerda que el todo es superior a la parte¹⁹¹. A fin de mantener su identidad eclesial y no quedarse sólo con una parte del evangelio, los movimientos y comunidades han de estar abiertos a la parroquia y, especialmente, a la iglesia particular, donde se realiza la Iglesia universal. Estos principios teóricos pueden entenderse mejor a la luz de la reciente alocución que Francisco dirigió a los misioneros del Camino Neocatecumenal. El papa les invitaba a «conservar la comunión en el seno de las Iglesias particulares donde irán a trabajar», e incluso (si es necesario) a «renunciar a vivir en todos los detalles lo que vuestro itinerario exigiría a fin de garantizar la unidad entre los hermanos que forman la única comunidad eclesial, de la que siempre tenéis que sentir parte»¹⁹².

La Iglesia diocesana es, como la parroquia, una institución de cercanía: su identidad teológica profunda, como Francisco recuerda, es hacer presente la única Iglesia de Cristo¹⁹³. También ella está llamada a la conversión misionera: en el propio territorio de la diócesis existen periferias que reclaman especial atención de la comunidad eclesial. Esta llamada a que las iglesias particulares se descentren se observa con claridad en la persona del obispo. Francisco señala que el pastor ha de adoptar posiciones diversas en relación a su rebaño, en función de las necesidades del mismo: a veces irá delante para indicar el camino; otras estará en medio, a fin de hacerse cercano; y por fin, en otras

¹⁸⁸ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, 26, citado en EG 28.

¹⁸⁹ EG 28.

¹⁹⁰ EG 29.

¹⁹¹ Cf. EG 234-237.

¹⁹² FRANCISCO, *Discurso a los representantes del Camino Neocatecumenal* (1 de febrero de 2014).

¹⁹³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus* 11, citado en EG 30.

ocasiones, irá tras el rebaño para buscar las ovejas perdidas, o para dejar que ellas busquen su propio camino¹⁹⁴.

Por último, el papa se aplica su propia llamada a la descentralización: «dado que estoy llamado a vivir lo que pido a los demás, también debo pensar en una conversión del papado» (31). Son varios los lugares de la exhortación en que Francisco manifiesta su voluntad de ponerse detrás del rebaño, para no imponer sus soluciones y propuestas¹⁹⁵. El papa renueva la invitación de Juan Pablo II a repensar la figura del sucesor de Pedro¹⁹⁶, y considera necesario explicitar un «estatuto de las Conferencias episcopales que las conciba como sujetos de atribuciones concretas, incluyendo también alguna auténtica autoridad doctrinal»¹⁹⁷. En esta línea, Francisco valora muy positivamente la experiencia ortodoxa de colegialidad episcopal y sinodalidad, de la que la Iglesia católica tiene mucho que aprender¹⁹⁸. Más allá de las propuestas e invitaciones teóricas, el respeto de Francisco por la vida de las iglesias locales y por las conferencias de obispos se aprecia muy bien en su continuo recurso a los documentos emanados de estos organismos¹⁹⁹ y a las exhortaciones dirigidas a los Sínodos de Obispos de los cinco continentes²⁰⁰. Estas citas muestran bien el esfuerzo del papa latinoamericano por abrirse a las sensibilidades y la vida de la Iglesia universal. Como afirma Víctor Manuel Fernández, «el papa está pensando con toda la Iglesia universal, escuchando a todos, intentando expresar las angustias, las esperanzas y las riquezas de todos»²⁰¹.

La llamada a la descentralización no es sólo una propuesta organizativa. La conexión entre los misterios de la Trinidad y de la Iglesia que hemos señalado ya impide hablar de la comunidad cristiana como una realidad «monocorde y monocultural» (117). El Dios único que existe en comunión de personas inspira a la Iglesia a organizarse en la unidad sin disolver la diversidad que el Espíritu le inspira²⁰².

2.5. Del centro a las periferias

Una Iglesia que supera la autorreferencialidad al descubrir su centro en Jesucristo no puede pretender ocupar el centro de la sociedad. «No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos» (49). Explicando el cuarto de sus principios (el todo es superior a la parte), Francisco señala que para la Iglesia «el modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias

¹⁹⁴ Cf. EG 31.

¹⁹⁵ Cf. EG 16, 51, 184, 260. Puede leerse el comentario de V.M. FERNÁNDEZ-P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, 118-119.

¹⁹⁶ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Ut unum sint*, 95, citado en EG 32.

¹⁹⁷ Francisco cita aquí el motu proprio *Apostolos suos* de Juan Pablo II, haciendo una interesante lectura. Aunque el papa argentino lo trae a colación para reconocer a las Conferencias episcopales «alguna auténtica autoridad doctrinal», aquel documento trataba de limitar sus competencias de enseñanza. Las palabras de Francisco permiten esperar una nueva clarificación al respecto. Sobre el debate que generó *Apostolos suos*, cf. S. PIÉ I NINOT, *Eclesiología*, 409-413.

¹⁹⁸ Cf. EG 246.

¹⁹⁹ Se citan documentos de las Conferencias episcopales de Estados Unidos (65, 220), Francia (66, 205), Brasil (191), Filipinas (215), Congo (230) e India (250). A estas habría que añadir las numerosas citas a las Conferencias del CELAM: Puebla y Aparecida.

²⁰⁰ Indicamos los párrafos de EG en que se ofrecen citas de los respectivos *Ecclesia in...*: África (62, 116), América (182), Asia (62, 110, 118, 122, 171), Medio Oriente (255) y Oceanía (27, 116, 118). No encontramos citas de *Ecclesia in Europa*, aunque sí del mensaje final de aquel Sínodo, cf. EG 275, nota 211.

²⁰¹ Cf. V.M. FERNÁNDEZ-P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, 37.

²⁰² No podemos extendernos más en este punto. Como propuesta ejemplar de eclesiología trinitaria, hay que citar a B. FORTE, *La Iglesia de la Trinidad. Ensayo sobre el misterio de la Iglesia comunión y misión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996. Meritorio es también el ensayo de M. SEMERARO, *Misterio, comunión y misión. Manual de eclesiología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2004. Mucho más modesta es mi contribución, publicada en esta misma revista: cf. D. GARCÍA GUILLÉN, «La Iglesia de la Trinidad. Una panorámica histórica», *Facies Domini* 3 (2011), 15-110.

entre unos y otros» (236). Creerse el centro proporciona la ilusión de la equidistancia, de tener una visión adecuada de todos los puntos de vista sin comprometerse realmente con ninguno. Pero a la comunidad cristiana no le sirve este modelo. Puede aplicarse a toda la Iglesia una palabra del papa a los religiosos: «No sirve estar en el centro de una esfera. Para entender, nos debemos “descolocar”, ver la realidad desde más puntos de vista diferentes»²⁰³.

Abandonando el centro, Francisco invita a la Iglesia a habitar las periferias, no sólo las geográficas sino también (y sobre todo) las que llama «periferias existenciales». La expresión puede encontrarse en el documento de Aparecida, en el que Francisco tuvo un lugar tan destacado²⁰⁴; también parece que la pronunció en su alocución a los cardenales durante las sesiones previas al cónclave²⁰⁵. Una vez elegido papa, volvemos a encontrarla en la primera catequesis que pronuncia, y en su primera vigilia de Pentecostés²⁰⁶. La expresión aparece varias veces en *Evangelii Gaudium*, cuando se indica que salir a las periferias que necesitan la luz del Evangelio forma parte de la vocación común de todos los cristianos²⁰⁷, o cuando se indica entre las tareas propias del obispo el mantenerse en «salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales» (30).

La presencia de la «periferia» en el pontificado de Francisco no es sólo teórica. Francisco se siente un hombre de la periferia del mundo que ha sido llamado a ocupar el centro. Lo expresaba en las primeras palabras que pronunció, al asomarse a la loggia de las bendiciones de San Pedro: los cardenales habían buscado al obispo de Roma «en el fin del mundo»²⁰⁸. El mismo mensaje transmitió su visita a la isla de Lampedusa, una de las periferias geográficas y existenciales de Europa²⁰⁹. Y por fin, fue mucho más explícito y espontáneo en su visita la parroquia de los santos Isabel y Zacarías. El párroco lo saludó recordando que se encontraban en la periferia romana, a lo que Francisco respondió que «periferia tiene un sentido negativo, pero también positivo. ¿Sabes por qué? Porque la realidad en conjunto se entiende mejor no desde el centro, sino desde las periferias. Se comprende mejor»²¹⁰.

Francisco ha introducido este concepto teológico de «periferia», que apunta perspectivas muy prometedoras. El mismo papa recuerda que María era una «humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio» (197). La Escritura ofrece textos muy sugerentes para una teología de la periferia, como el final de la carta a los Hebreos, donde el autor se fija en que Jesús murió fuera de las murallas de Jerusalén para santificar a los que estaban fuera (cf. *Hb* 13,10-14). Ojalá surjan nuevas aportaciones a esta teología de la periferia.

²⁰³ Se trata del diálogo del papa con la Unión de Superiores religiosos, celebrado el 29 de noviembre de 2013. El texto está tomado del resumen escrito por el padre Antonio Spadaro y publicado en la revista *La Civiltà Cattolica*, con el título «Despierten al mundo. Diálogo del papa sobre la vida religiosa». Puede encontrarse en el sitio web de la revista: <http://www.laciviltacattolica.it>.

²⁰⁴ «La Iglesia ha hecho una opción por la vida. Esta nos proyecta necesariamente hacia las periferias más hondas de la existencia: el nacer y el morir, el niño y el anciano, el sano y el enfermo» (*DA* 417).

²⁰⁵ De acuerdo con el manuscrito que Bergoglio entregó al cardenal Ortega: «la Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria».

²⁰⁶ Cf. FRANCISCO, *Audiencia* (27 de Marzo del 2013); IDEM, *Vigilia de Pentecostés con los movimientos eclesiales* (18 de mayo de 2013).

²⁰⁷ Cf. *EG* 20, 46.

²⁰⁸ Puede verse el excelente comentario de Lorenzo TRUJILLO DÍAZ en su artículo «Las tres palabras del papa Francisco» en <http://formacioncristiana.org/> [acceso: 24/03/2013].

²⁰⁹ Cf. V.M. FERNÁNDEZ-P. RODARI, *La Iglesia del papa Francisco*, 160.

²¹⁰ FRANCISCO, *Visita a la parroquia romana de santa Isabel y san Zacarías* (26 de mayo de 2013).

2.6. De la preocupación por sí misma a la cuestión social

Al no reclamar atención para sí misma, la Iglesia en salida otorga un lugar central a la cuestión social. A ello dedica el papa el capítulo cuarto de la exhortación²¹¹, que comienza recordando que el Evangelio no es una propuesta de relación personal con Dios. Su centro es «el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo» (180). Nuestra fe en un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos recuerda también que fuimos hechos a imagen de la comunión divina «por lo cual no podemos realizarnos ni salvarnos solos» (178). De ahí que el primer efecto que se produce en quien acepta la Buena noticia es la salida de sí mismo: «desear, buscar y cuidar el bien de los demás» (*Ibidem*). La auténtica fe «siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo» (183)

Si esto se dice de cada individuo, con más razón aún de la comunidad cristiana. A la Iglesia le importan «todos los hombres y todo el hombre», según la fórmula de Pablo VI que Francisco lee desde el documento de Aparecida: «todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de convivencia y todos los pueblos»²¹². Esta preocupación integral por el hombre explica que la Iglesia entre en la cuestión social y saque consecuencias prácticas y concretas para las distintas situaciones actuales²¹³. La fe también construye una ciudad, como señalaba Francisco en su primera encíclica²¹⁴.

Algunos tratan de acallar la voz de la Iglesia respecto a temas sociales e intentan confinarla al ámbito privado²¹⁵. Como respuesta, Francisco recuerda que los grandes santos de la caridad (como Francisco de Asís o Teresa de Calcuta) no han hecho otra cosa que tratar de cambiar el mundo desde su fe²¹⁶. Junto a los que tratan de silenciar la voz social de la Iglesia, es posible encontrar a quienes aceptan algunos aspectos de su enseñanza, pero tratan de limitar que se exprese sobre otros. Francisco reconoce que a los cristianos «nos cuesta mostrar que cuando planteamos otras cuestiones (...) lo hacemos por fidelidad a las mismas convicciones» (65). La doctrina social de la Iglesia no hace sino pronunciar en voz alta su amor por todo el hombre y todos los hombres.

2.7. Una Iglesia pobre y para los pobres

Hasta aquí hemos formulado las «salidas» de la Iglesia indicando el punto de salida (o situación a superar) y la dirección o meta que propone Francisco. El último éxodo es diferente. Francisco dirige su llamada a toda la Iglesia, a cada comunidad eclesial y a cada cristiano, sin importar su situación socioeconómica, cultural, geográfica o histórica. «Quiero una Iglesia pobre y para los pobres» (198). No hay frase que explique mejor la vocación pontificia (si se puede llamar así) del papa Francisco. El mismo contaba a los periodistas que, cuando los votos de los cardenales comenzaban a decantarse hacia él, el cardenal franciscano Claudio Hummes le recordó: «No te olvides de los pobres». Fue precisamente entonces cuando decidió aceptar la elección. Jorge Mario Bergoglio tomó decidió tomar el nombre de Francisco, recordando al *poverello* de Asís. En aquel discurso a los periodistas pronunció Francisco esta misma frase: «¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!»²¹⁷.

²¹¹ Cf. EG177-258. Nos remitimos al estudio del profesor Miguel Riquelme.

²¹² EG181 citando respectivamente PABLO VI, Encíclica *Populorum Progressio*, 14 y DA 380.

²¹³ Cf. EG182.

²¹⁴ Cf. FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei* 50-57: «Dios prepara una ciudad para ellos (cf. Heb 11,16)». Este capítulo de *Lumen Fidei* proporciona una fundamentación teológica a lo que se dice en *Evangelii Gaudium* sobre las «culturas urbanas» (EG71-75).

²¹⁵ Cf. EG 64, 183, 203b, 255, 256.

²¹⁶ Cf. EG183.

²¹⁷ FRANCISCO, *Encuentro con los representantes de los medios de comunicación* (16 de marzo de 2013).

Francisco entiende «pobre» en sentido fuerte: «esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que “no tienen con qué recompensarte”» (48). Hasta cuatro veces recuerda que la opción preferencial por los pobres no debe tratar de interpretarse, suavizarse o explicarse²¹⁸. Se trata de una llamada sencilla y universal: todos los cristianos y no sólo unos pocos, han de poner a los pobres en el centro de su vida²¹⁹.

La «opción» por los pobres no es –si se permite el juego de palabras– algo opcional. Se encuentra en el corazón del evangelio hasta el punto de que «todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres» (197). Nuestro encuentro con Dios pasa por aquellos a quienes Él ama especialmente y, por vía negativa, recuerda que «hacer oídos sordos a este clamor [de los pobres] [...] nos sitúa fuera de la voluntad del Padre [...] y la falta de solidaridad en sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios» (187). Parecen resonar aquí las palabras del profeta Isaías: cuando partas tu pan con el hambriento... entonces invocarás al Señor y Él te responderá (cf. *Is* 58,6-9). También se nos recuerda varias veces la relación entre el enfriamiento y el olvido de los pobres: quien se desentiende de los pobres, está olvidando a Dios²²⁰.

Los pobres se convierten en criterio de veracidad del evangelio. Francisco trae a colación la subida de Pablo a Jerusalén para certificar la calidad de su evangelio («para ver si corría o había corrido en vano»: *Ga* 2,2). Los apóstoles tan sólo le dan un criterio de autenticidad para su doctrina: «que no se olvidara de los pobres (cf. *Ga* 2,10)». La advertencia vale también para hoy, en un contexto que Francisco denomina «nuevo paganismo individualista» (195). Cuando una comunidad cristiana o un creyente se olvidan de los pobres, entran en serio riesgo de caer en la mundanidad espiritual y el aislamiento²²¹. Por este camino, el evangelio va perdiendo fuerza y credibilidad, hasta el punto de que si olvida a los pobres «corre el riesgo de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día»²²².

La verdad es una de las propiedades trascendentales del ser, junto con la bondad y la belleza²²³. Para Francisco, el pobre no sólo es criterio de verdad del evangelio; también muestra su belleza y su bondad. Hay que «valorar al pobre en su bondad propia [...] El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia» (199). Poco antes, había presentado a los pobres como un signo de la belleza del Evangelio, el único signo imprescindible de esta belleza y que ha de mostrarse siempre: «la belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» (195).

La insistencia de Francisco en poner a los pobres en el centro de la vida de la Iglesia no tiene mucho que ver con otras propuestas teológicas, especialmente con la de algunas teologías de la liberación, que hacen al pobre protagonista de la vida de la Iglesia, pero lo aíslan del pueblo. Sólo es pobre quien tiene conciencia explícita de serlo. Desde este concepto restringido, la expresión «Iglesia de los pobres» convierte la comunidad cristiana en minoría selecta y elitista. En cambio, la teología argentina del pueblo concede un lugar privilegiado al pobre, pero lo sitúa *dentro del* pueblo y no fuera de él²²⁴. Al pobre se le ama por sí mismo, por aquello que es y no por una imagen que se

²¹⁸ Cf. *EG* 48, 194, 201, 271.

²¹⁹ Cf. *EG* 191, 201.

²²⁰ «Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses [...] ya no se escucha la voz de Dios» (*EG* 2) «Actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran» (*EG* 80).

²²¹ «Cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos» (*EG* 207).

²²² JUAN PABLO II, Carta *Novo millennio ineunte*, 50, citado en *EG* 199.

²²³ Cf. *EG* 167 y 257 donde los cita en el mismo orden: verdad, bondad y belleza.

²²⁴ Scannone señala la «participación» de todos (laicos, mujeres, pobres) en el pueblo de Dios como rasgo

proyecta de él. «Esto diferencia la auténtica opción por los pobres de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos» (199).

Francisco habla también de «liberación» y «promoción» del pobre²²⁵, pero ésta ha de ser integral, «sin exceptuar bien alguno»²²⁶. En una sociedad como la nuestra, que ha reducido «al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo» (55), resulta fácil pensar que los pobres sólo necesitan ayuda económica y material. Francisco, que como obispo de Buenos Aires ha podido conocer de primera mano las pobrezas extremas, señala que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual²²⁷. Y la peor pobreza es no conocer a Jesucristo. Bergoglio piensa así desde sus primeros años de vida religiosa, como indica una carta que envió a su hermana desde Chile, donde se encontraba realizando sus primeros estudios como jesuita²²⁸.

Francisco recuerda que «la inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe», que ha de traducirse en una «atención religiosa privilegiada y prioritaria» (200). Esta especial sensibilidad de los pobres para el evangelio me hace pensar en aquel pasaje evangélico en que el Bautista envió unos discípulos a averiguar quién era Jesús. Éste responde: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos reciben la vista y los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres se les anuncia el evangelio» (Mt 11,4-5). José María Cabodevilla señala la sabiduría escondida en este pasaje evangélico: «La proporcionalidad es perfecta: el término correlativo de ceguera es visión, y el de parálisis es movimiento, y el de enfermedad curación, y el de muerte vida, y el de pobreza... ¿Será una errata? Porque debería decir, sin duda: los pobres son enriquecidos. Pero no, los pobres son nada más evangelizados. Lo cual equivale a decir: los pobres son nada menos que evangelizados. El Evangelio o buena nueva, la buena noticia de la salvación, ¿no significa la máxima riqueza, la mayor fortuna?»²²⁹.

La propuesta de Francisco no puede reducirse a una mayor atención a los pobres, ni tampoco a un mayor «gasto social». Se trata de una llamada a la conversión: cada cristiano y la Iglesia entera han de poner a los pobres en el centro, tenerlos como amigos suyos, considerándolos como los verdaderos protagonistas de la historia de la salvación. Una Iglesia pobre y para los pobres, capaz de escuchar «la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (198).

3. Éxodo, conversión y proceso

Hemos tratado de comprender la propuesta de Francisco para la Iglesia de nuestro tiempo. No pretendíamos resumir la exhortación *Evangelii Gaudium*, sino más bien encontrar una «calle mayor» que nos proporcionara una visión unitaria del documento.

característico de la teología argentina, y precisa que «con respecto a dicha participación, la comprensión argentina de “pueblo” no lo distingue a éste de la “masa” por un determinado modo (reflexivo) de conciencia o de organización (institucional), confundiendo iluminísticamente la autoconciencia real con la explícitamente refleja» J.C. SCANNONE, «Perspectivas eclesiológicas de la “teología del pueblo” en la Argentina», 695. Scannone diferencia esta postura argentina de la teología de Leonardo Boff.

²²⁵ Cf. EG187, 199.

²²⁶ JUAN XXIII, Carta encíclica *Mater et Magistra* 3, citado en EG192.

²²⁷ Cf. EG200.

²²⁸ «Yo doy clases de religión en una escuela a tercero y cuarto grado. Los chicos y las chicas son muy pobres; algunos hasta vienen descalzos al colegio. Muchas veces no tienen nada que comer, y en invierno sienten el frío en toda su crudeza [...] Y lo peor de todo es que no conocen a Jesús. No lo conocen porque no hay quien se lo enseñe» J.M. BERGOGLIO, *Carta a su hermana* (5 de mayo de 1960), citado en M. LÓPEZ-CAMBRONERO-F. MERINO, *Francisco. El papa manso*, Planeta, Barcelona 2013, 47.

²²⁹ J.M. CABODEVILLA, *Discurso del Padrenuestro*, Bac, Madrid 1971, 379.

Este concepto clave lo hemos hallado en la invitación a la «salida» que Francisco aplica tanto a cada cristiano como a la Iglesia entera.

Aunque su doctrina no es completamente nueva, Francisco propone un importante cambio de acento en la vida de la Iglesia. Se trata de una llamada a la «conversión pastoral», que la Iglesia ha de acoger con atención sin desvirtuar las profundas intuiciones de Francisco²³⁰. El papa propone con humildad, sin pretensión de imponerse. Pero no deja de expresar su temor a que muchos tomen sus palabras como objeto de comentario e interpretación, en lugar de recibirlas como aquello que quieren ser: una llamada a la conversión profunda de toda la Iglesia²³¹. Ningún otro reclamo debería distraer a la Iglesia de secundar esta invitación, mucho menos el fácil recurso al «siempre se ha hecho así»²³².

La conversión se inicia como respuesta a una llamada. Pero ésta nunca se responde de una vez, porque tanto el hombre como la Iglesia están siempre en camino. Aunque digan «sí», necesitan renovar su opción cada día y aceptar que la historia tiene sus ritmos. A veces se avanza con velocidad, como en una pista de hielo; en otras se camina penosamente, como en una selva tupida; en ocasiones caminamos en círculos y nos llega a parecer que retrocedemos. El evangelizador tiene que escuchar la llamada a la conversión y aceptarla sin olvidar que convertirse implica siempre un proceso. Muchos se desaniman precisamente por olvidar que sólo se avanza cuando se camina paso a paso, cuando se aceptan los ritmos de los procesos contando con la propia debilidad y la de los demás, pero también con la fidelidad de Dios²³³. El primero de los cuatro principios de Francisco señala que hay que otorgar prioridad al tiempo sobre el espacio, es decir «ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios» (223). Esta última expresión recuerda a la crítica del papa a quienes tratan de «dominar el espacio de la Iglesia» sin preocuparse de que «el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia» (95). Sólo una conversión que acepte el ritmo de los procesos, que comprenda que la palabra necesita su tiempo de maduración, podrá favorecer un cambio duradero en la Iglesia.

La imagen del éxodo contiene esta idea de proceso. Tras su compleja salida de Egipto, el pueblo de Israel aún tiene que caminar cuarenta años por el desierto. Allí vendrán la nostalgia de las ollas del opresor, la infidelidad y las dudas del pueblo, incluso la adoración del becerro de oro. Pero también llega la alianza, el don del maná y las codornices. Entre el pecado y la gracia, las tribus van convirtiéndose en un solo pueblo: el pueblo de Dios. Por su parte, Dios se convierte en el Dios del pueblo, que vive en medio de ellos y camina con ellos. El libro del Éxodo cuenta que «el que deseaba visitar al Señor, salía fuera del campamento y se dirigía a la tienda del encuentro» (*Ex* 33,7). El Señor se encuentra tan cómodo en la tienda que, cuando David pretende construirle un templo, replicará por medio del profeta: «desde el día en que hice subir de Egipto a los hijos de Israel hasta hoy, no he habitado en casa alguna, sino que he estado peregrinando de acá para allá, bajo una tienda como morada» (*2Sm* 7,6).

Desde estas imágenes del éxodo y del Dios peregrino que habita en la tienda del encuentro, podemos comprender mejor la original definición que ofrece Francisco de la Iglesia: un hospital de campaña después de una batalla²³⁴. El nombre de «hospital» no ha de llamarnos a engaño: se trata de una tienda de lona, con la estructura y equipamiento mínimos que le facilitan ofrecer los cuidados más urgentes en primera línea de combate. Pero una vez estabilizados los pacientes, se hace necesario derivarlos a los hospitales convencionales, para que puedan seguir fortaleciendo su salud y

²³⁰ Cf. *EG* 25-33.

²³¹ «Temo que también estas palabras sólo sean objeto de algunos comentarios sin una verdadera incidencia práctica. No obstante, confío en la apertura y las buenas disposiciones de los cristianos, y os pido que busquéis comunitariamente nuevos caminos para acoger esta renovada propuesta» (*EG* 201).

²³² Cf. *EG* 33.

²³³ Cf. *EG* 82, 129.

²³⁴ Cf. A. SPADARO, «Papa Francisco: “Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos”», 261.

recuperándose. Aplicando la analogía a la comunidad cristiana, creo que Francisco no está invitando a la Iglesia a que renuncie a su estructura. Se trata más bien de otorgar a ésta el dinamismo misionero que requieren los tiempos. Se trata de concentrarse siempre en lo fundamental: el anuncio explícito de Jesucristo y la curación de las heridas del corazón. Por eso afirma Francisco que «primer anuncio» significa «anuncio fundamental», que se repite siempre de diversas maneras²³⁵. Todo lo demás, aún siendo importante, puede esperar.

Con esto, se entiende aún mejor la definición de «parroquia» que Francisco toma de Juan Pablo II: «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas»²³⁶. Una Iglesia «en salida» habrá de ser una iglesia más «parroquial» en dos sentidos. En primer lugar, porque la Iglesia universal se realiza en un lugar determinado, en una iglesia particular o diócesis. Esta cercanía se aprecia también en la comunidad parroquial, que hace presente a la Iglesia allí donde cada hombre y mujer desarrolla su vida día a día. En segundo lugar, la Iglesia tiene una vocación «parroquial» en el sentido etimológico de la palabra griega «*paroikía*», que designa la morada provisional de quienes son peregrinos y están de paso. Así aparece en los escritos más recientes del Nuevo Testamento y las cartas de los Padres apostólicos²³⁷. Aunque la Iglesia se realiza en un lugar, una cultura y un tiempo, es necesario advertir que los habita como peregrina (*paroikousa*) y no puede detener su marcha ni identificarse con sus circunstancias. Ha de estar siempre en salida.

La imagen del éxodo bíblico nos invita, por último, a la paciencia. Los cambios no se realizan en un solo día. Lo importante es iniciarlos, caminando en la dirección adecuada. «La evangelización» –dice Francisco– «requiere tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo» (225). Moisés murió sin alcanzar la tierra prometida. Juan XXIII, el iniciador del Concilio Vaticano II, pudo disfrutar tan sólo de su primera sesión. Con las propuestas de papa Francisco se inicia un proceso que tardará años en dar frutos maduros. Pero la llamada conserva su urgencia, como se aprecia bien en uno de los últimos textos que Bergoglio redactó siendo arzobispo de Buenos Aires. Sus palabras nos sirven de conclusión: «Los tiempos nos urgen. No tenemos derecho a quedarnos acariciándonos el alma. A quedarnos encerrados en nuestra cosita... chiquitita. No tenemos derecho a estar tranquilos y a querernos a nosotros mismos [...] Tenemos que salir a hablarle a esta gente de la ciudad a quien vimos en los balcones. Tenemos que salir de nuestra cáscara y decirles que Jesús vive, y que Jesús vive para él, para ella, y decírselo con alegría [...] aunque uno a veces parezca un poco loco [...] ¿Y nosotros nos vamos a quedar en casa? ¿Nos vamos a quedar en la parroquia, encerrados? ¿Nos vamos a quedar en el chimenterío parroquial, o del colegio, en las internas eclesiales? ¡Cuando toda esta gente nos está esperando! ¡La gente de nuestra ciudad!»²³⁸.

²³⁵ Cf. EG164.

²³⁶ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, 26, citado en EG28.

²³⁷ Cf. *Hb* 11,13; *1Pe* 1,17 y 2,11; CLEMENTE ROMANO, *Corintios* inscr (FP4,68); *Secunda Clementis* V,1 (FP4,182); POLICARPO DE ESMIRNA, *Filipenses* inscr (FP1,212); *Martirio de San Policarpo* inscr (FP1,248); HERMAS, *El Pastor*, *Comparación* I,1 (FP 6,176); *A Diogneto* 5,5 (BAC 65,850). Tomo las referencias de J. J. Ayán (FP4,69, nota 1).

²³⁸ J.M. BERGOGLIO, *Carta pastoral con ocasión de la Semana Santa* (25 de febrero de 2013).

La longevidad: símbolo y oportunidad²³⁹

Papa Francisco

En el pasaje bíblico de las genealogías de los antepasados sorprende enseguida su enorme longevidad: ¿se habla de siglos! ¿Cuándo empieza, aquí, la vejez? Uno se pregunta. ¿Y qué significa el hecho de que estos antiguos padres vivan tanto después de haber generado a los hijos? ¿Padres e hijos viven juntos, durante siglos! Esta cadencia secular de la época, narrada con estilo ritual, otorga a la relación entre longevidad y genealogía un significado simbólico fuerte, muy fuerte.

Es como si la transmisión de la vida humana, tan nueva en el universo creado, pidiera un lenta y prolongada iniciación. Todo es nuevo, en los inicios de la historia de una criatura que es espíritu y vida, conciencia y libertad, sensibilidad y responsabilidad. La nueva vida —la vida humana—, inmersa en la tensión entre sus orígenes “a imagen y semejanza” de Dios y la fragilidad de su condición mortal, representa una novedad completamente por descubrir. Y pide un largo tiempo de iniciación, en el que es indispensable el apoyo recíproco entre las generaciones, para descifrar las experiencias y confrontarse con los enigmas de la vida. En este largo tiempo, lentamente, es cultivada también la calidad espiritual del hombre.

En un cierto sentido, todo paso de época, en la historia humana, nos propone de nuevo esta sensación: es como si tuviéramos que retomar nuestras preguntas sobre el sentido de la vida desde el inicio y con calma, cuando aparece el escenario de la condición humana lleno de preguntas nuevas e interrogantes inéditos. Ciertamente, la acumulación de la memoria cultural aumenta la familiaridad necesaria para afrontar los pasajes inéditos. Los tiempos de la transmisión se reducen; pero los tiempos de la asimilación piden siempre paciencia. El exceso de velocidad, que ya obsesiona todos los pasajes de nuestra vida, hace cada experiencia más superficial y menos “nutriente”. Los jóvenes son víctimas inconscientes de esta escisión entre el tiempo del reloj, que quiere ser quemado, y los tiempos de la vida, que requieren una adecuada “fermentación”. Una larga vida permite experimentar estos largos tiempos y los daños de la prisa.

La vejez, ciertamente, impone ritmos más lentos: pero no son solo tiempos de inercia. La medida de estos ritmos abre, para todos, espacios de sentido de la vida desconocidos para la obsesión de la velocidad. Perder el contacto con los ritmos lentos de la vejez cierra estos espacios para todos. Es en este horizonte que he querido instituir la fiesta de los abuelos, en el último domingo de julio. La alianza entre las dos generaciones en los extremos de la

²³⁹ Catequesis durante la audiencia general del miércoles, 2 de marzo de 2022.

vida —los niños y los ancianos— ayuda también a las otras dos —los jóvenes y los adultos— a vincularse mutuamente para hacer la existencia de todos más rica en humanidad.

Es necesario el diálogo entre generaciones: si no hay diálogo entre jóvenes y ancianos, entre adultos, si no hay diálogo, toda generación permanece aislada y no puede transmitir el mensaje. Un joven que no está vinculado a sus raíces, que son los abuelos, no recibe la fuerza —como el árbol tiene la fuerza de las raíces— y crece mal, crece enfermo, crece sin referencias. Por eso es necesario buscar, como una exigencia humana, el diálogo entre las generaciones. Y este diálogo es importante precisamente entre los abuelos y nietos, que son los dos extremos.

Imaginemos una ciudad donde la convivencia de las diferentes edades forme parte integral del proyecto global de su hábitat. Pensemos en la formación de relaciones afectivas entre vejez y juventud que se irradien en el estilo general de las relaciones. La superposición de las generaciones se convertiría en fuente de energía para un humanismo verdaderamente visible y vivible. La ciudad moderna tiende a ser hostil con los ancianos (y no por casualidad también lo es con los niños). Esta sociedad que tiene este espíritu del descarte y descarta tantos niños no queridos, descarta a los ancianos: los descarta, no sirven y los pone en una residencia para ancianos, ingresados... El exceso de velocidad nos mete en una centrífuga que nos barre como confeti. La mirada de conjunto se pierde por completo. Cada uno se aferra a su propio pedacito, que flota sobre los flujos de la ciudad-mercado, para la cual los ritmos lentos son pérdidas y la velocidad es dinero. El exceso de velocidad pulveriza la vida, no la hace más intensa. Y la sabiduría requiere “perder tiempo”. Cuando tú vuelves a casa y ves a tu hijo, a tu hija pequeña y “pierdes tiempo”, pero este coloquio es fundamental para la sociedad. Y cuando tú vuelves a casa y está el abuelo o la abuela que quizá no razona bien o, no sé, ha perdido un poco la capacidad de hablar, y tú estás con él o con ella, tú “pierdes tiempo”, pero este “perder tiempo” fortalece la familia humana. Es necesario gastar tiempo —un tiempo que no es rentable— con los niños y con los ancianos, porque ellos nos dan otra capacidad de ver la vida.

La pandemia, en la cual estamos todavía obligados a vivir, ha impuesto —por desgracia, muy dolorosamente— un revés para el obtuso culto a la velocidad. Y en este período los abuelos actuaron como barrera ante la “deshidratación” emocional de los pequeños. La alianza visible de las generaciones, que armoniza los tiempos y los ritmos, nos devuelve la esperanza de no vivir la vida en vano. Y devuelve a cada uno el amor por nuestra vida vulnerable, cerrándole el paso a la obsesión de la velocidad, que simplemente la consume. La palabra clave aquí es “perder tiempo”. A cada uno de vosotros os pregunto: ¿sabes perder el tiempo, o estás siempre apurado por la velocidad? “No, tengo prisa, no puedo...”. ¿Sabes perder el tiempo con los abuelos, con los ancianos? ¿Sabes perder el tiempo jugando con tus hijos, con los niños? Este es el punto de referencia. Pensad un poco. Y esto devuelve a cada uno el amor por nuestra vida vulnerable, bloqueando —como he dicho— el camino a la obsesión de la velocidad, que simplemente la consume. Los ritmos de la vejez son un recurso indispensable para captar el sentido de la vida marcada por el tiempo. Los ancianos tienen sus ritmos, pero son ritmos que nos ayudan. Gracias a esta mediación, se hace más creíble el destino de la vida en el encuentro con Dios: un diseño que está escondido en la creación del ser humano “a su imagen y semejanza” y está sellado en el hacerse hombre del Hijo de Dios.

Hoy se verifica una mayor longevidad de la vida humana. Esto nos ofrece la oportunidad de aumentar la alianza entre todas las etapas de la vida. Mucha longevidad, pero debemos hacer más alianza. Y también nos ayuda a crecer la alianza con el sentido de la vida en su totalidad. El sentido de la vida no está solamente en la edad adulta, de los 25 a los 60. El sentido de la vida está en todo, desde el nacimiento a la muerte y tú deberías ser capaz de hablar con todos, también tener relaciones afectivas con todos, así tu madurez será más rica, más fuerte. Y también nos ofrece este significado de la vida, que es integral. Que el Espíritu nos conceda la inteligencia y la fuerza para esta reforma: es necesaria una

reforma. La prepotencia del tiempo del reloj debe convertirse en la belleza de los ritmos de la vida. Esta es la reforma que debemos hacer en nuestros corazones, en la familia y en la sociedad. Repito: ¿reformular qué? Qué la prepotencia del tiempo del reloj debe convertirse en la belleza de los ritmos de la vida. Convertir la prepotencia del tiempo, que siempre nos apura, a los ritmos propios de la vida. La alianza de las generaciones es indispensable. Una sociedad donde los ancianos no hablan con los jóvenes, los jóvenes no hablan con los ancianos, los adultos no hablan con los ancianos ni con los jóvenes, es una sociedad estéril, sin futuro, una sociedad que no mira al horizonte, sino que se mira a sí misma. Y se queda sola. Que Dios nos ayude a encontrar la música adecuada para esta armonización de las diferentes edades: los pequeños, los ancianos, los adultos, todos juntos: una hermosa sinfonía de diálogo.

EDUCACIÓN

La cuestión de la credibilidad²⁴⁰

Pedro Ortega Ruiz²⁴¹

“El sujeto es para el otro, su ser desaparece para el otro, su ser muere en significación” (E. Levinas).

1. Nuestro contexto

Abordar “la cuestión de la credibilidad” en la sociedad actual puede resultar incómodo. La crítica a las instituciones públicas, llamadas a “ordenar” la convivencia ciudadana, es generalizada: la corrupción y la violencia, la frialdad y la indiferencia forman parte del escenario social. Los sociólogos destacan la *aceleración* de la vida y la *sacralización* del progreso entre las características que mejor definen a la sociedad actual en el mundo desarrollado (Rosa, 2019). Lipovetsky (2000, 42) subraya el acentuado individualismo que atomiza la vida y dificulta la convivencia en la sociedad: “El proceso de deserción no es en modo alguno el resultado de un déficit cualquiera o de una carencia de sentido. Efecto imputable al proceso de personalización, el deambular apático debe achacarse a la *atomización* programada que rige el funcionamiento de nuestras sociedades... En un sistema organizado según un principio de aislamiento “suave” los ideales y valores públicos solo pueden declinar, únicamente queda la búsqueda del ego y del propio interés”. Z. Bauman anuncia el fin del individuo para diluirse en la colectividad. “En este momento salimos de la época de los “grupos de referencia” preasignados para desplazarlos hacia una era de “comparación universal” en la que el destino de la construcción individual está endémica e irremediablemente indefinido, no dado de ante mano, y tiende a pasar por numerosos y profundos cambios antes de alcanzar su único final verdadero: el final de la vida del individuo” (Bauman, 2004, 13). También A. Touraine (2017) describe el proceso de desintegración social que caracteriza a nuestras sociedades y la alergia de los individuos para integrarse en ellas.

En este contexto, la tarea de educar se hace muy difícil porque toda propuesta educativa inevitablemente es dependiente de las estructuras socioeconómicas de la sociedad en la que está inserta. Por ello “una pedagogía que no reflexione autocriticamente sobre el lugar y la función de la educación en la reproducción de dichas estructuras; que no perciba cómo la organización social genera y mantiene la heteronomía, también a través

²⁴⁰ Publicado en la *Revista Boletín Redipe*, núm. 11, julio de 2022.

²⁴¹ Miembro del Comité de calidad de REDIPE. Artífice del paradigma del discurso pedagógico y de la praxis educativa Pedagogía de la alteridad. Catedrático jubilado de Teoría de la Educación en la Universidad de Murcia, director de la Red Internacional de Pedagogía de la Alteridad (RIPAL, REDIPE).

de las instituciones educativas llamadas a combatirla, no hará sino contribuir a la perpetuación de la barbarie” (Zamora, 2009, pp. 21-22). Así las cosas, ofrecera las jóvenes generaciones modelos éticos de comportamiento resulta muy difícil porque el contexto social va en dirección opuesta, y la crítica a este modelo social es aún muy débil para constituirse en alternativa. Ello nos puede llevar a considerar la cuestión de la credibilidad como un “brindis al sol” cuando el viento sopla en dirección contraria. No esperamos, por tanto, poder vivir en una sociedad que, en su conjunto, haga suyos los lazos de solidaridad y fraternidad, que humanicen las relaciones entre nosotros. Una “Arcadia feliz” no está a nuestro alcance. En este mundo lo humano y lo inhumano se entremezclan; siempre hay conductas inhumanas y sufrimiento, y por tanto, siempre habrá ética y educación. Los humanos siempre estamos en deuda con el otro, y nunca podremos hablar de vivir con la conciencia tranquila, porque “...en la relación ética con el otro no puede haber tranquilidad de conciencia ante el temor de no haber sido lo suficientemente responsable con él. Lo contrario, supondría poner límites a la significación ética del otro. Y el otro, en la significación de su rostro, es inagotable, evoca lo Infinito” (Ortega y Romero, 2022, 241).

La credibilidad es, quizás, una de las quejas hacia las instituciones sociales que más se hacen sentir. La sociedad actual reclama coherencia entre lo que se dice y lo que se practica. Es decir, exige *credibilidad*. La aceleración del tiempo y la sucesión vertiginosa de los acontecimientos nos hacen perder la perspectiva del tiempo, y con ella el significado de aquellas experiencias éticas que nos aportan el sentido de la vida. Los valores aprendidos en nuestra adolescencia y juventud, las creencias en las que hemos vivido, con el paso del tiempo se pueden convertir en recuerdos de experiencias que solo añoramos, pero que ya no tienen influencia en nuestra conducta diaria. Nos hemos adaptado a los “nuevos tiempos”. Quedan de ellos solo huellas débiles de un modo de afrontar la vida, pero sin fuerza para hacerlos creíbles a los demás. Aunque los valores (creencias éticas) no caen en el olvido, sí pierden eficacia para moldear la vida cuando no encuentran en su entorno testimonios creíbles de los mismos. La rutina, la inercia, la atomización de los individuos... hacen que vivamos “de prestado”, sin un punto de anclaje que dé consistencia a nuestra vida.

La incoherencia entre lo que se predica y se practica es una de las características más señaladas en las instituciones de la sociedad actual, y ello explica en buena parte la desafección de las jóvenes generaciones hacia las instituciones. Afortunadamente, hay entre nosotros testigos de la credibilidad de aquello que predicán: como los muchos voluntarios que se juegan la vida en los países sumidos en la guerra llevando el consuelo y salvando vidas, los que dedican muchas horas del día para ayudar en los bancos de alimentos y en visitar a los que cada día ven el final de su vida en la soledad y el abandono, los voluntarios que ayudan y acogen a los huidos de la guerra, los sanitarios que renuncian a sus vacaciones para ir a ayudar a los pobres del África subsahariana, los voluntarios que dan consuelo a los encarcelados... Son muchos los que hoy ejercen de buenos samaritanos que no “miran para otrolado”, ni son indiferentes a lo que acontece a su alrededor. Para estos, no son solo las instituciones religiosas las únicas que están al lado de los pobres y marginados; también están los hombres y mujeres misericordiosos, los nuevos samaritanos, los que tienen “entrañas de misericordia”, sin pertenencia alguna a una institución religiosa, asumiendo como propias las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. También estos son constructores de un mundo más *humano*.

2. El testimonio, expresión de la credibilidad

Reconozco que es difícil hablar de ética y credibilidad en una sociedad anestesiada por la cultura del bienestar y el cortoplacismo; que es difícil hablar de fraternidad en una sociedad indiferente a tantos excluidos o marginados sin un horizonte de vida digna, que ha hecho de la frialdad social su hábitat natural (Adorno, 2002). La parábola del

buen samaritano del texto evangélico de Mt, 25, 35-36 “porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme”, siguesiendo de gran actualidad y una exigencia ética para nuestra sociedad. Este texto constituye la expresión máxima de lo que es la ética y la credibilidad; representa el culmen de la ética, la lección magistral más elevada que nos dejó el maestro Jesús de Nazaret, reconocida por creyentes y no creyentes (Mélích, 2010). En esta valoración de la ética del texto del judío Jesús de Nazaret coincide con otro filósofo judío, E. Levinas, cuando hace esta afirmación sorprendente: “Cuando hablo con un cristiano, cito siempre Mateo, 25; allí se presenta la relación con Dios como relación con otro hombre. No se trata de una metáfora: en el otro se da la presencia real de Dios. En mi relación con los demás escucho la Palabra de Dios. No es una metáfora, no es únicamente de extrema importancia, es literalmente verdadero. No digo que el otro sea Dios, sino que en su Rostro escucho la Palabra de Dios” (Levinas, 1993, 135).

Todos somos seres necesitados de compasión. Estructuralmente somos limitados, frágiles, vulnerables. Todos somos el hombre herido en el camino de la vida que demanda ayuda y cuidado. Todos somos aquel que nos urge y nos obliga a no pasar de largo, a no ser indiferentes frente a su sufrimiento, a actuar desde la solidaridad compasiva, incluso por encima de la ley o la norma. Si el buen samaritano hubiese obedecido a las normas o leyes de su comunidad debería haber pasado de largo, indiferente al hombre herido, como hicieron los sacerdotes y levitas judíos, cumpliendo con la moral de su religión. Pero puso por encima de las obligaciones de cumplir la ley la necesidad de ayudar al otro, su prójimo, la obligación de responder de la suerte del hombre herido, superior a cualquier ley o norma social, obedeciendo a la ética. En el evangelio de Lc. 10, 38 el doctor de la ley pregunta a Jesús: *¿Quién es mi prójimo?* Pero Jesús le invierte la pregunta: *¿de quién soy yo prójimo?* Para ser sujeto ético es indispensable responder desde la compasión al dolor y sufrimiento del otro. Lo relevante para Jesús no es definir quién es el ser humano, sino llevar al doctor de la ley a preguntarse por el otro, ¿de quién soy yo prójimo?, es decir, la preocupación de Jesús es que el doctor de la ley descubra la *relación ética* que le vincula con el otro. “No es decisivo en el relato de Lucas el *deber* moral sino la *respuesta* ética, porque los tres caminantes poseen moral, parten de un “espacio moral”, pero solo uno, el samaritano, da respuesta a la interpelación del otro”, escribe J. C. Mélích (2010, 230). El respeto a la norma o a la ley no implica su “sacralización”. No siempre debemos obedecer la norma porque en nombre de la “obediencia debida” se han cometido horrendos crímenes. La historia está llena de individuos “obedientes” que no dudaron en sacrificar vidas humanas en aras de la obediencia. Los regímenes totalitarios saben mucho de esta práctica perversa. La ética del buen samaritano nos libera del individualismo alienante y nos obliga a orientar nuestra vida *desde* el otro y *para* el otro. Es la única manera de vivir como *humanos*, reconociendo en la práctica los vínculos que nos unen con los otros. Dostoyevski sintetiza muy bien el espíritu de la ética del buen samaritano en su obra: *Los hermanos karamazov*: “Todos somos responsables de todo y de todos, y yo más que todos los demás”.

El ser humano no va solo por la vida. Junto a él hay otros muchos que hacen el camino de Jerusalén a Jericó, y muchos, como el buen samaritano, que no pertenecen a ninguna asociación, a ninguna religión, pero que tienen los ojos y los oídos abiertos para ver y sentir el dolor de los que encuentran a su alrededor. A veces solo nos fijamos en los héroes que, a diario, nos presentan los medios de comunicación y nos olvidamos de los otros “héroes” anónimos que hacen posible que este mundo sea un poco más humano, más decente. Su credibilidad y ejemplaridad nos ayuda a todos a hacer frente a una sociedad que ha hecho de la frialdad e indiferencia su modo de actuar, a pesar de las innumerables muestras de fraternidad y solidaridad que vemos a diario. Constituyen dos mundos distintos que discurren por caminos divergentes y se mueven por dinámicas opuestas: la frialdad e indiferencia y la solidaridad y la fraternidad. Lipovetsky, 2016) describe las características de la sociedad postmoderna: la provisionalidad, la liberación de todas las ataduras, la indiferencia y frivolidad, el acentuado individualismo, el aumento de la distancia económica entre ricos y pobres... Todo ello provoca una situación de angustia

que se traduce en frustración y, en algunas ocasiones, en suicidio. La responsabilidad, la honestidad, el acogimiento y la misericordia se encuentran recluidas en la privacidad de cada individuo (Duch, 2015). Y no es el aislamiento, el enclaustramiento en nuestro Yo absolutizado, promovido por la filosofía idealista cartesiana, el que “explica” lo que somos por naturaleza. “La humanidad no es un conjunto de individuos aislados, autosuficientes e independientes entre sí, sino seres estructuralmente relacionados e interdependientes, cuya existencia como humanos está vinculada a la relación ineludible con el otro” (Ortega y Romero, 2022, 238).

La credibilidad es hoy una exigencia inaplazable en las instituciones. La deserción de las jóvenes generaciones de todo lo que signifique pertenencia a una institución es un fenómeno de nuestro tiempo. Es una manifestación del individualismo en el que discurre la vida atomizada en la sociedad actual. Alain Touraine (2017) ya lo puso de manifiesto al hablar de la “desinstitucionalización” y la pérdida de influencia de la familia y las instituciones. Los grupos, la “tribu” han pasado a ocupar su lugar e influencia. Y esto tiene sus consecuencias para las jóvenes generaciones que requieren modelos estables, duraderos y coherentes para la apropiación de valores éticos y no estar expuestos al albur de los grupos conformados según las reglas del poder. Pero a pesar de sus deficiencias y contradicciones, la familia sigue siendo, todavía, la estructura principal y última acogida para las nuevas generaciones, sostiene el añorado profesor Ll. Duch (1997). No es que sea una institución perfecta, pero es la única en la que el joven y el adolescente puede encontrar cobijo y seguridad, comprensión y amor.

La filosofía idealista ha hecho del discurso sobre la idea del ser humano, desgajado de la experiencia, la piedra angular sobre la que descansa la praxis educativa. Y no hay educación sin experiencia como contenido educativo (Ortega y Romero, 2021). Es la experiencia el punto de anclaje de la acción educativa, su contenido ineludible. Y es la experiencia del alumno, pero también del profesor o maestro. La experiencia forma un tejido de relaciones entre alumno y maestro que da lugar a un nuevo lenguaje, a un “nuevo nacimiento”, a un encuentro en el que todo está por explorar, a un largo viaje de ambos (alumno y maestro) que nadie es capaz de vislumbrar su final. Y es también, la única manera que tiene de hacerse presente, de manifestarse el testimonio. Testimoniamos con las obras, con la experiencia, no solo con el discurso. El testimonio se presta desde la gratuidad, sin esperar nada a cambio. Exige en todo caso credibilidad, coherencia entre la palabra y la vida. Hay dos funciones en las que la credibilidad es condición indispensable para su ejercicio responsable, ético: la función de padre y madre, de maestro o maestra. “Entre estas instituciones hay dos, familia y escuela, que son indispensables e insustituibles en la socialización y educación de las nuevas generaciones. Ambas son la puerta de acceso a la vida social, y ambas marcan el comienzo de la vida mortal de los individuos” (Ortega y Gárate, 2017, 123). En ambas instituciones no basta el conocimiento o competencia técnica para su buen ejercicio, se hace indispensable el “saber hacer”, acompañar la palabra oportuna con el magisterio del *testimonio*.

Los valores éticos se aprenden por imitación. Por ello, cuando la acción del profesor se reduce a la enseñanza, desprovista de la experiencia del testimonio, la enseñanza deviene en solo discurso, pero no en educación. Al igual que en la familia, si no hay coherencia (testimonio) de los padres en aquello que enseñan o proponen a sus hijos, éstos no tendrán a su alcance modelos a imitar y se refugiarán en los grupos o tribu para ser acogidos, reconocidos y no pocas veces instrumentalizados. Con ello se ponen en riesgo las bases o los cimientos mismos de una sociedad sana que se construye sobre la experiencia de vida, por la apropiación de los valores éticos que vertebran una sociedad construida sobre una roca sólida. Maestro o maestra no dejan de ser una simple caricatura de un servicio necesario a la construcción social cuando olvidan su papel esencial: ser testigos (testimonio) de aquello que predicán, unir a la palabra la ejemplaridad de la vida. Podemos aceptar que un médico, ingeniero o arquitecto no sea un modelo ético en su conducta personal y privada, “pero no de un profesor-maestro que, además de enseñar, también debe educar. Y en este ejercicio de enseñar el componente ético es esencial. No puede quitarse de encima esta responsabilidad: educar le acompaña siempre, porque

siempre está “expuesto” ante sus alumnos. Sus silencios, valoraciones, conductas, ejercen una influencia inevitable en aquellos, para bien o para mal” (Ortega y Gárate, 2017, 140). Ser testigo de lo que se enseña o propone; traducir en la enseñanza un estilo ético de vida es hacer *creíble* la tarea de educar.

Pero el testimonio se ofrece como un don desde la humildad de alguien que no oculta sus dudas, ni la opacidad que envuelve la vida del ser humano. El testimonio se da siempre en la fragilidad de alguien que hace de la incertidumbre su caminar por la vida. Es el testimonio de alguien que se acerca a los demás desde el reconocimiento de su propia fragilidad, del riesgo de la incertidumbre y del sinsentido. “Existir en la infinita transformación es vivir en riesgo, un riesgo que no podrá ser superado, el riesgo del sinsentido, y también el riesgo de la crueldad, de la violencia y de la muerte” (Mélích, 2019, 56). Ayudamos al otro cuando escondemos la verdad de lo que somos; cuando hacemos al otro partícipe de “nuestra” verdad, de la experiencia de nuestra vida, hecha fragilidad e incertidumbre, de lo que hemos sido y vivido para llegar hasta aquí.

En el maestro-educador el otro es el referente a quien servir y ayudar en su proyecto de vida. No son nuestras convicciones o creencias las que debemos “imponer”. Es al otro al que debemos ayudar en su camino, y ayudarlo para que siempre sea un caminar en la responsabilidad hacia los demás. La virtud más eminente se vuelve odiosa cuando no va acompañada de la humildad del corazón que se traduce en el respeto al otro y la huida de toda imposición. La humildad nos la enseñan los pobres, los descartados cuando nos acercamos a ellos y los acogemos sin condiciones; cuando nos despojamos de nuestra supuesta superioridad moral sobre ellos; cuando encumbramos al otro y reconocemos su dignidad moral; cuando nos “abajamos” al otro, como el buen samaritano, y nos hacemos cargo de él. “El testimonio nos transmite una experiencia que no hemos vivido y que, como tal, no podrá volver a repetirse, pero es una experiencia que puede “dar a pensar”, que puede romper nuestros esquemas y nuestras expectativas. Una pedagogía del testimonio “da a pensar” (Mélích, 2010, 286).

Ser testigo de lo que enseñamos, o decimos ser, es una tarea que comienza cada vez que nos encontramos con *alguien* que deja de ser un objeto de conocimiento o un ser extraño o ajeno a mí para convertirse en mi prójimo (próximo) de quien tengo una responsabilidad ineludible. Ello nos obliga a estar en permanente vigilia porque el otro se nos presenta sin previo aviso. Ser testigo de lo que enseñamos es un estilo de vida en medio de la fragilidad que siempre nos acompaña. Enseñamos o educamos como vivimos. En el testigo no cabe la impostura. Es difícil soportar por mucho tiempo la esquizofrenia que representa tener un lenguaje y una conducta en las aulas y otro estilo de vida distinto, poco ético, fuera de ellas. “El testigo da testimonio de lo que se ha dicho de él. Pues él ha dicho: “Heme aquí” delante del otro; y por el hecho de que, ante el otro, reconoce la responsabilidad que le incumbe, se encuentra con que ha manifestado lo que el rostro ha significado para él” (Levinas, 2015, 91). Sin credibilidad no hay significación ética del otro. Ética y credibilidad están inseparablemente unidas. Sobre ellas se fundamenta la acción educativa.

Una sociedad con rostro *humano* es una utopía, pero no podemos renunciar a ella si seguimos creyendo que otro mundo y otro modo de construirlo es posible. La credibilidad o coherencia entre nuestra palabra y nuestra vida es una utopía. Siempre habrá discordancia entre lo que pensamos y lo que hacemos. A pesar de ello, nunca podemos ni debemos apartar de nuestro objetivo dar más credibilidad a nuestra vida. No podemos esperar que la sociedad, en su conjunto, ofrezca el rostro *humano* que las jóvenes generaciones necesitan para asumir su responsabilidad en la construcción de un mundo más *humano*. Y en esta tarea urgente la escuela y la familia desempeñan un papel imprescindible. La tarea de todos es hoy ser testigos de lo que enseñamos y decimos. Y esto se traduce en *credibilidad*.

3. Otra antropología

“La cuestión epistemológica no es el reto más urgente que deben abordar los pedagogos; no es el control de los *inputs* que inciden en un proceso educativo, sino si estamos ayudando, desde la educación, a formar a un ser humano responsable del *otro* y del mundo” (Ortegay Romero, 2022, 235). La cuestión, nunca resuelta, es tener claro qué hombre y qué sociedad se quiere construir. Es, antes de nada, un problema antropológico. Sin clarificar el punto de partida cualquier propuesta educativa se torna arbitraria, se cae en la ocurrencia. Es necesario, por tanto, volver a las raíces de lo que es el ser humano, reconocernos en lo que somos: ser abierto al otro de quien dependemos para existir como *humano*. Nadie es *humanos* no es por el otro que nos *humaniza* cuando respondemos de él. “En la medida en que nos hacemos cargo del sufrimiento del otro, superamos el *conatus esendi*, la querencia a una existencia que es supervivencia a cualquier precio, y accedemos a la existencia humana. El otro es el que nos saca del sopor o ensimismamiento natural o vegetal y nos lleva a una existencia consciente” (Mate, 2018, 145) y humana o *responsable*, diría Levinas. Es necesario hacer frente a la filosofía del “sálvese quien pueda” y fortalecer los lazos de fraternidad que nos vinculan a unos y a otros en un mismo destino. Es necesario dar a nuestras relaciones sociales señales de *credibilidad* que cambien el rostro de una sociedad anestesiada que solo responde cuando los medios de comunicación nos ofrecen imágenes del horror de una guerra o de un desastre natural. “Nos hemos quedado con el Levinas filósofo... pero se ha relegado a un segundo plano al Levinas maestro de vida. Leer sus escritos “menores”, menos conocidos, nos descubre la altura humana de un gran pensador que unió su discurso con su vida. Levinas no pretende cambiar el mundo, pero sí transformar radicalmente nuestras relaciones con los demás” (Ortega y Romero, 2019, 90). Derrida (1998) nos describe a Levinas, hombre de su tiempo, al filósofo preocupado por la suerte de los demás, en cualquier rincón del mundo.

Necesitamos huir de una imagen fantasmal del hombre. “Las filosofías metafísicas, en cualquiera de sus formas, han pensado la vida desde una razón descorporeizada, una razón sin relato y sin historia” (Mélích, 2021, 15). El ser humano no es el que nos presenta la filosofía idealista, arrancado del tiempo y del espacio. Por el contrario, tiene rostro, biografía, no se diluye en un mundo ideal, alejado de los avatares de la vida, de la historia real de cada individuo. Es siempre el rostro de “alguien” que demanda de mí una respuesta responsable, es decir, *ética*, aquí y ahora. Es el ser humano que conocemos por la experiencia: vulnerable, frágil, necesitado, que para seguir existiendo como *humano* necesita de alguien que le llame por su nombre, que le tienda la mano y lo acoja y se haga cargo de él; un buen samaritano que se despoje de su “dignidad” o superioridad moral, se manche las manos y se abaje a la realidad que atrapa la vida del otro. Solo es necesario tener entrañas compasivas, la única manera de ser creíbles. El cargar sobre nuestras espaldas la suerte del otro Levinas (2015, 85) lo expresa en esta contundente frase: “La responsabilidad es lo que, de manera exclusiva, me incumbe que, *humanamente*, no puedo rechazar”. Y hacer esto pasa por tomarse en serio el ejercicio de una ética que no se queda en la sola reflexión sobre el “mal etéreo” en la que solo existen *víctimas invisibles*, sino sobre las condiciones reales de vida que afectan a tantos hombres y mujeres de hoy. La relación ética nos vincula con seres reales, históricos, no con fantasmas del presente; y de estos hombres y mujeres reales debemos responder. No nos es permitido, frente a los graves problemas que a todos nos afectan, pasar de largo como si no tuviéramos ninguna responsabilidad sobre ellos. Son “nuestros” problemas y la respuesta a ellos nos concierne a todos. Nada que afecte al ser humano nos puede ser extraño. En ello se juega la suerte del otro, y también la nuestra. Junto a cada uno de nosotros hay siempre un “tercero” que nos interpela. Levinas (2014, 83) lo expresa con unas contundentes palabras: “La sociabilidad esta alteridad del rostro del para-otro que me interpela, voz que se me impone antes de toda expresión verbal, en la mortalidad del Yo, desde el fondo de mi debilidad. Esta voz es una orden, tengo la orden de responder por la vida del otro hombre. No tengo el derecho de dejarlo solo en su suerte”.

La experiencia nos enseña que nadie se salva solo, encerrado en el santuario de su Yo; nos salvamos todos en comunión, abriéndonos al otro, nuestro prójimo. La frialdad e indiferencia solo nos conducen al empobrecimiento colectivo, a una sociedad que se autodestruye cuando rompe los lazos que le unen a los demás. Solo se construye un mundo más humano cuando convertimos al otro en el referente ineludible de nuestra conducta; cuando somos “buenos samaritanos” aliviando el dolor y el sufrimiento del hombre herido en el camino de la vida. Una sociedad más humana no se construye solo con leyes justas, es indispensable establecer lazos de solidaridad y fraternidad entre todos que rompan la indiferencia y frialdad social que invaden a gran parte de nuestra sociedad; es indispensable dar credibilidad ética a nuestras instituciones y a nuestra vida personal. “Lo interhumano reside también en el recurso al auxilio de los unos a los otros, antes de que la brillante alteridad de los demás se banalice o minimice en un simple intercambio de buenos modales establecido como “comercio interpersonal” en el seno de las costumbres” (Levinas, 1993, 125). No defendemos una antropología “blanda” para una convivencia “educada” o de buenas formas. Se trata, más bien de que el *otro* sea quien rompa el eje en torno al cual gira nuestra vida: mi Yo. Es una antropología *radical* que moldea nuestra vida, y hace que siempre esté presente el otro como referente ineludible de nuestra conducta ética, es decir, responsable. Al otro no nos lo podemos quitar de encima, va con nosotros, dentro de nosotros como ser *humano*, es decir, responsable. La dimensión ética es constitutiva de lo que es el ser humano, de cómo se siente y vive, de cómo se relaciona con el mundo y con los demás. “La ética levinasiana es responsabilidad ante el *otro* que me es asignado y me obliga a ponerme en su lugar sin posibilidad de rechazar su demanda, a responder antes de poder decidir, antes de ejercer mi libertad” (Ortega y Romero, 2022, 239).

“No es lo categórico ni lo absoluto, lo claro y lo distinto, la coherencia y la fortaleza, lo que caracteriza fundamentalmente el modo de ser humano, sino lo circunstancial, lo relativo y lo dativo, lo frágil y lo contradictorio” (Mélích, 2010, 15). Este es el ser humano que conocemos por la experiencia, sometido al dolor, al sufrimiento y a la muerte. La corporeidad y la circunstancia nos introducen en la historia. Es el único modo de existir que tiene el ser humano. Fuera del tiempo y del espacio el ser humano se diluye, desaparece. Levinas hace de la contingencia y la circunstancia el hábitat natural del ser humano. No es el ser trascendente de la antropología kantiana, sino el ser histórico, en el aquí y en el ahora, que por ser inmanente es capaz de trascender su existencia humana. La trascendencia no nos viene de “arriba”, en un salto al más allá; nos viene del otro cuando salimos del aislamiento de nuestro yo y nos abrimos y acogemos al otro, cuando nos hacemos cargo de él (Levinas, 2014). La trascendencia se manifiesta en Levinas en la “mala conciencia que me viene del rostro del otro que, en su mortalidad, me quiebra el suelo sólido en el que como simple individuo me posiciono y persevero ingenuamente, naturalmente, en mi posición. Mala conciencia que me pone en cuestión. Cuestión que no espera respuesta teórica a modo de información. Cuestión que apela a la responsabilidad...” (Levinas, 2014, 38). La trascendencia en Levinas se llama responsabilidad hacia el otro que no espera reflexión sobre la dignidad de la persona, sino la respuesta incondicional ante el rostro herido del otro. Solo nos hacemos humanos cuando sentimos la mala conciencia ante el temor de haber sido lo suficientemente responsables ante el otro. La filosofía idealista ha contribuido a construir una imagen desfigurada del ser humano, el ser etéreo que escapa a todo contexto. Y solo hay trascendencia si hay inmanencia. “El peligro de las éticas metafísicas” no radica en su creencia en la trascendencia, sino en su creencia en una trascendencia libre de inmanencia” (Mélích, 2010, 101). Solo el ser humano enraizado en su tiempo, en su circunstancia, es capaz de trascender el muro invisible que lo separa del otro y abrirse a él y hacer suya su suerte. El retorno a lo *humano* no es un ejercicio de la razón, sino de la apertura responsable al otro, cualquier otro, en tanto que necesitado de compasión. Porque somos inmanentes, frágiles y necesitados, hay ética, hay compasión, hay trascendencia, es decir, responsabilidad. Solo en el mundo “perfecto” del más allá no hay compasión, ni ética, tampoco responsabilidad y trascendencia. Esta solo ocurre “acá abajo”, en los seres humanos corpóreos sujetos al dolor y al sufrimiento, capaces de asumir como propios el dolor y el sufrimiento del otro, como el buen samaritano.

Esta concepción del ser humano obliga a una forma distinta de abordar la acción educativa, pensarla más desde la “mala conciencia” del deber incumplido que desde la tranquilidad del cumplimiento de la ley o de la norma. La ética es una “herramienta” para sortear las condiciones imprevistas de nuestra existencia, no para vivir tranquilos. Nos pone en el camino para vivir responsablemente en la incertidumbre de si lo “habremos hecho bien”. Pero esta es la condición del hombre mientras viva “aquí abajo”: hacer de la incertidumbre y la aventura su forma de vivir.

4. ¿Qué hacer?

La credibilidad se da siempre en la debilidad, en la opacidad de la vida, en la contradicción entre lo que proponemos y aquello que hacemos. Nadie es puro y perfecto. Pero en la persona creíble es fácil descubrir en la trayectoria de su vida el perfil de *alguien* que ha intentado acercarse a los demás desde la responsabilidad, la ayuda y la compasión. Estas señales son luces que alumbran la oscuridad de nuestro mundo, lo hacen más *humano*. No es hora de buscar “nuevas” estrategias para afrontar el reto que nos presentan las nuevas generaciones: a la familia, a la escuela y al conjunto de las instituciones. No debemos caer en un didactismo paralizante que solo contribuirá a enmascarar el problema con falsas soluciones. La respuesta al problema generacional se sitúa en la ética, en asumir nuestra responsabilidad con las nuevas generaciones. Los problemas no han surgido por casualidad, los hemos producido nosotros, son “nuestros” problemas. Nuestra respuesta de hoy no es necesariamente acertada o adecuada mañana. “En esto no tenemos la última palabra. Ésta pertenece a una concepción idealista del hombre, alejada de la cotidianidad y vulgaridad de la vida, allí donde se resuelve a diario la existencia de todo ser humano. Aceptar que vivimos en una *sociedad líquida*, como diría Bauman, es condición indispensable para tener los pies en la tierra y alejarnos de fantasías que solo generan frustración” (Ortega y Gárate, 2017, 144).

¿Pero de qué debemos dar testimonio? La respuesta genera no poca dificultad. Vivimos en una sociedad de muchas ideas y pocas creencias o valores éticos. Los valores éticos que, en otro tiempo, configuraron la vida de nuestros mayores han perdido gran parte de su influencia en las nuevas generaciones. En esta “circunstancia”, el testimonio de lo que somos y vivimos, de la verdad de nuestra vida, se convierte en la “estrategia” indispensable para transmitir a las nuevas generaciones el legado ético que hemos heredado de nuestros mayores. Son los mismos valores o creencias éticas, pero con distintas formas de manifestarse. No es posible dar recetas para dar testimonio de aquello que enseñamos o proponemos. La respuesta ética, por su propia naturaleza, se presenta de improviso. Solo se necesita asumir que el otro es también asunto mío, que forma parte de mí como pregunta y como respuesta. Es necesario estar siempre vigilante, con la lámpara encendida porque el otro viene sin previo aviso. Dar testimonio es una cuestión de escucha al otro, una actitud de salida de sí para encontrar al otro en su situación. Solo así damos testimonio, cuando como el buen samaritano nos abandonamos a nosotros para encontrar al otro necesitado de ayuda y cuidado. Y para hacer esto no hay estrategias a seguir, pues ser testigo no se da de una vez para siempre, porque las circunstancias o contextos siempre son cambiantes, y el testimonio se adapta a esa circunstancia. Por ello nos vemos obligados a volver constantemente sobre nosotros para encontrar la respuesta ética más adecuada, aquí y ahora.

Para ser educador es imprescindible ser *testigo* de lo que se enseña o propone. La cuestión de la credibilidad es una cuestión de testimonio. Así de simple, y así de difícil o comprometido. Hay muchos enseñantes y pocos educadores o testigos de aquello que enseñan o proponen. El otro (educando) nunca es un pretexto para ejercer la función profesoral. Es, por el contrario, aquel a quien siempre debo tener en cuenta y quien justifica mi tarea educadora, si éste ocupa el centro de mi acción educativa. Educar *desde* el otro y *para* el otro se convierte en una exigencia indispensable en una pedagogía del testimonio.

Referencias bibliográficas

- Adorno, Th. W. (2002) “La educación después de Auschwitz”, en: *Educación para la emancipación* (Madrid, Morata).
- Bauman, Z.(2004) *Modernidad líquida* (Madrid, FCE).
- Derrida, J. (1998) *Adiós a Emmanuel Levinas. Palabra de acogida* (Madrid, Trotta).
- Duch, Ll. (1997) *La educación y la crisis de lamodernidad* (Barcelona, Paidós).
- Duch, Ll. (2015) *Antropología de la ciudad* (Barcelona, Herder).
- Levinas, E. (2015) *Ética e infinito* (Madrid,Machado Libros).
- Levinas, E. (1993) *Entre nosotros* (Valencia, Pretextos).
- Levinas, E. (2014) *Alteridad y trascendencia* (Madrid, Arena Libros).
- Lipovestky, G. (2016) *De la ligereza* (Barcelona,Anagrama).
- Mate, R. (2018) *El tiempo, tribunal de la historia* (Madrid, Trotta).
- Melich, J. C. (2010) *Ética de la compasión* (Barcelona, Herder).
- Mélich, J. C. (2019) *La sabiduría de lo incierto: Lectura y condición humana* (Barcelona, Tusquets).
- Mélich, J. C. (2021) *La fragilidad del mundo* (Barcelona, Tusquets).
- Ortega, P. y Romero, E. (2019) *A la intemperie. Conversaciones desde la pedagogía dela alteridad* (Barcelona, Octaedro)
- Ortega, P. y Gárate, A. (2017) *Una escuela con rostro humano* (Mexicali, Cetys- Universidad).
- Ortega, P. y Romero, E. (2021) “El valor de la experiencia del alumno como contenido educativo”, *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 33, 1, pp. 89-110.
- Ortega, P. y Romero, E. (2022) “La educación moral a partir de Levinas: otro modelo educativo”, *Revista Española de Pedagogía*, 282, pp. 233-249.
- Rosa, H. (2019) *Resonancia. Una sociología de la relación con el mundo* (Madrid, Katz).
- Touraine, A. (2017) *El fin de las sociedades* (México, FCE).
- Zamora, J. A. (2009) Th. Adorno: aportaciones para una crítica de la educación, *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 21 (1), pp. 119-148.



POR TU PALABRA

Curación de un paralítico (Mc 2,1-12) “Tus pecados te son perdonados...”²⁴²

Carlos Rey, SDB

Estimados lectores

Dedico estas páginas a comentar la curación de un paralítico (Mc 2,1-12), un episodio que llama mucho la atención y esconde algunos secretos de gran valor.

Lo primero que llama la atención al leer el texto son las palabras de Jesús al paralítico: “TUS PECADOS TE SON PERDONADOS”. Pero, ¿cómo?, nos preguntamos. Si lo que este hombre y sus acompañantes venían buscando era su curación, ¿Por qué Jesús ni siquiera hace referencia a su problema?



Vamos por partes porque la Biblia no da puntada sin hilo y porque el texto está escrito desde la lógica de Dios, que tanto nos cuesta entender.

JESÚS ATRAE

Jesús ya había estado en Cafarnaúm y era conocido, a juzgar por la reacción de la gente: en cuanto “se supo que estaba en casa acudieron tantos que ni a la puerta cabían”. Esto también nos llama la atención pues no es frecuente que una persona atraiga a tal punto que, apenas llega, la gente deje de lado sus tareas para ir a verlo y escucharlo. ¿Qué sabían o habían visto en él? ¿Qué había dicho y hecho?

²⁴² Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

Entre aquellas personas habría de todo: curiosos por conocer el fenómeno Jesús de Nazaret del que habían oído hablar, quienes ya le conocían y habían quedado impactados porque “enseñaba con autoridad” o porque realizaba signos y prodigios, insatisfechos con la religión oficial o buscadores de la verdad que intuían que Jesús podía responder a sus ansias. Habría también quienes desconfiaban de él y buscaban pillarle en algo para criticarlo o desmerecerlo. A este grupo parecen pertenecer los escribas, conocedores de la Escritura, a juzgar por su intervención posterior.

A todos ellos Jesús “les dirigía la palabra” y les hablaba del Reino, pues para eso había venido al mundo.

LOS AMIGOS DEL PARALÍTICO

Entre los que llegan a la casa están cuatro hombres que llevan a un paralítico en una camilla. Al no poder introducirlo en la casa, no cejan en su empeño sino que se encaraman al tejado, suben la camilla con el enfermo y abren un boquete para introducirlo por allí.

Imagínate la escena y que estás entre la gente. ¿Cómo reaccionarías si, en medio del discurso de Jesús, que sigues con atención, oyes ruidos en el tejado y ves a unas personas destejando la casa e introduciendo por el boquete abierto una camilla con una persona? ¿Qué haría la gente? ¿Qué harías o dirías tú? ¿A quién mirarías o te dirigirías? ¿A los que están fastidiándolo todo? ¿A la gente? ¿A Jesús, para ver qué hace o pedirle que ponga orden?

¿Cuánto tiempo duraría la operación? ¿Quince minutos? ¿Media hora? ¿Más? Puede que un buen rato, durante el cual habría todo tipo de reacciones: quien se enfrentaría a aquellos hombres, quien se quedaría asombrado y en silencio, quien observaría la reacción de Jesús o, incluso, quien ayudaría.

LA ACTITUD DE JESÚS

Y Jesús, ¿Qué hizo? El texto no nos lo dice, pero permite pensar que, al percibir lo que ocurría, dejó de hablar, miró hacia arriba y se quedó aguardando, sin alterarse lo más mínimo ni hacer un gesto o decir una palabra de desagrado. Incluso podemos pensar, sin forzar el relato, que echara una mano para ayudar a poner la camilla en el suelo.

Sorprende que Jesús, al ver al paralítico, deje inmediatamente de hacer lo que estaba haciendo y dirija su atención a la persona que iba en su búsqueda y acaba de aparecer de ese modo tan inusual, sin quejarse por obligarle a interrumpir su discurso o lamentarse por no poder seguir con lo que estaba haciendo. Esto nos abre una ventana a cómo vivía Jesús: atento a lo que sucedía ante él, a la escucha del Padre y disponible a hacer su voluntad. Jesús ve los acontecimientos como signos de Dios, por eso deja lo suyo, aunque sea muy importante, para obedecer a lo que el Padre le pide en cada momento.

Concluida la operación, y posiblemente en medio de un silencio expectante, se escuchó a Jesús decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados” ¿Cómo?, te preguntarás. Cuatro hombres llevan a un paralítico ante Jesús para ver si puede curarlo... ¿qué otra cosa podían querer?, y Jesús le responde perdonándole sus pecados. ¿De qué va Jesús? ¿Por qué actúa de un modo tan sorprendente? O si se quiere: ¿Qué ha visto Jesús en ellos?, ¿o en él?, porque del paralítico no habla, ni este dice nada.

Las palabras de Jesús dan a entender que lo que Jesús vio fue su fe. Pero, ¿se puede ver la fe de una persona? ¿Quién es Jesús que ve la fe de unas personas? Y ¿qué importa la fe de esta gente si el problema del que está en la camilla es la parálisis?

LOS AMIGOS DEL PARALÍTICO:

Las preguntas se agolpan en nuestra mente: si es verdad que estos hombres tienen la fe a la que se refiere Jesús, ¿Quiénes son? ¿Cómo han llegado a tenerla? ¿Qué les ha impulsado a conducir al paralítico ante Jesús? Y el paralítico, ¿quién es? Su parálisis ¿es de nacimiento o resultado de un accidente? ¿Qué esperaba él de Jesús? ¿Por qué no respondió nada a sus palabras? ¿Entendió lo que le dijo? ¿Cómo vivía su enfermedad?

Podemos hacer multitud de cábalas sobre los amigos del paralítico y el mismo enfermo, pero algunas cosas se desprenden del texto.

- Algo ha habido en sus historias personales: familia, formación, avatares de la vida... que les ha llevado a tener una fe en Jesús capaz de mover montañas (Mt 17,20). De hecho han movido Roma con Santiago para conducir a su amigo ante Jesús.
- Quieren ayudar y ayudan al enfermo, que no puede trabajar ni siquiera valerse por sí mismo, al punto de depender totalmente de los demás para las cosas más elementales: comer, acostarse o levantarse, lavarse o vestirse, cambiar de postura, desplazarse... Es totalmente dependiente de los demás... Y lo es para siempre. Esta situación no la va a poder cambiar nadie.

EL PARALÍTICO:

¿Qué provoca en una persona vivir por años y años una situación sin salida? Puede que tristeza, inconformismo, desesperación, falta de sentido de la vida, deseos de dejar de vivir o, incluso, intentar el suicidio. O puede que le lleve a lo contrario: a aceptar su enfermedad, a ser humilde para recibir la ayuda de quienes le quieren, a buscar en Dios el sentido de una vida aparentemente inútil, a una profunda relación con Él, a leer y profundizar en la Palabra..., y a una vida de fe que no se apoya en sí mismo, pues no tiene cómo, sino que se fundamenta en Dios como fuente de Vida (con mayúsculas) en medio de tanta precariedad.

El caso es que estos cinco hombres: el paralítico y sus acompañantes, al no responder a Jesús, parecen entender sus palabras. Pero esto supone varias cosas:

- Haber aceptado la enfermedad como tal, lo que no significa no querer o esperar curarse. De hecho, han ido a Jesús buscando esto.
- Aceptar que Jesús no responda a sus expectativas, tan humanas... ¡Sucede tantas veces que Dios no responde a las nuestras!, lo que no indica que no lo hace, sino que no responde como desearíamos, sino a su modo, siempre mejor que el nuestro.
- Reconocer que lo peor que le puede pasar al paralítico, a sus amigos y a nosotros, no es la parálisis física que le condiciona o cualquier otra enfermedad o límite, sino que la fuerza del mal nos esclavice. Jesús, al perdonar los pecados, le cura de su mayor mal.

- Tener una fe en Jesús que va más allá de confiar en sus poder de curar, porque intuyen que es Dios quien actúa en él.

LOS ESCRIBAS

La primera impresión que dan estos hombres es que tienen mala intención y buscan motivos para criticar a Jesús. Y puede que así fuera, pero no nos conviene ir por ese camino, o por lo menos no es por ahí que va Jesús.

Cuando afirman que “NADIE PUEDE PERDONAR LOS PECADOS SINO DIOS” dicen una gran verdad, pero se equivocan al juzgarle y sentenciar que es un blasfemo. En lugar de esto podrían haberse preguntado: “¿Quién es este que dice tener poder para perdonar pecados?” Porque esta pregunta les abriría al “más” que es Jesús. Pero ellos no dan o no pueden dar este paso. Jesús entiende inmediatamente la situación y, como hizo antes con el paralítico, pasa a interesarse por ellos y atenderles en lo que necesitan. Importa decir esto, porque no solemos ver el dirigirse Jesús a ellos como interés o atención, sino como reproche, pero lo es.

Impresiona ver con qué libertad se mueve Jesús: al principio atiende a los que se “se agolparon” en la casa y les “anuncia la palabra”; después, se ocupa del paralítico, sin costarle lo más mínimo cambiar de actividad, ofreciéndole lo que más necesita: el perdón por encima de la curación; y ahora, ante la incapacidad de los escribas para entender sus palabras, se dispone a ayudarles a abrirse a la fe, que no tienen.

Jesús vive atento a lo que Dios Padre le pide en medio de los acontecimientos. Y lo hace con una libertad inmensa, no como nosotros, a quienes tanto nos molesta que nos interrumpen en lo que hacemos.

Lo que necesitan estos escribas es ser confrontados, pues para abrirse a la fe tienen que ser derribados de su pedestal de creerse conocedores de la Escritura y autorizados para juzgar y condenar: “El Señor derriba del trono a los poderosos...”, dice María en el Magníficat, por eso les interroga y desafía:

¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate, toma tu camilla y anda?”

¿Qué es más fácil? Responde tú mismo, querido lector, antes de continuar. Es más fácil, sin duda, decir que perdona los pecados porque el perdón no se ve. Si Jesús dice que perdona los pecados y no consigue hacerlo no pasa gran cosa y nadie se entera, pero si manda al paralítico levantarse y este no se levanta, es evidente que es un farsante que no tiene tal poder.

¿Por qué Jesús hace esto con los escribas? Porque necesitan ver para creer. El paralítico y sus amigos no necesitaban una curación para creer en Jesús, por eso Jesús va más hondo con ellos. Estos hombres, por el contrario, aunque superiores en cultura y posición social, están por debajo en cuanto a la fe. Jesús se da cuenta de esto y los atiende, como ha hecho antes con la gente y el paralítico, dándoles lo que necesitan para entrar por el camino de la fe: SIGNOS de su poder para que intuyan quién es:

Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados –dice al paralítico–: “A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.” Y el paralítico lo hizo.

No sabemos cuál fue la reacción de los escribas, pero la intuimos por lo que el texto dice a continuación:

Quedaron todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: “Jamás vimos cosa parecida”.

El “todos” incluye también a estos hombres, por lo que deducimos que también ellos dieron un paso adelante en cuanto a reconocer que era Dios quien se manifestaba en Jesús, tanto al perdonar pecados como al curar.

CONCLUSIÓN

¿Percibes, querido lector, la pedagogía de Jesús al dar a cada uno lo que necesita? A la gente les habla de la presencia del Reino de Dios en medio de ellos; al parálítico le perdona los pecados, que es lo esencial del Reino y lo que necesita, más que curarse; y a los escribas, más torpes en su vida de fe, les ofrece signos visibles del Reino que nadie, solo Dios, puede hacer.

Te invito a concluir esta lectura con una oración de acción de gracias y de alabanza a Dios por el don que es para nosotros este texto sobre el que hemos reflexionado.

Carlos Rey - SDB

EL ANAQUEL

Espiritualidad de la ruta jacobea Historias del Camino de Santiago²⁴³

Francisco J. Castro Miramontes, OFM²⁴⁴

Introducción

Muy diversas motivaciones (culturales, turísticas, senderistas, deportivas, naturalistas...) llevan a recorrer el Camino de Santiago, pero su esencia, lo que realmente da sentido a esta experiencia, es la espiritualidad. Caminar hacia Compostela brinda la oportunidad de sentir y compartir una serie de valores profundamente espirituales que nos ayudan a sostener la esperanza en la condición humana. En este Año Santo prorrogado a todo 2022 ofrecemos algunas pequeñas teselas del gran mosaico que conforman las experiencias vividas a lo largo de la peregrinación, a modo de homenaje a sus protagonistas y a las hospitaleras y hospitaleros que dedican su tiempo de manera altruista a esos caminantes.

1. El camino de las estrellas

“Caminar es la mejor medicina” (Hipócrates)

El Camino de Santiago es mucho más que una ruta geográfica, si bien es cierto que todo camino comienza en un lugar y, a través de sus hitos, se une ese lugar de inicio con otros lugares de destino.

Pero más allá del hecho topográfico, el Camino de Santiago se ha convertido en los últimos años en un foro de encuentro universal entre personas venidas de diversos lugares del mundo, haciendo posible una hermosa evocación de lo que ha de ser la humanidad: una gran familia, sin fronteras, sin nada que pueda alejarnos los unos de los otros, un alarde de fraternidad universal tal y como la soñó un santo peregrino: **Francisco de Asís**. El Camino es así un puente que comunica, que une. En ese sentido, es una auténtica metáfora de la vida misma.

Por eso podríamos decir que la vida es como un camino, un ir avanzando poco a poco, paso a paso, entre dificultades, pero siempre con la esperanza anclada en el corazón que

²⁴³ Pliego publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.282 (agosto de 2022).

²⁴⁴ Hospitalero y peregrino.

nos permite divisar un horizonte, una meta, o las pequeñas metas del día a día, que hay que ir conquistando con esfuerzo y sacrificio (*sacrum facere*).

El Camino de Santiago es también un regalo de la historia, desde aquella noche estrellada en plena Edad Media en la que un santo ermitaño contemplase en la oscuridad reinante un baile y sinfonía de estrellas, que daría pie al descubrimiento, en las entrañas de la tierra, de un sepulcro que cambiaría la historia, no solo de Europa, sino también del mundo entero.

Santiago y sus caminos se han convertido, así, en todo un símbolo de superación y de apertura hacia la trascendencia; no en vano, se suele decir que el Camino no concluye en la ciudad apostólica, sino que en realidad es allí en donde comienza el verdadero Camino: la vida, tu vida.

El fenómeno de la peregrinación es una pedagogía, un campo de experimentación, un laboratorio: es purgativo y curativo; lo saben y lo cuentan sus protagonistas: los caminantes, y también aquellas personas que junto al Camino desarrollan la significativa y humana capacidad de acoger, practicando la hospitalidad.

En realidad, es más que un viaje, es una experiencia intensa que nos abre a la vida y nos deja a solas con las emociones que habitan dentro de nosotros mismos. El Camino ayuda a liberar muchas emociones, y también a descargar pesos que llevamos en el alma. Caminar por fuera es caminar también por dentro.

Pero el Camino de Santiago es antes una experiencia interior, una pedagogía que, a fuerza de experimentar por fuera, uno descubre lo mucho que hay por dentro. Y en este ejercicio de caminar por dentro se produce una purga, un descubrimiento, una lucha

intestinal contra la negatividad que resulta ser sanadora. Se camina aparentemente por fuera, pero resulta que la meta a conquistar está dentro. Caminar libera y serena.

Contemplar es aprender a mirar, a ver con más profundidad. Este Pliego que tienes entre las manos nace de una mirada expectante y agradecida, que trata de retratar historias reales de las que he sido testigo privilegiado, y que la memoria abraza como bien inmaterial de inigualable valor. Y en el Camino, como en la vida misma, late el corazón amoroso de Dios, que nos abre las puertas del Paraíso a través de Aquel que se autodenominó “Camino, Verdad y Vida”. Y queramos o no, más allá de las múltiples y variopintas motivaciones de cada *jacóbípeda*, no deja de ser una experiencia profundamente espiritual, anudada a la memoria viva de un seguidor del Nazareno: san **Iacob, Santiago** Apóstol, el “hijo del trueno”.

“Yo voy soñando caminos / de la tarde. ¡Las colinas / doradas, los verdes pinos, / las polvorientas encinas! / ¿Adónde el camino irá? / Yo voy cantando, viajero... / la tarde cayendo está”. (**Antonio Machado**)

2. La sonrisa de Dios

“Una sonrisa es la manera más económica de cambiar tu aspecto” (Charles Gordy)

Una sonrisa sincera tiene efectos benéficos para el corazón de quien la delinea y para quienes, con mirada limpia, se recrean en la misma. Sonreír ensancha el alma y nos sitúa en la senda de la paz interior, de la felicidad que consiste en buscar siempre el reverso positivo de la vida. Una sonrisa destella luz para quienes se acercan a ella en medio de la oscuridad del sinsentido, de la frustración o de la desesperanza, y posee el hermoso don de iluminar con su esplendor la caverna del ser en la que habitan la tristeza y el

sufrimiento. Sonreír es amar, es vencer. Sonreír es una victoria de la luz frente a las tinieblas de la frustración, la desesperanza o el miedo.

Llegó como una peregrina más. Fue bienvenida y, en un alarde de honestidad, nos comunicó que era atea, por si eso fuera un inconveniente para poder acogerse a la hospitalidad de un convento. La hospitalera le comunicó que no había ningún reparo, que llegaba a su hogar, que podía disfrutar con libertad del encanto de un lugar construido en piedra como remanso de paz, y que trata de crear un oasis de gozo y serenidad en la ciudad-meta de la peregrinación; gratuito, sin prejuicios, sin imposiciones ni ideologías.

Además de la posibilidad de reposar y pernoctar en el convento, la hospitalera ofreció y recomendó a la joven peregrina el participar de un momento compartido de meditación por la paz, junto con los demás peregrinos y peregrinas, creando un espacio fraterno de espiritualidad, en el que no importa tu procedencia, tu posición social, tu raza... sin preguntas sobre tu forma de pensar o tus convicciones profundas. Eres peregrina o peregrino, sin más.

Ella, con modestia de peregrina, aceptó, aun pensando que quizás estuviese fuera de lugar y que pudiese incluso desentonar en algo que sonaba a "religioso". Llegada la hora, peregrinos y peregrinas subieron a la capilla del convento, donde la música clásica fundida con sonidos de la naturaleza (evocación del Camino, que es un tránsito continuado en contacto con la naturaleza) crea una atmósfera de sosiego y de paz. La tenue luz creaba un ambiente de recogimiento y pacificación interior (el quietamiento de los pensamientos) y exterior (patentizado en el respetuoso silencio).

Como cada noche del verano, la meditación fue transcurriendo por el cauce de lo fraterno, de lo sencillo, de lo profundo. Concluida la misma con un abrazo de paz y la bendición final para el camino de la vida, ella manifestó a la hospitalera que había sentido algo muy especial, y esta le ofreció la posibilidad de hablar con un fraile.

El encuentro tuvo lugar bajo el manto de las estrellas, teniendo como testigo silente de la emoción de una peregrina –una vez más– a la Vía Láctea que antaño guiaba a los peregrinos y peregrinas hacia occidente, allá donde el sol se recuesta sobre el lecho del mar, para volver a despertar brioso, horas después, por oriente. Símbolo hermosamente natural del ciclo de la vida: del nacer, morir y resucitar.

Ella estaba emocionada. No podía comprender lo que le había pasado en aquella media hora de silencio, música y sentido de pertenencia a una gran familia: la humanidad. Insistía en su ateísmo vital. El fraile contemplaba su rostro especialmente luminoso, y su hermosa sonrisa, que era el canto de su corazón en aquel momento de felicidad interior. Fue entonces cuando el religioso no pudo sino aseverar: "Comprendo que tú no veas a Dios en tu vida, como no puedes en este momento contemplar tu sonrisa. Yo estoy viendo a Dios en tu sonrisa".

Tiempo de silencio, descanso para retomar fuerzas, porque el camino de la vida continuaba (el Camino de Santiago no concluye en la ciudad "almada", sino que tiene como epílogo la vida misma, que es como un camino que continúa). Peregrino o peregrina es por definición quien está de paso, quien busca, quien camina hacia una meta, al tiempo que experimenta lo que el camino mismo ofrece a cada instante (lo que la vida misma es). Cuando el ser humano comprenda la grandeza de su alma, y la capacidad de amar que atesora, se organizará una gran revolución, se producirá un cambio de paradigma.

Lo humano y lo divino caminan juntos en aras de una meta de esperanza: la plenitud que consiste en el romance mismo entre esos dos caminantes, lo humano y lo divino. El Camino de Santiago es una pedagogía para descubrir (o redescubrir) la interioridad. El auténtico peregrino o peregrina es quien camina por fuera, pero, sobre todo, por dentro,

aprendiendo a descubrir la geografía del alma; aventura tan arriesgada como liberadora. Una sonrisa, una simple sonrisa, puede ser la voz del alma que ha encontrado su eco en la vida. Una sonrisa espontánea, sincera, es la sinfonía del gozo, la paz y la felicidad.

3. Ver con el corazón

“No importa que los sueños sean mentira, ya que al cabo es verdad que es venturoso el que soñando muere, infeliz el que vive sin soñar” (Rosalía de Castro)

Aprender a mirar y ver, sin prejuicios, sin miedos, sin complejos, es una forma de transformar el mundo, porque nos transforma a nosotros mismos. Aprender a contemplar en profundidad la vida, sin juzgarla, es una victoria sobre el subjetivismo traicionero que nos empequeñece y desfigura. Mirar con mirada limpia es una forma luminosa de descubrir la vida en todo su esplendor.

El verano iba declinando su fulgor. En aquel entonces, la casi inexistencia de albergues hacía que los peregrinos buscasen refugio en cualquier lugar. Bastaba con un techo. Es propio de la cultura y el arte jacobeos agradecer todo lo que viene dado, ofrecido, regalado.

El caminante es la encarnación del agradecimiento, porque uno de los grandes descubrimientos de la experiencia del Camino es encontrarse y reconocer la gratuidad de la vida, por más que el sistema capitalista irrumpa también en las rutas jacobeanas tratando de dictar su ley de consumo a cambio de un precio.

Tres peregrinos hicieron noche en una capilla abandonada, en una *carballeira* (robledal) en Lavacolla, hito mítico del Camino, en el que –según el cronista del *Códice Calixtino*– los peregrinos de origen franco, muy pulcros, –por lo que se lee– se lavaban de cuerpo entero en el río del mismo nombre, para entrar aseados a la ciudad deseada, a la casa de Santiago (la catedral), limpios de cuerpo, como símbolo externo de la purificación interior (esta hartito más difícil de conseguir que aquella).

Durante la noche, de vez en cuando, un peregrino se incorporaba sobre el preciado colchón de maderas carcomidas. El deseo de que amaneciese para concluir la peregrinación agitaba su corazón y lo mantenía en vela y en vilo, y es que, antes del amanecer, otra luz, interior, iluminaba su camino y despertaba sus ansias de conquistar la meta ya cercana.

Este peregrino era ciego, y realizaba la peregrinación acompañado por un compañero y lazarrillo, que le apoyaba en lo imprescindible. Caminaban juntos compartiendo amistad, uno con la mirada puesta en las piedras e irregularidades de la senda, y otro pertrechado con la mirada interior de quien descubre los vericuetos más profundos de la existencia.

Al concluir la jornada, el peregrino de profunda mirada interior grababa en un pequeño magnetofón sus impresiones, una especie de resumen oral de lo que había dado de sí el día. Y producía emoción escucharle afirmar: “Hoy hemos visto unos árboles muy frondosos que nos regalaron su sombra”.

El alma, la parte más íntima de nosotros mismos, es capaz de superar toda limitación y vivir en una inusitada plenitud que poco o nada tiene que ver con las apariencias, con la vanidad de las formas. El caminante se desnuda de sí mismo para descubrir el auténtico yo y la esencia vital de las personas: el alma del mundo.

4. Cruce de miradas

“La tarea espiritual de la vida es alimentar la esperanza. La esperanza no es algo que se encuentre fuera de nosotros. Se encuentra en la vida espiritual que cultivamos dentro. El propósito es transformarnos en el ser que debemos ser, salir de los confines de nuestras falsas seguridades y permitir que nuestro Dios siga creando. En nosotros”
(Joan Chittister)

Aprender a ver supone ahondar en la esencia de la vida, sumergirse a fondo en la existencia, para comprenderla en toda su magnitud y profundidad. Aprender a mirar es también dejarse ver, permitir que alguien penetre a través de la mirada en nuestro ser íntimo para sentirnos valorados, respetados, amados.

La noche teñía de silencio la faz de la tierra. Las multiseculares piedras del convento de San Francisco contenían la paz celebrada, compartida, experimentada por diversas tierras y culturas. Era tiempo de descanso, de dejarse seducir por el sueño de la noche una vez coronada la meta del Camino, reposando en la vetusta Compostela, ciudad “almada” y, desde tiempo inmemorial, cuna de peregrinaciones.

Los caminantes, con el corazón ensanchado y dulcificado por el don de la fraternidad, ya se habían retirado. Tan solo uno se había demorado en la capilla conventual. Un joven se había quedado fundido en una mirada con el Cristo de San Damián. Se trata de una reproducción del famoso icono neobizantino con el que hablaba Francisco de Asís (hoy conservado, y venerado, en una capilla lateral de la basílica de Santa Clara, en Asís, Italia).

El mimetismo entre Cristo crucificado-resucitado que representa el icono y la silueta del caminante me resultó de lo más entrañable y evocador de la identidad propia de un peregrino (un buscador de la verdad, sensible al entorno material, pero también especialmente abierto a percibir la esencia espiritual).

Osé interrumpir ese diálogo íntimo entre dos peregrinos de la historia con una pregunta simple pero muy significativa para un peregrino: “¿Qué tal te ha ido en el Camino?”. Y fue entonces cuando me contó su historia.

Este joven residía en una gran ciudad, y decía haber vivido muy intensamente diversos planos de la existencia, pero que nada de lo que hacía o había hecho le llenaba por dentro. Había almacenado experiencias diversas, tenía todo cuanto la sociedad de consumo valora, pero interiormente sentía un vacío existencial que no sabía cómo colmar.

Fue entonces cuando decidió hacer el Camino, como una experiencia más, como una forma de darse a sí mismo una nueva oportunidad experimentando nuevas sensaciones. Su motivación externa no era religiosa, aunque lo cierto es que, en realidad, no había un porqué que justificase o razonase su decisión de ponerse en camino por espacio aproximado de un mes.

Fue entonces cuando compartió conmigo una experiencia que él mismo no acababa de comprender. En Navarra, caminando sobre un campo abierto a la hora del atardecer, la bella estampa del poniente le sedujo y paralizó provocándole una emoción interior hasta entonces no conocida. Sintió que algo se le había removido por dentro. Fueron apenas unos segundos. Una peregrina notó que algo extraño le sucedía y decidió preguntarle. Pero él tan solo acertó a comunicarle que había tenido una experiencia mística, que había sentido a Dios. La peregrina, sorprendida e incrédula a un tiempo, le preguntó: “¿Qué es Dios?”. El peregrino, de modo espontáneo, sin el tamiz de la razón, afirmó: “Dios es amor”. Sí, había tenido una auténtica experiencia de amor en sintonía con la naturaleza, viviendo por un instante la grandeza del momento presente. Una puesta de sol fue la pedagogía certera para que sintiese en sí mismo la fuerza de lo divino que algunos peregrinos dicen sentir de una manera especial en su caminar hacia poniente, hacia

occidente, hacia la tierra frente a la cual, a diario, el sol se postra y se va a iluminar otras latitudes.

He oído varios testimonios de peregrinos en este sentido; cómo la naturaleza, el contacto con la misma, les hace sentir en armonía no solo con lo creado y visible, sino con lo que no se ve y se siente o experimenta más allá (*plus ultra*) de lo concreto. Por eso también algunos peregrinos, coronada su peregrinación en Santiago de Compostela, se acercan a tierras marineras para contemplar la puesta de sol, bien sea en Fisterra (Finisterre) o en Muxía (sentados en las rocas, junto al santuario de Nosa Señora da Barca, mecidos por el susurro intenso del mar bravío).

El astro rey se convierte así en todo un símbolo de la victoria de la luz sobre las tinieblas. En cierto modo, el Camino de Santiago en su ruta “francesa” es también el sendero del sol –y no solo de las estrellas–, puesto que la jornada comienza con el sol de espaldas, y da la sensación de que el mismo sol va siguiendo e iluminando los pasos de los peregrinos hasta el final de la etapa, cuando el mismo sol da de cara, iluminando el rostro del peregrino cansado del largo bregar, y que llega a la meta propuesta en esa etapa concreta, que ha supuesto –paso a paso– un enriquecimiento: la consciencia de ser, de vivir, hacia dentro y hacia fuera, almacenando el tesoro de la experiencia vital que será faro y guía en la vida cotidiana.

5. Una senda de santidad

“El amor mira a través de un telescopio. La envidia a través de un microscopio” (Josh Billings)

La auténtica santidad consiste en amar al prójimo sin dejar de amarse a uno mismo. La santidad verdadera radica en vencer el mal a fuerza de bien, amordazar el egoísmo y liberar el viento atrapado del amor.

El Camino de Santiago es más que una ruta que atraviesa lugares geográficos: pueblos, ciudades, ríos, montañas, valles, páramos... Es, antes que nada, una experiencia única e intransferible en la que se hace posible vivir con naturalidad los valores humanos que nos identifican como especie.

De ahí que, a lo largo de esta multiseccular historia jacobea, haya habido –y sigue habiendo– mujeres y hombres que se han santificado peregrinando (por más que el anónimo autor de la *Imitatio Christi* se empeñase en que *“nulla santificatur qui molto peregrinatur”*) y, sobre todo, sirviendo hospitalariamente a los caminantes.

Este es el caso de un santo que da nombre a uno de los hitos emblemáticos del Camino francés, y que se ha convertido en referencia para quienes deciden dedicar parte de sus vidas –o la vida entera– al servicio de los peregrinos. Un hombre que, a fuerza de servicio a los caminantes, ha alcanzado fama de bonhomía hasta convertirse en algo así como un oficioso “patrono de los hospitaleros”.

Domingo García nació en Vitoria de Rioja (Burgos) en el año 1019. Desde joven sintió la vocación religiosa, lo que le llevó a buscar refugio en unos afamados muros monacales cercanos a su patria chica.

Pero, por lo que fuera (quizás por designio divino), ni San Millán de la Cogolla ni Santa María de Valvanera acabaron siendo el lugar definitivo de recogimiento orante para el joven Domingo. Después de bregar por los mundos conocidos acompañando a san **Gregorio Ostiense**, acabó retirándose a zonas boscosas para sostener su vida de eremita, hasta que al contacto con el Camino decidió dedicarse al mismo construyendo una calzada (a Domingo se le conoce hoy como “de la Calzada”, y es el nombre también de la

referida población con claro perfil jacobeo), un puente que facilitase el paso sobre el río Oja, un hospital para cuidar el cuerpo y una capilla para sanar el alma.

La huella de Domingo se yergue indeleble, y en él homenajeamos a tanta “buena gente” que hace del Camino un espacio único de encuentro con lo mejor de la condición humana. Su sepulcro, en la catedral calceatense, es memoria pétrea de quien apostó por hacer el bien y a quien también siguió un discípulo: **Juan de Ortega**, otro santo del Camino.

Los gallos y gallinas de blanca pluma –que evocan un milagro del santo– no dejan de dar un toque de natural alegría al recinto sacro que acoge y guarda la memoria del santo, que lo fue por “culpa” de los peregrinos. Y el propio *Liber Sancti Iacobi* (libro V del *Códice Calixtino*) invita a los viajeros a acercarse a venerar su sepulcro, en honra y memoria de quien, sin haber hecho el Camino –que se sepa–, se convirtió en uno de sus emblemas. “El santo es el verdadero amo de la historia, pues es él (ella) quien cambia el corazón de quienes hacen la historia” (**Marie Agnès Kernel**). En el caso de Domingo, no solo ha cambiado el corazón –lo sigue haciendo– de muchas personas bajo su inspiración y ejemplo, sino que él mismo, con sus obras en favor del Camino, ha hecho historia.

6. La belleza interior

“De repente, me ha impresionado comprobar que lo único que cuenta es el amor, y que una soledad que no sea sencillamente apertura total del amor y la libertad no es nada. Amor y soledad son el fundamento de la verdadera madurez y libertad. La soledad que se limita a ser únicamente soledad (es decir, que excluye todo cuanto no sea soledad) no merece la pena. La auténtica soledad lo abarca todo, puesto que es la plenitud de un amor que no rechaza nada ni a nadie, que está abierto a todo en todo”. (Thomas Merton)

En tiempos materialistas y hedonistas, el yo y lo material se convierten en ídolos. Pero la verdadera belleza no radica en las formas de la materia (aunque en ella la belleza se haga visible), sino en la capacidad interior de los seres humanos para contemplar el mundo con mirada de hermosura, que transforma la vida en algo bello y en una experiencia que merece la pena ser vivida.

Era el primer día de acogida. A la hora de la apertura, allí aguardaba una peregrina emocionada. Había estado con nosotros tiempo atrás, y volvía a rememorar así las emociones compartidas en aquel entonces. En esta ocasión, venía acompañada por su novio, y ella se sentía feliz porque quería que él pudiera también participar de nuestra acogida fraterna.

Era una tarde de verano, y el sol resplandecía reinando sobre el espacio sideral. Aun así, los peregrinos se sentían tan a gusto en el Hogar que prefirieron no salir a pasear, a disfrutar de la magia pétrea de la ciudad, sino quedarse para compartir vida e historias.

Una hospitalera religiosa sostenía su característica sonrisa en diálogo abierto y franco con los recién llegados. La peregrina antes citada le sostenía la mirada y la contemplaba con el gozo de quien recrea la mirada en una obra de arte. En un momento dado, esta chica le preguntó a la religiosa si llevaba maquillaje. Entre risas, le tuvo que asegurar que no, que las facciones de su cara eran hijas de la naturaleza.

El rostro de la religiosa, feliz en su empeño de servir a los demás, delineaba una luminosidad natural que la peregrina no podía comprender sin justificar en base al uso de cosméticos (formamos parte de una cultura “cosmética”). Pero lo cierto es que, en este caso, la belleza iba más allá de lo físico, ya que el rostro era expresión de la belleza interior que atesora toda persona, pero que muy pocas llegan a descubrir en sus entrañas.

En una sociedad netamente narcisista, en la que tanto impera la imagen, el Camino de Santiago se convierte en un desfile de belleza natural, de la auténtica, la más profunda, la que brota de un corazón que ama, y en ese amor halla toda su complacencia.

Cuando uno camina, suda, tropieza, se levanta... está buscando las verdades ocultas. Y poco o nada repara en su aspecto exterior. En ese sentido, el Camino de Santiago es un “espanta vanidades” que ayuda a las personas a reencontrarse consigo mismas, y a sentirse bien y en paz habitando en sus propios cuerpos.

Bondad, verdad y belleza, decían los clásicos, y lo cierto es que la verdadera belleza radica en la bondad, y esta es la auténtica verdad.

7. La sintonía del corazón

“El más bello de los mares es aquel que no hemos navegado. El más bello de nuestros hijos aún no ha nacido. El más bello de nuestros días no lo hemos visto todavía. Y lo más bello que quería decirte aún no te lo he dicho” (Nâzim Hikmet)

En nuestro interior sobreabunda una fuerza que nos permite superar obstáculos y dificultades. La misma energía que nos permite realizar las magnas obras artísticas, entre las que descuella la fuerza del amor.

El ser humano es más de lo que se ve, es mucho más que una mera corporeidad, por más que esta nos permita interactuar en este mundo de realizaciones posibles. Existe un algo que somos que no puede ser limitado por el tiempo y el espacio, una entraña espiritual que nos conecta con el cosmos y nos religa a la esencia de la divinidad. Somos porque sentimos, porque somos capaces de expresar sentimientos, y nuestro mundo afectivo no conoce barreras ni se deja dominar, porque brota de la espontaneidad que crea arte y da forma a todo lo bello.

Atardecía sobre occidente. Casi en el último momento, llegó a nuestra puerta una peregrina que venía caminando desde muy lejos y provenía de un lejano país. Su tierra vital quedaba a miles de kilómetros, y allí permanecían su gente y su historia; traía con ella sus recuerdos ligados a su gente y su lugar de origen. Había llegado a la meta con la mochila de su propia vida a cuestas, con sus sufrimientos y sus esperanzas, con sus anhelos y sus miedos.

Era hora de participar en la meditación por la paz, como espacio y tiempo fraterno de serenidad del alma. Ella decidió participar aun cuando acababa de llegar y se le ofreció el relajarse, darse una ducha y reposar, puesto que aquella había sido una etapa muy dura y emotiva. Durante el tiempo de paz musicalizado comenzó a llorar. Estaba muy emocionada. Consideramos que, una vez más, el corazón hablaba a través de las lágrimas. El peregrino sabe que en el Camino se caen los estereotipos y que la voz interior, tantas veces reprimida, eleva su canto.

Finalmente, compartió con nosotros su emoción y sufrimiento. Estaba operada de cáncer de mama. El pronóstico no era el más halagüeño. Una vez recuperada de la intervención, quiso lanzarse a la aventura del Camino. En su estado no era recomendable, era una locura. Su madre así se lo hizo saber (siempre son las madres quienes más sienten como propios las alegrías y los sufrimientos de sus hijos). Comenzó caminando no más de cinco kilómetros diarios. Era ya toda una proeza. Poco a poco, fue aumentando la distancia con gran esfuerzo y sacrificio.

Esa misma tarde había llegado a Santiago. En plena Plaza del Obradoiro decidió llamar a su madre por teléfono para hacerla partícipe del gran e inusitado logro: ¡había alcanzado la meta! Al tiempo que hablaba con su madre, comenzaron a sonar las campanas de la

catedral, que resultaron ser el acompañamiento musical para un emotivo reencuentro en la distancia de corazones que palpitan a la par. Era como si una voz trascendental nimbaba la bella gesta. El ser humano tiene un poder invencible: la fuerza de la voluntad, sostenida por el amor que cura las heridas del alma.

8. Aprender a contemplar

“Nunca perdáis contacto con el suelo; porque solo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura” (Antonio Machado)

Aprender a contemplar desde dentro es una forma de situarse ante la vida con una gran dosis de aceptación, y esta misma perspectiva es la que permite transformar la realidad, comenzando por uno mismo.

Su mirada era como un mar en calma. Su sonrisa como un atardecer sobre la faz del océano. Había concluido su peregrinación y su rostro era un mosaico de belleza que reflejaba el eco de su alma. Estaba en paz, había caminado en paz, sintiéndose parte del todo, depositando sus huellas en el camino de la vida sin pretender que esas mismas huellas se perpetúen en la memoria. Pero su paso ligero y agradecido no dejaba indiferentes a cuantas personas se cruzaban con ella. Estaba feliz en su paz. Y ella misma nos contó uno de sus diálogos con otro caminante que buscaba con anhelo y ansia la paz que la vida misma le negaba, o que él no lograba alcanzar.

Fue un pequeño trayecto compartido espontáneamente. Los pasos se ralentizaron y acompañaron. Él era un peregrino en búsqueda, y con su mente inquieta abordaba a la amable peregrina con un sinfín de preguntas sobre la vida y su significado. Ella, sin perder en ningún momento la serenidad, le respondía con naturalidad, y encontraba en su fe religiosa el cimiento de esa misma serenidad y mirada positiva hacia el mundo exterior.

Él no lograba entender cómo aquella peregrina humilde era capaz de sentir el palpito divino en la naturaleza, o contemplar la huella divina en el canto de los pájaros. Y la respuesta no era otra que aprender a contemplar no desde los prejuicios, o los miedos, o los complejos, sino con mirada limpia y transparente. Abrir el tesoro de la sensibilidad para percibir la huella de lo divino en cada momento, en cada experiencia, en cada rincón.

Tal sencillez y riqueza, alcanzadas de manera tan natural, ofuscaba las ansias de búsqueda de un peregrino racionalista que para todo buscaba un por qué y para qué. Había llegado el momento de salir de la universidad de los propios conocimientos racionales para sentir lo que es y significa ser persona humana; humilde tesela que es parte de un gran mosaico universal.

Fue un instante, un pequeño trayecto de diálogo espontáneo y enriquecedor, y cada cual siguió su camino, sin volver a encontrarse hasta que la Providencia así lo quiso. Y fue en el Hogar San Francisco en donde se produjo el reencuentro

no pretendido. Ella decidió dar gracias a Dios participando en una eucaristía, y, sorprendentemente, allí estaba también él, que comenzó a musitar palabras acuosas, su corazón comenzó a expresar a través de lágrimas su sentir más profundo y oculto. Había pasado treinta años de su vida sin una referencia trascendental, y el Camino le había vuelto a recordar que las razones no lo son todo, que hay un algo íntimo que no puede reducirse a fórmulas matemáticas. Había recuperado la senda interior a fuerza de contemplación, y de no forzar a la vida. Y de esta manera, tan sencilla como profunda, redescubrió el sentido trascendental de su propia vida.

Existe un algo que somos y que no es meramente corporal o material; de hecho, en nuestro cerebro, existe la glándula pineal, que es algo así como la antena parabólica que nos abre a una realidad espiritual, que trasciende la inmanencia y se perpetúa en lo eterno. Si somos capaces de llegar a un equilibrio entre lo material y lo espiritual, habremos alcanzado una gran cota de desarrollo humano. Lo espiritual nos ofrece la posibilidad de descubrir secretos ocultos de la vida.

9. El rastro de la providencia

“El viaje espiritual es el des-aprendizaje del miedo y la aceptación del amor” (Marianne Williamson)

La vida es como un gran mosaico en el que cada tesela, por minúscula que sea, encaja para conformar una obra de arte. Pero cada persona habrá de buscar su lugar, dejarse llevar por las manos del artista, que acaba teniendo en mente la obra maestra que se va delineando a fuerza de trabajo, de esfuerzo, de tesón, de espíritu de superación.

Un joven peregrino había concluido su preparación universitaria y, antes de buscar su ingreso en el mercado laboral, decidió realizar una aventura para recargar pilas y acumular experiencia a fuerza de probarse a sí mismo. Mochila en ristre, salió de su tierra de origen para caminar hacia un lugar desconocido pero apetecido, en el *finis terrae* occidental. Entre Berlín y Santiago de Compostela mediarían muchos acontecimientos que irían tejiendo su tapiz, sin otro proyecto que el de caminar hacia una meta anhelada y desconocida, y viviendo a fuerza de circunstancias, contando con la generosidad de personas que materializasen aquello que llamamos Providencia.

En tierras galas, un sacerdote acogió en su casa al avezado peregrino y, al despedirse de él, le ofreció una medallita con la efigie sobreimpresionada de una persona que él desconocía, pero que acabaría convirtiéndose en muy familiar: san Francisco de Asís. A este gesto, el sacerdote agregó: “Sé que él te va a proteger en tu camino”.

Se sucedieron las etapas y las experiencias, y finalmente llegó a buen destino. En pleno verano, la Plaza del Obradoiro se convierte en un hervidero de gentes venidas de todas las latitudes. Y la masificación de una multitud ruidosa ahogó la magia de ese momento íntimo de llegada, después de un prolongado esfuerzo edificado sobre millones de pasos.

No podía ser, aquel no era el final soñado. La magia se había diluido a golpe de multitud, de ruido, de fotografías y afán comercial. De modo que decidió salir de allí, huir sin saber muy bien hacia dónde, agarrándose, como tabla de salvación, a una persona que le ofrecía una habitación a buen precio.

Fue entonces cuando oyó su nombre pronunciado en medio del gentío. Alguien lo había reconocido. Se trataba de un hospitalero que lo había conocido kilómetros atrás y que ese día, providencialmente, estaba en Santiago. Le dijo que debía dirigirse al Hogar San Francisco, en donde sería recibido y acogido en un oasis de paz.

Y así fue, por obra de la Providencia. Se le recibió, se le acogió, se le atendió, y él se sintió recibido, acogido, atendido... y amado. Recordaba entonces su tránsito por tierras francesas y la medalla franciscana, y sentía que la profecía de aquel sacerdote galo se había cumplido con creces: san Francisco no solo lo había protegido en su tránsito, sino que lo había acogido en su hogar compostelano. Y ahora surgía la duda existencial: ¿cómo ha sido posible?, ¿algo o alguien se ha confabulado con los acontecimientos para que todo resultase tal que así? En el fondo, resultará que no existen las casualidades, sino las causalidades, que todo tiene un sentido –aunque de entrada nos resulte oscuro y opaco– y que, al final, la vida misma se sale con la suya, a poco que no nos resistamos a ir más allá de lo meramente racional y obvio.



HISTORIAS DE PROBADA JUVENTUD

Señas de identidad

Mi madre que, se desplazaba en silla de ruedas, me repetía con frecuencia: “La salud del anciano / no está ni en la cama ni el plato / sino en la suela del zapato”. Fiel al refrán y al deseo de mi madre, suelo darme todos los días, sin excepción, una ‘ración de zapato’. Este caminar por las calles de mi ciudad me ha convertido, queriendo o sin querer, en protagonista de no pocas **historias de probada juventud**.

Salgo de casa con el trayecto pensado y repensado porque en Vigo hay que intuir que, vayas por donde vayas, el regreso se suele complicar. Las subidas cargan en demasía la ‘ración de zapato’. Así pues, bajo por la plaza del Rey donde hay un pequeño parque infantil. Ya han concluido las clases y allí se divierten un grupo de niños. Una jovencita se me queda mirando con una sonrisa amplia e inocente y me pregunta:

- ¿“Salesiano”?

Yo mantengo la sonrisa y la mirada, mientras contesto a su pregunta:

- “Sí, soy salesiano”.

- “Mamá, mamá... ¡Mira, un salesiano!”, grita la niña.

Me quedo con la boca abierta y con la mente en blanco, sin palabras y sin saber qué hacer, con una sonrisa de oreja a oreja..., mientras prosigo mi paseo.

Estoy pensando en una alumna del colegio a la que su profesora le ha contado que un ‘salesiano’ es una persona que “discurre por el patio, que, si es necesario, hace malabarismos en una cuerda y que es un soñador a tiempo y a contratiempo”. Y me viene a la memoria el recuerdo el Don Bosco en sus años juveniles, el saltimbanqui del amor y entrega a los niños. Han pasado muchos años, pero la escena es recreada por la mente de la niña a raíz de las historias que le han contado en clase. Me siento un salesiano, jugando, a mi modo, en el patio, funambulista de la vida y soñador empedernido, ahora que ya han pasado los tiempos de los sueños. Camino y sonrío, al mismo tiempo, exaltada mi creatividad por la afirmación de la niña. Me siento espectáculo y dueño de su corazón “salesiano”.

Ignoro la reacción de la madre de la niña; pero intuyo que su sorpresa no es menor que la mía. “Ya la has vuelto a liar con

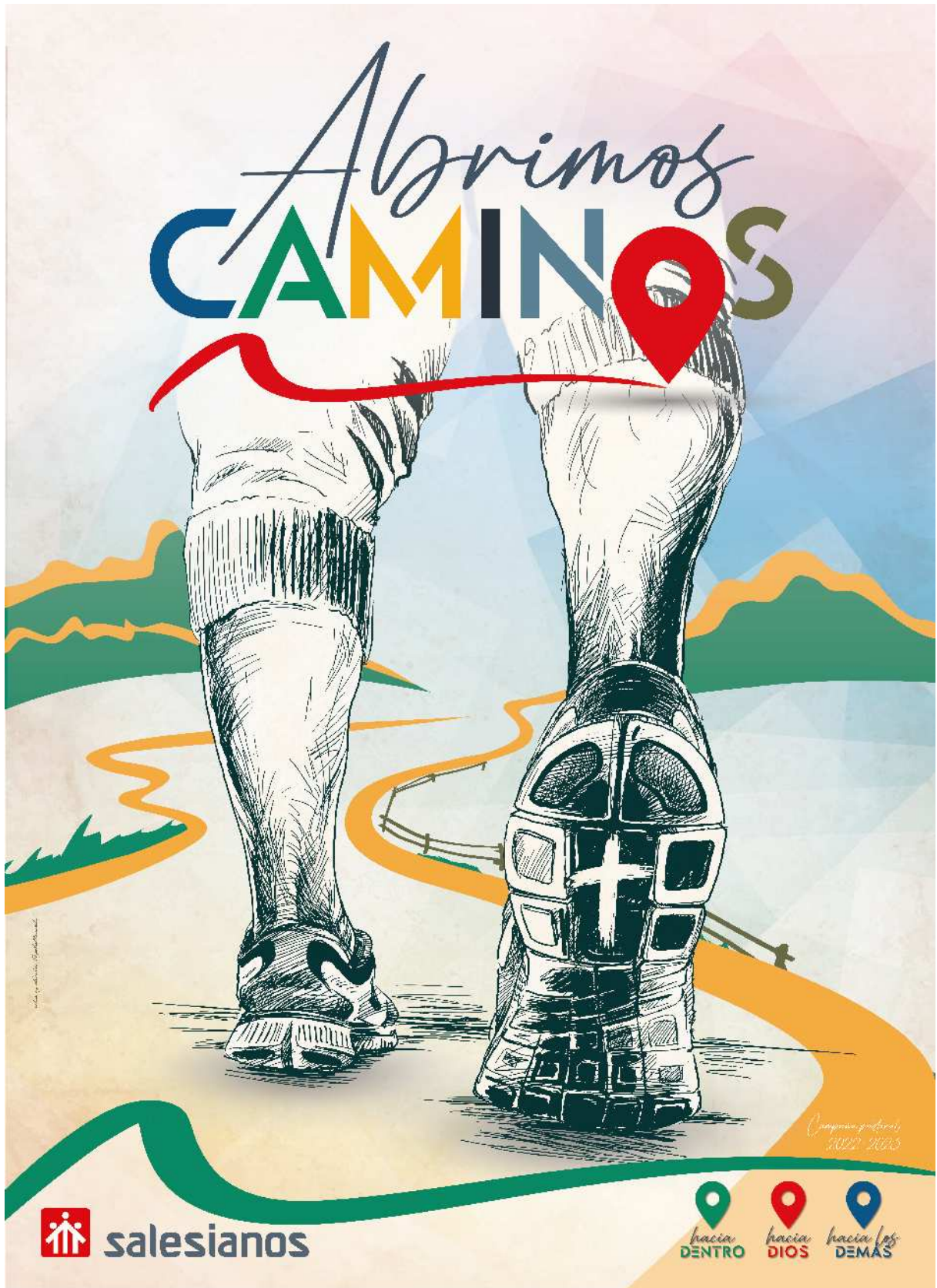
el comic de Don Bosco". También hay una cita velada para la profesora que es capaz de crear estos sueños en los niños, especialmente en su hija.

La niña celebra con alegría su encuentro con un salesiano que un día pasó a su lado y le dedicó una sonrisa y una entreverada palabra de amistad. Ahora ya puede contar que existen los salesianos y que ella ha visto, en la orilla del parque infantil de la plaza del Rey, uno de estos raros especímenes. Y se atreve a decir a sus amigos que no solo existen en los sueños y en los cuentos.

Regreso a casa y cuento la anécdota a mis hermanos y, mientras sonreímos, nos sentimos más salesianos porque una niña nos ha reconocido paseando por la ciudad.

Isidro Lozano

Abriremos CAMINOS



salesianos


hacia
DENTRO


hacia
DIOS


hacia los
DEMÁS

*Campaña gráfica
2022-2023*